

# VILLA de MADRID



S. ISIDRO LABRADOR. Y SU ESPOSA  
S.ª MARIA DE LA CABEZA.

## Sumario

### *Editorial.*

*Nuevos vecinos de renombre y bulla.*  
*Tomás Borrás.*

*Diálogo de San Isidro y Santa María*  
*de la Cabeza bajo el cielo de Madrid.*  
*José García Nieto.*

*La iconografía de San Isidro.*

*El Año Santo en Madrid. - Federico*  
*Carlos Sainz de Robles.*

*Los escritores en el recuerdo. - Juan*  
*Sampelayo.*

### *Isidros.*

*La calle de Hortaleza. - Agustín Gómez*  
*Iglesias.*

*Dos nuevos parques para Madrid.*

*María Guerrero en la Trinidad escé-*  
*nica. - Lope Mateo.*

*Estadísticas y realidades de nuestro*  
*Madrid.*

*Radiografía de París.*

*Libros. - Giuseppe Carlo Rossi.*

*Dibujos de Esplandiú y Tauler.*

*Fotos de Sanantonio, Basabe y Loren.*

Depósito legal M. 4.194-1959

PUEYO, Artes Gráficas, Luna, 27 - MADRID

VILLA  
*de*  
MADRID

REVISTA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

REDACCION Y ADMINISTRACION  
PLAZA DE LA VILLA  
DELEGACION DE EDUCACION

Precio del ejemplar: 70 pesetas

SUSCRIPCIONES:

Año..... 280 pesetas

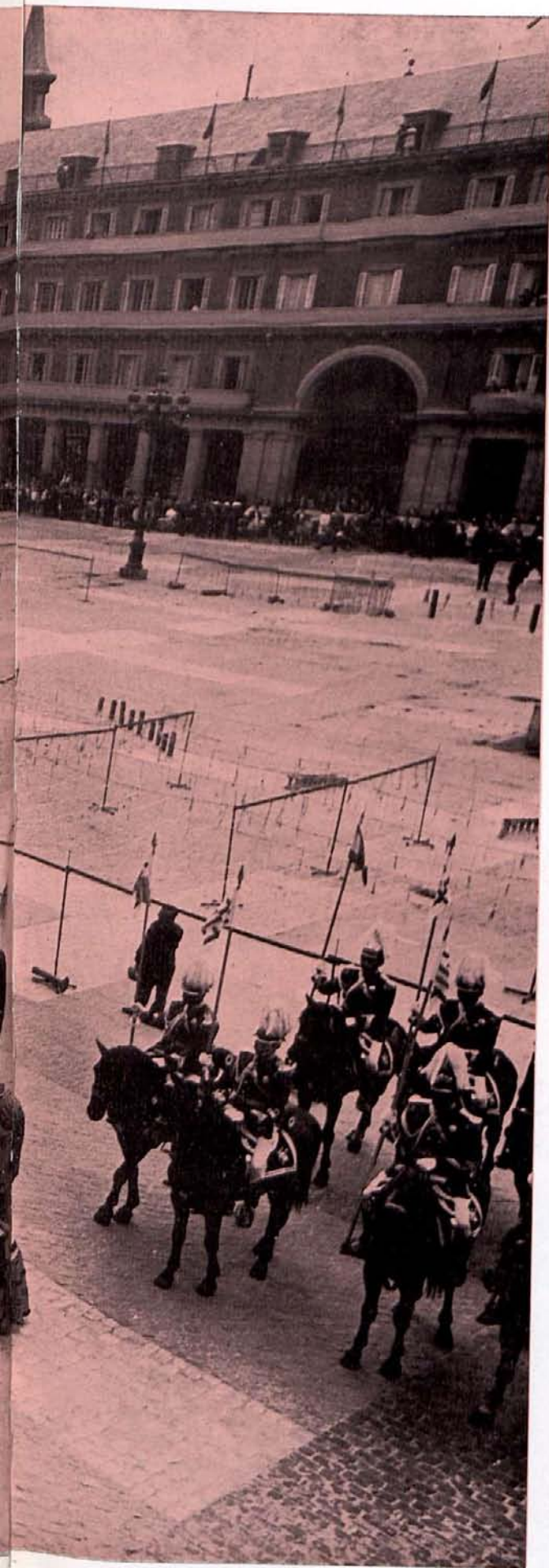
Tel. 242 62 29

M A D R I D

AÑO V

NUMS. 20-21





## EDITORIAL

**E**N este número, casi a hoja vuelta, Tomás Borrás nos ofrece detallada y minuciosa crónica del avecindamiento en Madrid de una nueva familia. Es la de los Gigantones, Cabezudos y Moji-gongos, de tan disparatados miembros como diversa progenie, recibida en la Villa con honores de singular acontecimiento. Ni han pedido hojas de empadronamiento, ni presentarán candidaturas a elecciones; han llegado solamente para figurar, que de figurones tienen también nombre. Presentes en las páginas claras de la historia o en las no escritas de oscuras leyendas, tuvieron destacada intervención en el hacer y hacerse de la Villa y, siempre, un lugar en el corazón y en el recuerdo de los madrileños.

En su nueva salida se han encontrado, entre asustados y gozosos, con una gran ciudad, seguramente no soñada ni deseada en sus tiempos. Ellos vivieron los años en que desde la pequeña Villa labradora España y un mundo eran gobernados; alguno padeció los días en que ese mundo se nos iba de las manos, mientras España, acongojada, se retraía de toda empresa. El Madrid que ha salido al paso de esas entrañables figuras vive hoy una ocasión singular. Responsabilizada la Villa con su vocación de capitalidad, sabe que ha de responder a tan alta misión como gran urbe a tono con los nuevos tiempos. Pero ni su acusado y necesario cosmopolitismo debe hacer que olvide su hermosa condición de viejo pueblo de arraigadas virtudes, ni su pujante industrialización ha de hacerle renegar de sus limpios orígenes campesinos.

Ciertamente consuela el comprobar que tal es la permanente preocupación de Madrid. Lo recordaba nuestro Alcalde en su discurso al hacer entrega de la medalla de oro de la Villa al Ayuntamiento de Barcelona, en el pórtico de unas fiestas que este año han tenido un acusado relieve nacional, realzadas con la presencia de la Corporación municipal de Barcelona y con la aportación de los elementos más tradicionalmente significativos de la en tantísimos aspectos admirable Ciudad Condal.

«Hoy—dijo el señor Arias Navarro—, en el marco de la adecuada solemnidad, me honro en testimoniaros nuestra satisfacción por vuestra presencia entre nosotros y por el admirable ejemplo que ofrece a la nación este cordial abrazo que, a través de sus respectivas Corporaciones, estrecha a las dos grandes ciudades de la Patria.

»Vais a ser testigos de cómo este Madrid, capital de la nación, ha sabido conservar con amorosa delectación su característica campesina al honrar con alma sencilla a San Isidro, celeste Patrón de sus campos y de todas las tierras de labrantío en España.

»Y al gozaros con nuestro pueblo en sus tradicionales fiestas, habéis querido colaborar a su mayor lucimiento en un gesto de cordial deferencia que los madrileños han sabido valorar en toda su magnitud. Habéis querido traer a Madrid la gracia incomparable, siempre antigua y siempre nueva, de vuestras ramblas; los más valiosos ejemplares de vuestro envidiable tesoro de arte románico, el exacto sentido de la disciplina y la vistosidad de vuestra Guardia Montada, las galas polifónicas del Orfeo Graciense. Todo ello lo recibimos con el corazón henchido de gozo y se lo ofrecemos a nuestro santo Patrón, a quien pedimos protección para las feraces huertas del Llobregat, para la rica maresma, para todas las tierras de vuestra Barcelona, de nuestra Cataluña, de nuestra España.

»Vais a vivir con nosotros las más queridas tradiciones madrileñas, que nos dejarán oportunidad para ocuparnos de los comunes problemas que afectan a estas dos ciudades de incontenible y fulgurante crecimiento, que son símbolo y rotunda demostración de la desbordante pujanza de la España creada por el Caudillo, y que sólo bajo su capitania se siente segura y confiada.

»Pesa sobre nosotros la grave responsabilidad de corresponder al interés que el Gobierno ha demostrado por el futuro de nuestras ciudades dotándolas de un régimen especial. Su preocupación por el porvenir y la grandeza de nuestros pueblos quedaría frustrado si esas leyes resultaran letra muerta en nuestras manos y no espíritu que vivifique y estimule nuestras ambiciones abriendo ancho cauce a la realización de los más codiciosos programas que lleven a nuestros pueblos el bienestar y la justicia social, única razón de nuestro servicio.

»Señor Alcalde de Barcelona, el Concejo de la Villa, en memorable sesión, acordó conceder al Ayuntamiento de Barcelona la medalla de oro de Madrid. Dignaos recibirla con el sencillo talante y profundo amor con que os la ofrecemos. Simboliza el oro viejo de esta vieja Villa castellana que es «Patria de todos», como lo proclamaba Calderón de la Barca; «ombigo de España», en el burlesco decir de Lope de Vega; «centro de tan ilustre conferencia», en la geopolítica definición de Tirso de Molina.»







UN PASAR DE LAS SEGUIDILLAS BOLERAS





ATABALILLOS E LAS SEGUIDILLAS BOLERAS



PISTOLEES E LAS SEGUILLAS BOLERAS

# NUEVOS VECINOS DE RENOMBRE Y BULLA

Por Tomás Borrás



DE renombre, cartón, telas, oropel y bulla. Extraños vecinos éstos, recién nacidos en Madrid, y cuya alma despierta tan sólo al herir el filo de la chirimía los aires callejeros, a tantarantán de tambor pacífico; en fin, al grito de júbilo de la villa, porque hay fiesta de las gordas. Unos, altos y solemnes; los demás, de bufa socarrona, su acompañamiento de grotescos zumbantes. Compañía con su teatro, rememorantes de lo que pasó, moderados danzadores o correcales, personajes con hombre dentro, como ciertos políticos de oratoria por apuntador; mascarones, caricaturescos, imaginantes, legendarios, mudos y desgarbados, burla y regocijo.

Los hay entre ellos literarios que perpetúan protagonistas del sainete, también hijo de Madrid; y de la Historia, esa señora de copete y rango, dueña de los ejemplos; y legendarios, ideados, creados con humo por el vulgo que somos todos en una población unánime, y semifantásticos, mitad y mitad, porque existieron en carne, según un canon, y la voz pública les atribuye otro, y es el que se inmortaliza. Callejeros para eruditos, vivientes en pasmo, bobería aguda, cascabel de la procesión, acompañamiento corporativo, buenos para reírseles, ellos tan quedos, ejecutorias del tiempo, fantasmones lirondos, huecos por debajo como orondos por de fuera, lujo de un país que tiene imaginación para inventar continentes y dar traza a mamarrachos.

España es desde la Edad Media patria de autómatas que andan si se les sopla y bailan si se les alza con cadencia. Ingenios sutiles por su significado mascaronesco, pictóricos por colorineros, escandalosos y levántate de la cama que ya pasan, favoritos del sol de aires libres, medio de

# NUEVOS VECINOS DE RENOMBRE Y BULLA

satirizar desahogando el reconcomio, mofa y reverencia saltarina; que bien va el mundo si los remedos son gustosos, y bien va la comarca si giran en rueda alegre como danza de la vida. Gigantones y cabezudos los hay en toda la piel de toro, más los suplementos de archipiélagos anclados en el agua. Burgos, la señoril; Valencia, la caralinda; Huesca, la pirenaica nevada; Barcelona, del seny... ¿Cuántas más? Todas las aldeonas o cosmópolis conservan con mimo sus honorables adefesios. Ahora vuelva a Madrid—ya estuvieron, y la seriedad de burro los enterró—resucitados. Bien haya el Municipio, con su alcalde, vitor a él, que amparan lo literario de la tradición. Y tenemos, pues, catorce, como para comedias de figurón. Adelante la farsa.

Los estrenó San Isidro; irán escoltando a Dios en el «Corpus», que desde su primer recorrido, en Roma en 1264, cuando se instituye el «Corpus», se acompaña de máscaras de figuras humanas. Véase si es permitida y antigua la carnalada del cortejo, a lo humano, para rendir su bajeza ante lo puro divino. Esto y las funciones de teatro naciente, que llegan con el madrileño Calderón, después de otros sonados, a dar lecciones de teología en la calle. Lo cual, también por estas fechas, recuerda el Municipio, y lo devuelve al ritmo de Madrid. Estamos, pues, con altotes, cabezotes y diantres de vejiga como látigo, dentro de la clásica norma

Ahora me cumple presentar a estos amigos, que acuden en mayo con su tirso de cascabeles, es un decir, a desarraigar ceños y remover corazones de niños. Presentarlos en sociedad. Dar sus nombres y atributos y contar su suceso cierto y lo atribuido. No van a entrar de extranjis y sin dejar tarjeta. Madrid es mucha zumba, y podría creerse, para nuevos motes, que no tenían padrón. Ellos se dividen—en todo hay clases—en tres grupos. Según medida, en lo visual; según hablen de ellos las crónicas o bajen de nube, y los últimos, los figurantes. Del rey abajo, como si dijéramos. Vaya, por tanto, mi apunte de paje de cortina.

De los gigantones (que son más que gigantes, no se olvide: gigantón, gigante a lo oblicuo, gigante con exagerada chunga); de estos recién estirados a cuatro metros sobre el nivel del «¡Unda, qué tío!», distingamos, por respeto, a los y las que significan honor en el escudo y crónica madrileños. Por su orden.

## mohamad I

---

Este es un morazo, quinto monarca omeya de Andalucía árabe, la cual andaba subiéndose por el mapa hacia el Norte, y combatiente contra los que bajaban de Norte a Sur para echarla. Llamábase en su lengua Muhammad ibn Abd al-Rahmán, vivió de 823 a 886 y empuñó el consabido cetro desde 852 hasta 886. Morazo de los de bigote. ¿Y qué hizo, amigos, para justificar este remedo? Casi nada: fundar Madrid.

Había en este claro lugar un bosque espeso—de ahí nuestro amadísimo oso y nuestro ornamental madroño, el de borlas escarlata—. País

que resbala inclinándose hacia Toledo desde Guadarrama, nominado por los de Alá (Uad, río). Pobres hortelanos, cazadores, labrantines; mezcla de cristianos, judíos, alárabes; entre castellano viejo y nuevo por *natura*; monte de caza fresco y frondoso, paraíso de las animalías y río de lujo, brazo de mar descendido de entre colmillos de la Sierra. Una aldea de poco más de nada. Pasaban los caminos romanos de cerca, alrededor ninguna urbe digna de mención, granito, bosque, maleza, jabalí, corzo, caballo, pájaros de la soledad, el orgulloso oso y el contrafuerte de la cordi-

llera que cortaba en dos, con su muro, los mundos que pugnaban por la posesión de España: el de Cristo y el de Mahoma.

No fue codicia lo que indujo a Mohamad I a apoderarse del hermoso, extenso, azuldorado, inmenísimo hacia el Occidente valle del río que nace allá, de la nieve de altura. Fue la prudencia táctica. Toledo era capital de un orbe y prenda de un Estado. Los castellanos, gallegos, cántabros, pirenaicos de Aragón y leoneses, por su poder y fuerza de destino podían alertar sus mesnadas y lanzarse Guadarrama abajo sobre Toledo. El contrafuerte de la montaña impedía averiguar sus maniobras; luego era preciso anteponer a Toledo ojos que vigilaran los posibles y probables movimientos belicosos del adversario. El pueblete de Madrid era un altozano, dominaba—asómense ustedes a la balconada de la plaza de la Armería—la abarcadora anchura del ámbito, de Guadalajara hasta Gredos. Magnífico puesto de observación. Allí, después de tomar cómodamente, sin lanzas, mandobles ni balistas oponentes, el habitáculo de tan menguado poblerío, en donde hoy se alza el Palacio Real Mohamed levantó una torre, echó a los cristianos al otro lado del barranco (calle de Segovia), que despepitaba agua hacia el luego Manzanares; a los judíos, al hoy Avapiés, y encerró en muralla la medina. Madrid se llama el que se llamaba en árabe Mayrit, el convertido en puesto militar. Era algún año entre 852 y 866; Mohamad no levantó acta del secuestro, por lo cual no se precisa la fecha. Cuyo Mohamad, «al encontrarse con una ciudad construida sin pensar en la guerra, sobre un emplazamiento que ofrece muy pocas condiciones naturales de defensa, tiene que resolver, para fortificarla, difíciles problemas de arquitectura militar, sobre todo el que presenta la inmensa abertura de su vallejo. Todos los problemas se resuelven felizmente, y Mayrit aparece entonces dentro de ese nuevo recinto amurallado» (Oliver Asín). De ese núcleo sale Madrid lentamente, desarrollándose según la forma de la espiral, cada vuelta de curva ampliándose hasta las magnitudes de ahora.

Este es el tío morazo, primero en la cronología de los gigantones de 1967.





## alfonso VI

**E**STE es el segundo, quien consigue definitivamente Madrid para la Cruz, después de tomares, asaltares y dejares de otros menos felices. Desde Alfonso VI, Madrid español y europeo, en vez de africano y árabe-bereber por obra de Mohamad. Y se castellanza por las mismas razones. Alfonso VI, uno de los Alfonsos de la Reconquista, sueña con lograr Toledo; arma pelandrines, caballeros, pecheros y hombres libres, rebaña de golpe la población masculina de su reino y se arroja a conquistar la joya, que Toledo lo era y merecía. Se interpone Madrid..., luego hay que arrancar de cuajo la torre fuerte. Y de ello que, camino de Toledo, quite el estorbo. No se pueden dejar castillos a la espalda.

En el juego del ratón y el gato de cristiano contra moro y viceversa, esta vez gana Castilla-León. Y hasta hoy, e *in aeternum*. En el momento aquel Mayrit, vocablo que se corrompe a Megerit, Matrich, Matrice, Magerit, Magerido, Maierit, Maierid, Magerito, Mageritum, Macherito, Matrit, Magderit, Maydrit, Maydrich, Mayadrit, Maiedrit, Maioritum, Majoritum, Majoritum, Matrice, Majoritum, Majeriacum, Mairico, Medina-Machrit, Machrith, Maxrith e *ainda mais*. Que cada cual parla como le viene a la boca, y entonces no hay Academia que valga. ¿No decimos hoy «los Madriles»?

Bien merece el agigantamiento popular el buen rey Alfonso, el de las Navas, en cuya batalla interviene San Isidro. Que aparece al mundo material bajo el mismo reinado; como Santa María de la Cabeza; como rebota la muralla de Mohamad I a la Señora, aparece Almedina, la almedinense (nada de almed); como nacen el barrio exclusivamente cristiano, sello de la conquista, el que rodeaba el hoy monasterio de las Descalzas Reales, con parroquias luego de San Martín y San Ginés, riñón de lo católico madrileño, lo sin mezcla de sangres; los moros a su morería, los judíos a su Avapiés, ya hemos aludido al ir y venir, según caían las pesas del dominio. Bueno y gigantesco rey este de la primera Cruzada, definitivo definidor de Madrid y su ciempiés de apellidos.

**S**IGA la Historia, preferente. Acude doña Beatriz Galindo de Ramírez, general de Artillería renombrado, con el cual le casa doña Isabel I. Porque a *la Latina*, que instruyó a la reina de las reinas de España en la lengua madre, la soberana la atrajo como camarista, que quiere decir amiga y mentora. Por entonces escribió en una carta Juan de Lucena: «Estudia la reina, somos agora estudiantes.» Tanto estudió e hizo estudiar a su corte, que estaba enterada de lo cosmogónico o geográfico que presentaba *el Desconocido* al alegar que si la bola del mundo era bola, como lo era, se podía ir de Oriente a Occidente por camino más corto que el de Marco Polo, y comerciar con las islas de la Especiería. Las causas próximas nacen de causas remotas. Colón y Pinzones, colaboradores hayan América; la reina ha creído sus tesis—la de Pinzón, que había tierras interpuestas entre el remoto Cipango y España—; por la cultura de la reina, amiga de *la Latina*, como de Nebrija, los conocimientos eran afinación espiritual y pálpito; a *la Latina* debidos, corte agora, de estudiantes con esperado provecho. Esta es la rueda.

*La Latina* halló su patria en el Madrid del Renacimiento. Queda su memoria, quedan aún vestigios del hospital que su esposo fundó—hay que ser verídicos—y que la gente, ese juez al buen tuntún, atribuye a la libresca. Un pedazo de Madrid lleva y llevará su nombre. Estupendo gigantismo el suyo: el de la ciencia y el habla.

## la latina





Y se salta cronológicamente al coloso mindundi que en el trance apurado declaró la guerra a Napoleón... y se la ganó. Era alcalde de Móstoles, villorrio de junto a una villa por entonces con las tres clases clásicas alojadas: nobleza, mesocracia y manolería en arrisco.

Don Andrés Torrejón, enterado—Móstoles, a diecisiete kilómetros de la corte—de las violencias, traiciones, asesinatos y crueldades que los franceses cometían con los madrileños capitalinos, él, madrileño de aldea, envió correos—los maravillosos palurdos, tan fieles como creadores—a todos los alcaldes de alrededor y de más allá, a tantos alcaldes como palurdos salieron a lomos de caballerías. Diciéndoles: «Señores de justicia de los pueblos a quienes se presentase este oficio de mí, el alcalde de la villa de Móstoles. Es notorio que los franceses, apostados en las cercanías de Madrid y dentro de la corte, han tomado la defensa sobre este pueblo capital y las tropas españolas; por manera que en Madrid está corriendo a esta hora mucha sangre; como españoles, es necesario que muramos por el rey y por la patria, armándonos contra unos pérfidos que so color de amistad y alianza nos quieren imponer un pesado yugo, después de haberse apoderado de la augusta persona del rey; procedamos, pues, a tomar las activas providencias para escarmentar tanta perfidia, acudiendo al socorro de Madrid y demás pueblos y alentándonos, pues no hay fuerzas que prevalezcan contra quien es leal y valiente, como los españoles lo son Dios guarde a usted muchos años. Móstoles, dos de mayo de mil ochocientos ocho.»

De ahí, hasta la batalla de Vitoria, el 1813, todo seguido. Móstoles salva a Madrid, y a España, y a su Imperio. ¡Gigantísimo don Andrés!

## el alcalde de móstoles

### manolita malasaña

Y su consecuente y justificante, Manolita Malasaña. Que ha existido. Su partida de nacimiento se halló hace muy pocos años en Carabanchel. La chulilla madrileña, dieciséis años, que sale a la calle desde su obrador de modista. ¡Y lleva unas tijeras! La gabachería ha dado un bando brutalizador: todo el que se halle con armas será fusilado en el acto. Manolita lleva un arma: unas tijeras de modistilla. Y es asesinada. La conseja añade que su padre mató al coracero que se cebó en la «enemiga peligrosa». Es un poco Madrid Manolita, símbolo de las víctimas en los días de aquel mayo. Majita, maya, muerta, inmortal. Manolita, gigante agigantada por la alevosía que quiso extinguir su aliento. Estará siempre en la calle madrileña elevada sobre el pavés de la estatura. Alta como lucero.

\* \* \*

ENTRE los ocho gigantones, éstos son los reconocidamente históricos. carne y alma en su vida, admirable vida, fautora de episodios. Comenzamos con otros personajes que viven con tanto color como los mortales. Aquellos que hizo la fantasía o el ingenio. Y que son lo mismo de verdaderos que cuantos comieron y bebieron. ¿No es Don Quijote persona viva, igual que Cervantes es recuerdo? Cervantes murió mortal, Don Quijote pervive, anda por ahí, inaprehensible y más fuerte. Don Quijote, ejemplo de gigantes, altísimo subido a la fama, como su rocín, como Sancho abajado en su rucio, disminuido al lado de Quijano, o sea su cabezudo. Lo que avala la comparsa de estos cuya cédula se exhibe.





**R**OMPE marcha la Arganzuela. Dicen los eruditos que no hay tal; que la dehesa de la Arganzuela, pronto jardín, logrado por este concejo, era puesto de descanso, en su mercar ganadero, de los de Arganda. De Arganda, Arganzuela, Arganda minúscula. Como gatos, digamos «¡Miau!» a la documentación. Mientras Madrid viva y aliente y no se materialice hasta la desaparición de su enjundia, la Arganzuela, como la Cibeles, no será vacío de personificación y relleno de dato exacto probado. Será lo que Madrid quiera, como la Cibeles será «la» y no Cibeles. Que «la»—y lo ha demostrado el madrileño Benavente en sus *Memorias*—, es apelativo afectuoso, prueba oral de cariño. La Arganzuela es hija viva y coleante de la leyenda. ¿Y qué más tiene la Historia, que la leyenda es la historia que ha hecho el sujeto de la historia, el hombre? Si el hombre es capaz de hacer la historia, real, ¿cómo no va a tener atributo para levantar la historia, la superhistoria, la que él desea? Pues la historia muchas *vegadas* no la quiso como fue, y la leyenda es la historia según su alma.

Vamos con la sobrehistoria de la Arganzuela. Tal la cuenta Capmany, así no se dirá que la invento, pues la copio:

«Fuera de un portillo de madera que había no lejos de la Puerta de la Latina, se descubrió un campo rodeado de barrancos que llegaban hasta las márgenes del río Manzanares; hacia allí estaban también construidas algunas alquerías, y en una de ellas había un alfarero cuyos bisabuelos se dice conocieron a San Isidro, que por aquellos contornos parece también nació. El mencionado alfarero estaba viudo, pues su mujer falleció de parto, pero vivió la niña que dio a luz; tenía otros hermanos, ésta era la más débil de ellos y todos ayudaban a su padre en la fabricación de pucheros y vasos de barro; Sanchita, que era como hemos dicho la menor, por su contextura enfermiza apenas tenía fuerzas, y así daba muchas veces en tierra con los cacharros, causando grandes pérdidas a su padre, motivo por el que la castigaba con frecuencia, hasta que, cansado, la destinó a traer agua, con cuyo oficio se avenía mal, pues le sucedía lo propio que con los cacharros, así que no se le acababan los golpes y malos tratamientos; al padre le denominaban *tío Daganzo* porque había nacido en el pueblo de Danganzo de Arriba, y a la Sancha, *la Daganzuela*, pero corrompiendo el vocablo le llamaban la *Arganzuela*, pues todos chocaban con ella por la flojedad de sus miembros.

«Sucedió, pues, que bajando la reina Isabel I por aquellas alquerías a ver el río a pasearse con doña Beatriz Galindo de Mendoza, su dama y preceptora, y otros caballeros de su comitiva, quiso beber de las aguas del Manzanares, y al punto uno de los magnates pidió en la alquería un búcaro fino; la Sancha cogió el más nuevo que había en su casa y se lanzó al río a coger agua para la reina, le sirvió el búcaro y bebió de las apacibles aguas de nuestro escaso río, aunque entonces se cuenta era caudaloso. La reina, agradecida a la oficiosidad de la muchacha, quiso informarse de su familia, conociendo que eran pobres, y así dijo a uno de sus escuderos: «Tomad otra vez lleno ese búcaro y regad con él la tierra, haced esto dos veces, repetidlo, pues, por tercera vez, y todo lo que regareis que se dé en dote a esta muchacha». Así lo hicieron de orden de la reina, y de muy pobre pasó a ser tal cual propietaria. (Así lo dice el doctor Galíndez del Castillo en una de sus crónicas.) Poco tiempo le duró a la muchacha el goce completo de su fortuna, pues dice Casal en su tratado epidémico que habiéndose desarrollado en España una peste contagiosa, para precaución se cerraron las puertas de nuestra villa, y por un descuido que hubo en el portillo de madera se introdujeron dos atacados de las alquerías buscando auxilio, pero les cogió la muerte en la calle, contagiando aquel barrio, de donde se propagó el contagio al resto de la villa; por eso la llamaron la Puerta de la Peste. (Memorias manuscritas del doctor Pedro de Cuenca.)

«La familia de la Arganzuela feneció en la epidemia, y sólo ella sobrevivió; tomando después el estado de matrimonio, tuvo tres hijos, y se murieron, y su marido, que era regalero de la reina doña Juana, edificó algunas casas en los terrenos que Sancha llevó en dote, a cuyo sitio llamaron campo de la *Arganzuela*. Muerto su marido, hizo vida ejemplar, entrando hermana de la V. O. T. de San Francisco, y para la construcción de la capilla dio cuantiosas limosnas, en lo que invirtió su caudal, y parte en el gasto de la fuentecita de la Puerta de Toledo, haciendo aprovechar las aguas del caño de la Sierpe en beneficio de los vecinos pobres de aquel



## la arganzuela

arrabal. Murió y fue enterrada en el convento de Jesús María (San Francisco), en la capilla de San Onofre, sobre cuya sepultura había una lauda en que se mencionaba como particular bienhechora de aquel convento.

«Y por la memoria de esta mujer se denominó a la calle con el nombre de la Arganzuela, si bien en la sepultura, cuya inscripción copia en un libro de fundaciones el diligente P. Algora, decía: «María Sancha la Daganzuela».



## la maripepa y el julián

VAYA más de gigantes, éstos de papel. Son la Maripepa y el Julián, gente crúa. Sus padres respectivos, López Silva, Fernández Shaw

y Chapí, de la chulona; Ricardo de la Vega y Tomás Bretón del Julián, honrado cajista. Madrina y padrino, la Bru, aunque ella no se llama María ni Pepita; Mesejo, Emilio y no Julián. Basta que los sacaran de pila, a la Maripepa en Apolo, el año 97, al Julián, en la misma ermita teatral el 94. Ya deben de ser abueletes, pero vedlos estirados, en su juventud sandunguera, en su apasionada fiebre de corazoncitos enamorados. Madrid resuena todavía: «¡Julián, que tienes madre!» y «¡Ay Felipe de mi alma!» Viven y son imperecederos como toda la Humanidad de papei; suenan y resuenan en los cantables; le dan cuerda a este peón de Ma-

dríd que no cesa de girar y siempre es el mismo; son falsillas de la gata de los distritos bajos, altos y medianos, y de los chuletas de taller, bar y alirón, como antes de los de tasca, judías con sifón y el «¡huy toma, huy dale!» de la verbena.

Es curioso que lo que inmortaliza a Madrid se divida en tres cortes: su fuerza para cambiar, Madrid mutador, indiferente al trastrueque de costumbres, estilos, vías, vestimenta, fácil al seguimiento de todo lo de extranjilis y curioso y abierto hacia los aires de lo exótico y el cambio de modo; su fuerza para permanecer: vestido de bragas, de calzas y guardainfante, de polisón y levosa, de blusa o de dos piezas de «boutique», de fifi o yeyé, de raso «humo de Marengo» o de línea de saco, o de pantalón de Tejas, es el mismísimo mismo, si le entiendes sus reacciones, su inocencia pícara, su decir, redichez, recortadito, su garbo en la alusiva curva y fiel a lo inexplicable qué es eso de lo madrileño; y lo tercero y final: que le deje en «¡a mí, plin!» que le destruyan lo tradicional, género, expresivo de su fisonomía y de su fisonosuya, y se agarre a cualquier zaragatería declarada por su realísima gana intangible; por su incuria se le va un palacio, o un barrio, o un monumento, o un recuerdo que debía ser entrañable, se le mueren los genios y los olvida, se le huye un espécimen y se encoge del hombro izquierdo, le queman o le sacuden como a un colchón, y no se entera, y en cuarto su capricho dice de algo que es lo suyo, lo chilla y jalea como intocable, tabú y vaca sagrada. La Maripepa y el Julián son «lo suyo», y además que se mueran los feos.

Si la gigantocomedia es gigantosainetesca en Madrid, los nietos de Quiñones de Benavente acunados en el mal llamado «género chico», que es bien grande, deben salir por las calles en estatua que anda, lucirse como en el escenario, en el ancho y de todos, representar a los hijos de Madrid, injertados día a día con cuerpos venidos de no se pregunta dónde, que adquieren en Madrid además de su almarío, su alma. ¿Quién no va a echar desde el balcón del primero derecha un piropo a la retrechera de mantón alfombrao, de redaños calientes, como al prototipo de los cabales, que se recome de celos? Celosos son los dos: apasionamiento. Bendito en aires tan helados como los que soplan. Ejemplo, los dos gigantes de la Literatura y la Música populares, de que en Madrid no se extinguirá nunca el «aquél». O sea, la vergüenza torera, el ímpetu, el querer lo que se quiere de verdad y además de verdad, y el no dejarse robar el cascabeleto del pronto y de la chispa. De eso, nada.

# don francesillo

AHORA vamos con los cabezabuque, como llaman los golfantillos de Madrid a los de cabeza de más del natural. Este primero se llama don Francesillo de Zúñiga, don Francés, algunas veces, y es de las más odiadas, maldecidas, reídas y admiradas entre las «sabandijas de Palacio»; dígase bufón de Su Majestad, en el caso de don Francesillo, compañero y hazmerreír del Emperante don Carlos, primero de este solar como quinto de la Alemania. Don Francesillo era ruin de cuerpo, había menguado de tanta picardía, que no le dejó crecer, se luceaba de atavíos de gran señor, minúsculo como era. Y le buscaban y le huían, y era paz de alegría y escándalo de conciencia, no se sabe si más atrevido que calumniador, entrometido, descarado, aguijón, ortiga, maledicente y malhablante, sabroso de boca y cruel por rencor a sí mismo por tan enano, y a los demás porque mirándolos de abajo arriba se enteraba de sus vicios bajo capa. Uno de tantos, como las sabandijas que pintó Velázquez, que se arrastraban tras un mendrugo o en las casas nobles, a la moda de amistarse con lástimas transformadas en divertimento de urticaria. Don Francesillo, tan galán y como visto de lejos estando cerca, no sería destacado de las costumbres que duraron hasta los Borbones, que cambian bufón por tenorino, si no hubiese alumbrado, además de cizañas zahirientes, páginas inolvidables. Era escritor y eso le permite no morir. Veo taconeándose como una Villamedianta, parigual y segundo Quevedo, al de los agudos dichos. Su libro se titula, y vaya cuerda a la cometa, «Crónica de mano del donosísimo don Francesillo, agudo decidor del Emperador Carlos V, en la cual escribe muchas cosas suyas, y algunas acaecidas en España y en las comunidades; contiene graciosos y sutiles dichos y apodos a grandes, a prelados y señores particulares. Es lección exquisita, gustosa y de apacibles ratos y entretenimiento». El escándalo era cola y estela de don Francesillo, de él nacieron las injurias más graves (no las superó años de luego, ni el «Duende de Palacio»); dio vaya y carrete, tiró dardos y virotes a tantos y cuantos, y tuvo el valor su minusculez de enfrentarse a los poderosos y empingorotados. De hombre a semihombre no va nada. Leerle es sonreírse, reírse y amargarse. ¡Qué mísero es el hombre! Basta un chisgarabís alimaña para desmontar al hombre de su soberbia. En el fondo don Francesillo era ascético a su



manera. Baste, para servir la curiosidad, uno de sus chistes, precisamente el último. Así lo relata un autor de «florestas», copia de agudezas, hechos notables y chilindrinas: «Agonizando como estaba de resultas de cuchilladas recibidas (lo mató un rufián, pagado por cierto grande enfadado por uno de sus chismes), al moribundo fue a visitarle su compañero de chanzas (otra sabandija) Perico Ayala, y conmovido a la vista del maltrecho amigo, le rogaba no lo olvidase cuando estuviese en el cielo. No levantó los ojos don Francés. pero alargó el brazo, y "Atame—dijo—un hilo a este dedo meñique, para que no se me olvide". Así era y así renató sacándole la lengua a este mundo y a los mundos. Figura representativa de un estilo de vivir.

# juana de calderón

«la marizápalos»



AHORA viene lo bueno, la primera cabezuda, la Marizápalos. Otro engorro para los eruditos. ¡Si no ha existido! Volvamos a la matraca: es de leyenda, como las más inquietantes de las figuras que nos rodean. Qué será, que no será Marizápalos. Por lo pronto, bruja. Eran días de creer en brujas, ahora las hay y las niegan. Marizápalos tiene su ejecutoria, crónica fiel y representación diseñada en las famosas aleluyas, que han caído de los cielos de Madrid. Su pliego, denominase «La tía Marizápalos o la reina de las brujas». En cuarenta y ocho cuadritos, describese el diorama de la fementida. Copio los versillos, llámémosles así:

La Marizápalos era — vieja, horrible y hechicera.  
 El rey que un día rabió — fue porque a la bruja vio.  
 Se daban otras la soba — y ella montaba en escoba.  
 Como reina la eligieron — y corona la pusieron.  
 En lechuza convertida — busca lámpara encendida.  
 Del uno al otro confín — cabalga en un puerco-espín.  
 En él, al quedarse oscuro — evoca negro conjuro.  
 Las brujas todas unidas — siempre estaban divertidas.  
 Marizápalos ligera — busca un joven que la quiera.  
 Le da sortija encantada — y ya hay boda concertada.  
 La bruja si lo desea — entra por la chimenea.  
 A su amante la convierte — en imagen de la muerte.  
 Sus hazañas declararon — y prenderla concertaron.  
 En abeja convertida — huye ligera en seguida.  
 Busca a sus perseguidores — y les da agudos dolores.  
 Mas la buscan de tal suerte — que en árboles los convierte.  
 En noche de clara luna — se va al lado de una cuna.  
 Al niño de allí sacó — y a una cueva lo llevó.  
 Las brujas al verla entrar — se arrodillan sin chistar.  
 Otra a su amante conquista — y no les pierde de vista.  
 Y convierte a su rival — en gallina de corral.  
 A su amante por ingrato — le da la forma de gato.  
 Y lleva senda paliza — por hurtar la longaniza.  
 Las brujas a un viejo chocho — lo acarician con bizcocho.  
 Más lo desnudan después — y andar lo hacen al revés.  
 A todos los niños malos — los arman con sendos palos.  
 Del aquelarre el oficio — es proteger siempre el vicio.  
 Pincha a su amante la bruja — con una tremenda aguja.  
 Y vuelve a ser caballero — elegante y lisonjero.  
 El con extremo la amó — más en loba se trocó.  
 Al verla así la temía — y huir de ella pretendía.  
 Un caballo que buscó, — galápago se volvió.  
 Ella al ver a su mercé — lo coge por el tupé.  
 Se le embisten sabandijas, — escorpión y lagartijas.  
 Toda su gran brujería — en unos polvos tenía.  
 Una urraca que los vio — de casa se los llevó.  
 El amante al ver la urraca — del pico los polvos saca.  
 Las brujas sin polvos ya — andan de acá para allá.  
 Marizápalos tropieza — y ve abierta su cabeza.  
 Todo le sale al revés — y va andando a cuatro pies.  
 La gallina que encantó — a los ojos la picó.  
 Y aquella bruja en seguida — por todos fue perseguida.  
 El amante en su porfía — hierve los polvos un día.  
 Y pronto un mago aparece — que servirle bien le ofrece.  
 Hace a la bruja buscar — pues la quiere castigar.  
 Sobre una zarza subida — la encontraron en seguida.  
 Ya en la cárcel encerrada — ve a la gallina casada.  
 Por chismosa y hechicera — la conducen a la hoguera.

Si leéis a quien las estudió, Caro Baroja, en las aleyunas de Marizápalos está el temario de las brujas. Quizá fuera descendiente Marizápalos del marqués de Villena, que en Madrid dio pesadumbre de mágico. Entonces, ¿la cabezuda de hoy es la vieja, aquella, boca sumida, nariz de gancho, calvilla y rebajuela?

La contestación está, y parece digresiva, en la semblanza por Sainz de Robles, de Juana de Calderón. Si antes de cuento, ahora va de historia.

«—Soy—la hace hablar el alto madrileñista—Juana de Calderón, hija de Juan Calderón y hermana de María Calderón, cómica de la legua, amante de Felipe IV, madre del segundo don Juan de Austria... María Calderón fue mi hermana mayor y mucho mejor cómica que yo. Las dos nacimos en Madrid, ella en 1599 y yo en 1610. Nuestro padre, Juan Calderón, tenía una covachuela sombría y cuajada de primores en la calle de Nuestra Señora de la Leche, próxima al camino de Atocha, y era muy amigo de la grey histriónica, sirviéndola de apoderado para el cobro de los créditos, prestándole dinero e hipotecándole sus

casas para mayor garantía del préstamo. Mi padre vendía ricas telas... El ambiente de aquel curioso comercio y la amistad con cómicos y cómicas determinó nuestra temprana vocación. ¡Qué maravillosa actriz fue María!... La cual ni conoció de cerca a Felipe IV... Yo, por mi desdicha, sí llegué a intimar con él, contra mi voluntad y sin amor... No soy hermosa. Mientras actué en público se decía de mí que «era de mediana belleza, pero de un encanto singularísimo, con la voz tan graciosa y agradable que cautivaba a cuantos la oían». Conocí al rey en marzo de 1627..., en una banda de cómicos que mandó formar el conde-duque de Olivares para entretener a Su Majestad... Había ya tenido mi primer amor, que fue el único y grande de mi vida: el duque de Medina de las Torres. Pero fue este inmenso amor mío quien, acobardado por las admoniciones de Olivares, me aconsejó que acudiera al aposento real... Lo del rey al parecer fue como un flechazo. Apenas aparecí en el escenario quedóse don Felipe como alorado y febril, confesándole a su privado que mis encantos éranle necesarios para vivir... Antes de acudir a la real cita, propuse a mi amado huir a Francia... ¡Y el gran cobarde poco menos que llegó a pegarme, ya que me zarandé, poseído de un miedo insano! Según él, oponerse, más que al deseo real, a las órdenes del valido, equivalía a perder la hacienda y la vida... Me colmó el rey de honores y de joyas. Y pidió para mí a sus mejores poetas madrigales, divisas y acrósticos conceptuosos. Y me defendió contra los celos de su esposa, doña Isabel de Borbón, mucho más hermosa que yo... Yo presenciaba una fiesta de cañas desde un balcón de la Plaza Mayor. Me vio la soberana y mandó que me desalojasen. Pocos días después, para desagraviarme de la pública ofensa, me asignó el rey, con carácter fijo, otro balcón de la plaza, esquina a la calle de Boteros, que desde entonces fue llamado «el balcón de Marizápalos», nombre éste de una danza al compás de tres por cuatro que yo solía bailar acompañada de una guitarrilla. Pero además los amores del monarca me sirvieron para adquirir una fama proterva de mujer desgarrada. ¡Juro que sólo el duque y el rey fueron mis amantes! Sin embargo, la maledicencia se cebó atribuyéndome incontables galanes...»

La serie es, por tanto:

1. Hay una bruja alegorizante, creada en la imaginación de la gente crédula en brujas, lo habitual en aquella época: Marizápalos.

2. El rey se enamora de una cualquiera. (Entonces una cómica era la menos cualquiera de las cualesquiera de que se enamoró Su Majestad, que hubo de distintas cualquiererías cerca de cincuenta hijos, si no miente la suma de los historiadores.)

3. El episodio de la reina ofendida, excita la maledicencia de la gente.

4. Como venganza popular, llaman al balcón regalado por el rey, el de la Marizápalos.

5. Nombre de uno de los bailes de las histrionisa. Asocian baile y bruja, hechicera que hechizó al rey, con bruja que hechiza.

6. Era impune la denominación elíptica—siempre el vulgacho tira la piedra y esconde la mano—, pues casaba bruja y baile, al ser del mismo nombre y el insulto, y era excusa ante quien pidiera explicaciones.

Y así, Juana, y no María, dio a luz al Juan de Austria bis, que no justificó ni su bastardía ni su apellidado. Mediocridad intrigante, sin más huella.

La Marizápalos de la comparsa de muñecos, es la Marizápalos del balcón, qué bruja ni qué ocho cuartos: mujer desgraciada, de candiles, de candilejas, y sumisión a quien quiere para que quiera a quien la quiere, al que no puede querer porque quiere al que la entrega al que la quiere. Descifrenlo, y a otro fanteche.

LUIS Candelas y Pepa la Naranjera hacen buen par si van unidos. Son de la misma época tensa. Viven el Romanticismo bajo Cristina e Isabel II. Pepa la Naranjera, nada más sino que interviene en todos los *totum revolutum* del tiempo, y los hubo a manta. Tipo popularesco de los mil que ha dado—o allí han venido a quedarse—el barrio bajero de Puerta del Sol a Manzanares, despeñadero de pobres y picaros, donde se ha cocido, con el barrio del Barquillo, que tampoco era manco, la gloria de la manoletería. Pepa manola, una de aquellas según patrón de las del dos de mayo. Manola, maja por veces, madre de las chulas. Uno de los más sabrosos tópicos de Madrid. Conversadora de Espronceda y de Larra, alegó musa del Parnasillo. Vedla entre los fantochines, los brazos en jarras, naranjera y cantarera, si no castañera picada, a lo don Ramón de la Cruz.

La representante del majerío esencial, al lado de Luis Candelas. Los historiadores se asombran de que Candelas, ladrón ejecutado por sus latrocinios (aparentemente), lanzara desde su cadalso, junto a la plaza de la Cebada, la frase «incongruente», así la califican: «¡Sé feliz, patria mía!» La explicación está averiguada por Comín Colomer, especialista en la política mala, estudioso de la peor de la antiespañola. Escribió el competente Comín en *El Español* de la primera época, que Candelas era masón, «Temístocles» en sus barullos. Eso justifica que no obstante sus resonantes robos, viviera vida doble: como bandido, Luis Candelas Cajigal, jefe de sus compañeros Balseiro, Cusó, Paco el Sastre y Leandro Postigo; como caballero perulero, don Luis Alvarez de Cobos, y no diera con él nunca una policía azuzada por el superintendente marqués de Viluma; impunidad extraña en una ciudadilla de menos de trescientos mil habitantes; además, que el aludido Jano de cuerpo entero daba habitación en la misma casa a cada una de sus mitades: la execrada salía a su oficina-taberna por la puerta de la travesía de los Tudescos, mientras que el refinado y riquísimo concedía a la puerta principal, calle de los Tudescos, el honor de dar paso a su aristocracia. ¿Cómo era posible? Porque Luis Candelas había sido iniciado en logia «Libertad número seis», dependiente del «Grande Oriente Nacional de España», que funcionaba desde el 1822. Entonces, en ese año, ya Candelas tenía fama de «echado palante», habíase destacado por sus fechorías y rebeldías. Lo cual en época sin escrúpulos, entre gentes con menos aún, y dispuestas a lo que se pudiese para acabar con el binomio Iglesia-Trono, los hombres de pelo en pecho eran buscados por aprovechables. Y Candelas, sirviéndoles, dio incusos golpes—dígase hizo robos—, de los que en nuestros días la C. N. T. calificaba, al aludir a sus atracos, «expropiaciones forzosas». El dinero iba al Partido. Comín Colomer cita varios ejemplos, y alude al suceso, también sorprendente, de que Candelas se metiera en la boca del lobo, en la cárcel que estaba detrás del actual Ministerio de Asuntos Exteriores, para fraguar la fuga de don Salustiano Olózaga. De cuyo encargo salieron Olózaga y él airosos. ¿Entonces por qué le privó de su amparo la masonería, si era agente suyo, hasta dejarle ahorcar en garrote vil? Todo se explica; había servido asimismo al Ángel Exterminador, sociedad secreta ultra del otro lado. Y aunque hizo penitencia y demostró de nuevo su adhesión hundiéndose más en el delito, la masonería le eliminó por no obedecerla en un asunto de suma importancia que le encomendaron. El cual era raptar a la reina niña, luego Isabel II. Diego de León quiso procurarse esa prenda coactiva. Candelas se negó a preparar el golpe. Quedó al aire, y en el aire, desvalido, le agarró Viluma. Se sabe que Candelas iba muy tranquilo al cadalso, plantado cerca

## pepa, la naranjera y luis candelas





## la tía javiera

de la Puerta de Toledo. Razón: esperaba en el borde de la muerte el decreto de indulto. María Cristina le falló. Al verse perdido, declama sobre la negra escena: «¡Sé feliz, patria mía!» Descubrióse con la frase; quizá hizo los signos masónicos.

El olvido no pudo con la fama del personaje. La cual quizá perdure por los siglos, fundada en que sus robos son los más ingeniosos y originales de todos los tiempos; ni siquiera hoy, en que se realizan por millones y se calculan en las novelas policíacas por toneladas de papel, han sido superados

en cuanto imaginación, destreza y listeza. Fundada también su fama en que su vivir ambiguo, duplicado, líon y dandy irreprochable alterno con capitán de facinerosos en cuadrilla, exalta la sensibilidad popular; en que jamás derramó una gota de sangre, lo cual le hace simpático al vulgo sentimentaloides; en que su entrega a las autoridades fue epílogo de una novela de amor color de rosa, en la cual portóse Candelas como galán rendido y de hidalguía sin tacha; en fin, como héroe. Y es héroe en cierto estilo, héroe de novela por entregas, que eso fue su vida: novelón.

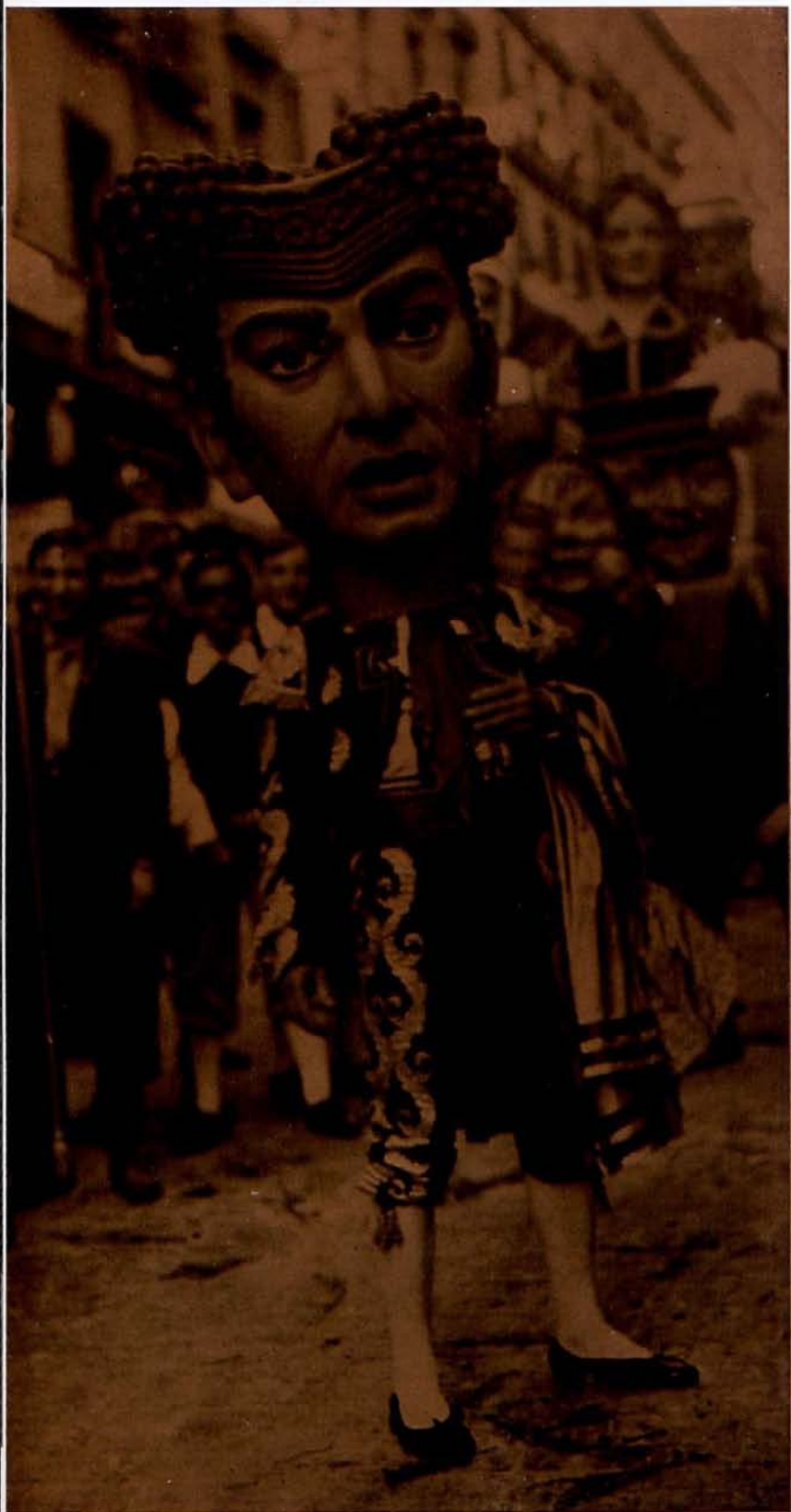
Candelas, como Pepa la Naranjera, famoso populachero; los demás, los históricos, contrafiguras populares. Lo que va de lo seleccionado a lo raez, ce la uva a la escobilla. Los gigantones van a la calle y rozan el entresuelo; los cabezudos salen de la calle y se miden con el rasero de los vecinos más chatos, los gigantes parece que suben, como su verdad, sobre los niveles habituales; los cabezudos se tratan de tú a tú con la plebe. Pero unos y otros han de lucir, que el pueblo se compone de tantos todos, y a los más y a los menos hay que despertar a la gracia, o sutil o chocarrera.



Por lo que hay todavía otros en esta serie sin excepción peles de jacarandina. Sale otra señora: es la Tía Javiera. ¿De dónde acude? De Villarejo de Salvanés. ¿Qué hace? Vender rosquillas en la Plaza Mayor por las Navidades y San Isidro; venir caballera a mujeriegas en un asno, símil del gran Panza; el traje de labradora, el pañuelo rameado tapándole las canas, agudo perfil de Marizápalos esta buena mujer, no cabra de aquellarre. Las rosquillas de la Tía Javiera, en un país donde la dulcería encima los mantenimientos, eran de muchísimo gustar y alabar. Hízose simpática a la parroquia, abuela de las verbenas, cariátide de lo agrícola de la provincia, a dos pasos de los adoquinados y entarugados; y que no suscitaba la provincia, en la capital apomposada, sino un vago interés de algo bucólico leído en los poetas. La Tía Javiera traía a Madrid oreos de las odas bucólicas a lo neoclásico. Estaba aquí la Tía Javiera, luego era verdad que alrededor del artificial Madrid había pueblos. Eso, y que los vendedores usaban trajes regionales en sus chiringuitos, y que la Tía Javiera representaba el figurín regional de los paletos, además de la harina y el almibar de sus rosquillas, y de su perfil de ancianita de cuento, hizo su fama. Las rosquillas de la Tía Javiera fundaron proverbio, de ahí salió la alusión socarrona, se tonió de modismo alusivo, y un día la Tía Javiera desapareció... para aparecer hoy hecha figura.

De la Tía Javiera habla don Benito en *Fortunata y Jacinta* (luego es anterior a 1887): «Este sí que es el Pituso legítimo, el de la propia Tía Javiera, ¿verdad, señora?» Porque la dulcera voceaba su mercancía de legítima, la antonomasia de las rosquillas, que no era otra sino la suya. Y habla don Jacinto en *Memorias y olvidos*: «Obtuvo (su padre) por concurso de su Ayuntamiento, la plaza de médico titular de Villarejo de Salvanés, lugar de la provincia de Madrid, famoso por sus rosquillas, que han hecho, si no inmortal, muy duradero el nombre de la primera que las emprendió en Madrid, durante la romería de San Isidro, la Tía Javiera, la que hasta muchos años después tuvo como continuadoras, que se anunciaban como dos sobrinas suyas, hasta que una mas atrevida pretendió suplantarla del todo, y a modo de reto, puso, como Don Juan Tenorio y Don Luis Mejía, en su puesto este cartel: «Yo, como la verdadera Tía Javiera, no tengo tías ni sobrinas.» El cartelito

## «cúchares»



se hizo popular en Madrid. A pesar de tan rotunda afirmación, aquella no era la verdadera Tía Javiera, que ya había muerto años antes, pero tampoco era verdad que la difunta no hubiese dejado tías ni sobrinas; de las tías no sé; pero de las sobrinas, una, por lo menos, he conocido yo, etc.» Bien avalada está la Tía Javiera por el primer madrileñizante y por el primer madrileño de la época. Además de haber creado un modismo popular: «Legítimo, de la propia Tía Javiera», el registrado por Galdós.

★

PARA *cavaliere servente* de la Tía Javiera, ¿quién se lo iba a decir!, se elige, ostentándose de cabezudo, a don Francisco Arjona y Herrera, reputado como Cúchares. Es nacido en Madrid, cuna de toreros grandes, como el Gallo y Vicente Pastor, Bienvenida y Antoñete; que Madrid es la primera sucursal de las dos Andalucías. Cúchares inventó lo más difícil: agrega su toreo por la derecha, ¡vaya mina!, lucido y alegre. Iba al Café de la Unión, como cantan los caracoles de Juan Breva, a tomar un café-café en traje corto, como los usaba Frascuelo para la misa en las Calatravas. Rival Cúchares del Chicianero, inaugura las competencias fértiles para cosechar pasión, la de las competencias, bien española, sobre todo madrileña. El «No hay hombre sin hombre» lo sustituyó Cúchares con «No hay hombre sin otro hombre rival». Cúchares, el de la vieja plaza, aquella junto a la Puerta de Alcalá, donde ahora se abre la calle de Claudio Coello.

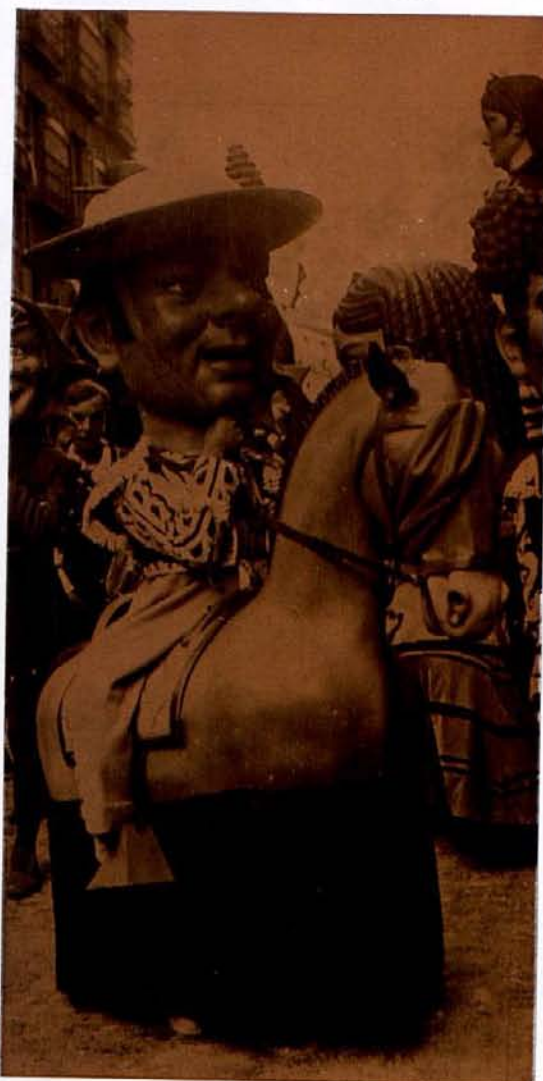
★

LA otra pareja, nuestros títeres son de dama y galán, la forman un ¿torero?—otro—y una ¿cantante? El picador Melones pertenece a la era que los cursis llaman *la belle époque* y los gruñones «los años bobos». Había corridas bomba con gritos de «¡Caballos, caballos!», porque el toro los mataba de dos en dos, y al final los revisteros contaban: «Caballos muertos, catorce». Los picadores se aplaudían como el matador. Compañeros de este cabezudo, el Melones, eran el Manos Duras, el Broncista y sobre todo el Agujetas, de ovación sin batacazo, librándole al caballo del torón, que eso eran aquellos toros, antes del torito que llaman comercial los ganaderos de ahora; el torón tomando seis varas, aguantadas por el Melones a caballo salvo, en seguida seis quites primorosos de los maestros. Otros tiempos nada bobos y de vista *belle* en lo taurino. Los picadores de músculo y ciencia que requiso para acompañar la firma del Melones, lo eran de buten y en las tabernas se les quitaban la gorra. Sobre ellos cuantos hubo, el Melones constituía el impar por la razón de que era caballista, jinete de lujo, como los rejoneadores; su caballo hacía quiebros y monerías al salir siempre iieso. El Melones, después de todo, había devuelto el toreo a su cuna, que la lidia comenzó por los caballeros antes que éstos la entregasen a los capeadores, llamados chulos, el Melones como los que clavaban al toro la lanza en la Plaza Mayor. Eso y dar pie para que en su después salga a caballito, para regocijo de los públicos menudos, justifica su entrada en la comparsa.



A Doña Cundis la justifica representar el mundillo de los monstruos que aloja Madrid, año tras año, con sus relevos, hasta que el automovil barre de las calles el pintoresquismo. Los monstruos eran también conocidos por «tipos populares». Había tontas y locos, había astutos y bohemios había vivaslavirgen y angelizados. Doña Cundis era de éstas, conmovedoras por su ingenuidad y casto semidelirio. Era bajita, de pelo entreplanteado y castaño, llevaba pendientes de esas hojalatas que llaman similor, iba repeinada, pulida, modosa. Usaba mitones. Los polvos de arroz que rebozaban el rostro, insinuación de carátula muerta. En traje de señora de sombrerete, encima del lujo apagado la toquilla, que Madrid es de frío imprevisible. Y cantaba. Según Doña Cundis, era tiple del Real; las intrigas la expulsaron de las tablas próceres, buscaba, demostrando facultades y escuela, tanto limosna como justicia. Su repertorio, mezcla de tesituras: lo mismo tiple ligera en «Rigoletto» que contralto de «Carmen». El escenario supletorio que se buscó era extenso: desde la Plaza Mayor, límite Norte, a la plazuela junto a Ave María, por el Sur. Cantaba discreta, sin mirar a nadie; es decir, se veía en el Real y miraba a su paraíso; éca era su realidad, como la vía pública su ficción. Los chicos la tiraban de los colgantes de azabache de la manteleta bajo la toquilla, o le soplaban al abanico huesecillos de majuela por la cerbatana. Ella los ignoraba. La limosna la recibía en una bolsita, con sus «Muchas gracias» de bien educada. Alguien le puso Doña Cundis, y quedó. En seguida otra la dijo Madam Pimentón. Alternaba los dos alias. En el Ateneo, los de la tertulia de Valle Inclán quisieron cortar la racha de banquetes abrumadora, cada vecino, y los forasteros, organizándose ágapes en la Bombilla, o en Lhardy, o en Botín, o en Tournié, o en Fornos, o en el Mesón del Segoviano, lo urgente era inmortalizarse. Los cacharreristas del Ateneo, para poner en ridículo los banquetes, le dieron uno a Doña Cundis, o Madam Pimenton, en Casa Juan, sede la Bombilla. Todo se hizo según protocolo: paella, discursos, homenaje de laurel entretejido con ajos. Doña Cundis aguantó la marea, candonga permanente. Los periódicos describieron y retrataron la sátira viva. Al día siguiente, los banquetes se multiplicaron. Contra la vanidad no hay tapias, ni levantadas por Juvenal.

## el melones



## doña cundis

**E**STOS son los nuevos vecinos de Madrid, estafermos los unos por su pandorga y efemérides, los demás por dominguejos y peleles. Como en el vivir, o grandes y rectores en la lista de los acatados, o la flor del berro, nadas entre dos platos, desvalidos de fortuna conocidos precisamente por no tenerla. Criaturas que fueron de Dios, ahora criaturas que acoge en su laberinto la villa: la que se codea con el personajote y estima a sus musarañas. De lacayos y acompañantes, escurriduras, mojigongos y tarasquillas, de las carrozas que se urden, de los pillos y galopillos y zancudos que forman nube alrededor de los señores gigantones y de los cabezudos sin don, otro día, si nos da permiso don Carlos Arias Navarro, alcaide del castillo famoso de Mohamad.

T. B.



Tauler

—Marido, di qué luz tiene este suelo  
que no parece por el hombre andado,  
que es una vocación para el cuidado  
y que es una esperanza para el vuelo.

¿No ves cómo se enciende mi pañuelo  
cuando la tierra dulce abre tu arado,  
y vuela desde lejos a tu lado  
para hundirse en el surco paralelo?

Quisiera ser la nube, la paloma,  
la garza niña que al nidal se asoma,  
la torre del hogar con la bandera  
del humo señalándote el regreso.

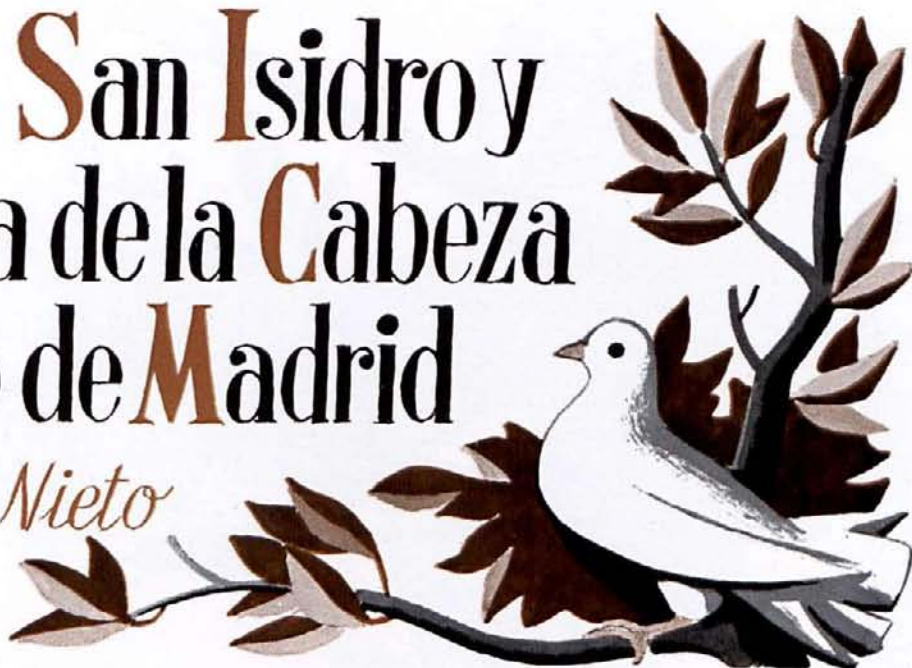
Marido, sé el valor que tiene el beso  
de tus campos en flor y en primavera.

—María, en esta nada castellana,  
¿qué darle a Dios o qué pedir? Pongamos  
tu saludo de esposa entre los ramos  
igual que la amapola más temprana.

Cómo se hunde en mi pecho la besana  
que diariamente y con amor trazamos;

# Dialogo de San Isidro y Santa María de la Cabeza bajo el cielo de Madrid

*Por José García Nieto*



cómo subes por ella gozos, tramos  
que llegan al Señor cada mañana.

No hay que pedir sino lo ya tenido:  
el barro con la pajas sostenido,  
que alce pared y que detenga el viento.

Y dar gracias por ser dos cada día,  
con nuestra soledad por compañía  
y la esperanza en Dios por alimento.

—Aunque agua lleva el río cuando suena,  
Isidro, ¿qué agua es esa que se siente  
donde río no hay, ni canta fuente,  
ni anda caudal que el seco cauce llena?

No eran yuntas los bueyes de la arena,  
¿por qué tú los miraste frente a frente  
y fué tu ahijada herida suficiente  
para abrir en la piedra fresca vena?

Qué trago el de tu gracia, por Dios vivo,  
viniendo a nuestros cántaros cautivo;  
joh, tú, mi labrador samaritano!

Dios tuvo sed. Y sabe que repara  
la sed con el prodigio de tu vara,  
nunca tenida en más hermosa mano.

—Sordo, María, ciego en esta orilla  
quisiera estar; no ver. ¿Quién habla? ¡Calla!  
No son éstas mis armas de batalla;  
que enmudezca la voz que te mancilla.

Te creces de serena y de sencilla  
y eres el sol que en la corriente estalla  
y, como el sol, sobre las aguas halla  
pedestales de encaje tu mantilla.

Andas sobre ella, pasas, me confundes;  
me miras; no te pierdo, no te hundes,  
joh, labradora mía arando el río!

Qué bien va sostenido la pureza,  
María del Amor y la Cabeza,  
principio y fin de este destierro mío.

—Isidro, esposo, el hijo, el heredado  
fruto de Dios, en la garganta oscura



del agua está gimiendo. ¿De qué altura  
cayó que lo ha perdido mi cuidado?

La mirada del pozo me ha cegado  
del corazón la claridad más pura.  
No volverá jamás a mi cintura  
donde tuvo primer jardín cerrado.

Pero tu del Señor eres reflejo,  
tu te miras en El, y El es tu espejo:  
pídele nuestro hijo nuevamente.

¡Asciende ya la vida, sube el gozo  
al anillo de oro de este pozo  
donde el dedo de Dios brilla y se sientel

—María, andan de noche en las estrellas  
ángeles, cuando rezas, labradores,  
que van dándole al alba, en los albores,  
normas para la senda de mis huellas.

Sin ti no iría yo tan fiel por ellas  
a los brazos del surco acogedores;

eres tu quien espiga mis amores,  
tu la más ejemplar de las doncellas.

No dejes que mi sombra vaya sola,  
que, huérfana del cáliz, la corola  
se vaya deshojando sin sentido.

Sígueme y cuando vuelva yo mis ojos  
que encuentre más hermosos los rastros  
porque estás tu salvando lo que olvidado.

—Duerme, marido, duerme; el sueño es tela  
que tejen hilos del divino empeño;  
también mi sueño nace de tu sueño  
y tu alma niña va con mi alma en vela.

Pero veo los bueyes de canela  
obedientes al mando de otro dueño  
en la labor del campo. ¡Qué pequeño  
siento mi corazón que al tuyo vuelal

Isidro, tengo miedo. ¿Estás comingo?  
¿Quién conduce esa yunta, si mi amigo  
rezando a Dios temblor de Dios se ha hecho?



Ya no te vuelvas de tu sueño, esposo,  
que los ángeles pagan tu reposo  
mientras la paz de Dios mueve tu pecho.

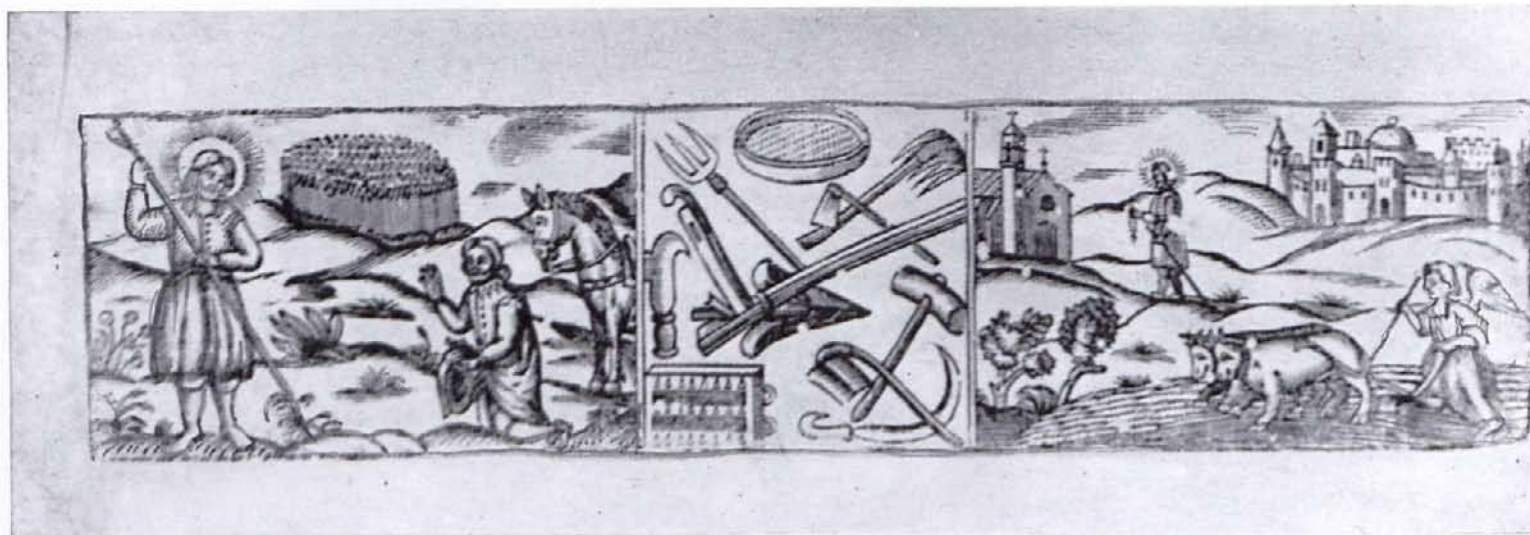
—Dios amanece para todos, aves;  
tomad el trigo. ¿No es verdad, María,  
que volverá más alto con el día  
radiante del verano que tú sabes?

Aquí canta el Señor para que alabes  
la música en sus obras. Yo podría  
llamar ahora a la puerta, y me abriría  
para los dos el cielo con sus llaves.

Pero es preciso aún amar la espera,  
ganarnos, paso a paso, la frontera  
donde se nos dará lo que pedimos.

Y otros hombres vendrán cada mañana  
que, abriendo a la esperanza otra besana,  
serán de Dios donde nosotros fuimos.

Tauler



# LA ICONOGRAFIA DE SAN ISIDRO

La figura de Isidro, el labrador madrileño, tan venerado después de su muerte y convertido en patrono de la capital de España, tal y como hoy nos resulta familiar, es consecuencia de una serie de aportaciones de las más diversas.

Poco han hecho por ella los historiadores. Recién fallecido el Santo Labrador, nadie juzgó de interés recoger sus memorias todavía vivas y dejar constancia de ellas en un relato puntual y coherente. Fue la tradición oral la que se encargó de mantener el recuerdo de su vida, de sus virtudes y de sus milagros.

Pero de ordinario esta tradición, aún siendo tarea común, no sólo selecciona los temas, sino que define el perfil del héroe de forma muy definida; y así, cuando algún erudito posterior intenta cristalizar esa tradición, encuentra ya determinados el alcance y la meta de su trabajo. No escapa de esta regla ni siquiera el más antiguo y venerable biógrafo del Santo, cuyo relato resulta impersonal, anecdótico y monocorde; sólo ve al Santo en su papel de taumaturgo.

Tiene esto mucho que ver con otra vertiente de la figura del San-

to, su enraizamiento en el alma popular y la prodigiosa expansión de su culto por el mundo entero, especialmente por los países hispánicos.

No hubo comunidad campesina que no tomara como intercesor y vinculara a su patrocinio la suerte de sus cosechas y la prosperidad de su primitiva economía, asociándole, como era lógico, a las inquietudes que le producían —y le siguen produciendo— los avatares atmosféricos y las incertidumbres de la meteorología. Aun hoy, es raro el pueblo hispano donde los labrie-

gos no conservan una imagen de Isidro, expresión sensible de su perenne zozobra y de su constante devoción.

En este marco más amplio del culto isidrense, Madrid no pudo ser una excepción, pero la devoción al Santo ofreció mayor riqueza, más matices y mayor intensidad.

El Isidro madrileño no sólo protegía y multiplicaba las cosechas, era además tutor de aguas vivas. Fuentes y pozos surgían doquiera se invocaba su nombre.

Las fuentes tuteladas por el Santo no sólo eran prenda de la prosperidad del agro, sino además medicina eficaz para el alma y el cuerpo. No es a ello ajena la próspera fortuna de Madrid en el siglo XVI. La curación de un regio personaje atrajo sobre la villa la benevolencia de la Corte y amplió entre los cortesanos el círculo de los devotos y entusiastas del Santo.

Pero es en el siglo XVII cuando se produce la singladura definitiva de la historia póstuma de Isidro. Crece la devoción y el entusiasmo, dejan éstos de ser exclusivamente populares para ganar medios sociales más influyentes. Llegó su canonización, se reconoce su patronazgo y una multitud de Institutos y Cor-

poraciones se ponen bajo su advocación.

Nuestro Siglo de Oro hace suyo a Isidro con tanta mayor delectación, cuanto que son muy pocos los obstáculos que la Historia puede oponer a la obra de su imaginación y de su gusto.

Este tercer Isidro es el que ha prevalecido. Un Isidro pintado o descrito sin preocupaciones arqueológicas, con absoluto desprecio de lo que pudo ser la meseta castellana cuando se cernía sobre sus inseguras fronteras el peligro africano y se disputaban su futuro, todavía indeciso, la cruz y la media luna.



Un Isidro cuya vida de iletrado no estaba atestiguada por viejos pergaminos que hubiera que descubrir en polvorientos archivos, descifrándolos con habilidad y paciencia; un Isidro cuya figura se había transmitido rodeada de un halo de gloria tan luminoso que aún la hacía más difuminada e imprecisa.

Los hombres de nuestro gran siglo crearon así un Isidro a su imagen y semejanza, o, mejor dicho, a imagen y semejanza de sus pensamientos y sus sueños.

En esta figura de Isidro se concentra toda la dignidad de un pueblo orgulloso y pobre, toda la elevación de su alma mística; hay en ella reminiscencias de la Edad de Oro y de la pastoril Arcadia que con tanto vigor se manifiestan en el contexto de aquel Siglo, pero la expresión de Isidro está lejos del paisaje pagano y su empresa fluctúa entre la llama de amor viva y el servir y hacer reverencia a Dios y con esto salvar el ánima.

Isidro es una pincelada de serenidad en el ambiente barroco, pero no se libra del claroscuro, ni de la grandiosidad, ni del movimiento. Permanecerán siempre en el misterio las motivaciones de su extraña conducta; su arrogancia será complemento obligado del lujo decorativo que, paradójicamente, le acompaña y de la ampulosidad arquitect-



tónica que habitualmente le encuadra. Por último, el milagro en acción resultará obligado contrapunto de un aire de ausencia cuando no un éxtasis que le caracteriza.

La escultura, la pintura, la orfebrería, el grabado difundirán por el mundo entero la estampa convencional del Santo, en cierto modo definitiva, sin que el paso del tiem-

po deje otra huella que adocenar los temas y descomponer las líneas divulgando y a la vez vulgarizando su figura.

Nuevos aires, aires a veces de tormenta, iba a traernos el Romanticismo y, como es sabido, una nueva versión literaria de los temas históricos.

Con más colorido y con más pasión y, por ello, más convencional y deformada, la creación romántica gana en brillantez cuanto pierde su profundidad.

Isidro está llamado a ser una víctima de la tempestad romántica. Poco dice en esta época su serena oración, su vida puntual, sus sencillos milagros.

Así, desustanciado de su dimensión psicológica, desvirtuada su apariencia clásica, el Santo se convierte en insulso protagonista de una historia sin argumento.



En cambio, el costumbrismo de la época romántica exulta entre sus devotos. Ya el gran precursor de nuestros románticos, el despiadado intérprete de nuestra mayor tragedia, Goya, ha bajado a la Pradera para incorporarlos a su repertorio.

El tema va a perpetuarse durante ese siglo que empieza con cantos de epopeya y acaba con compases de género chico.

El Santo ha quedado relegado a un telón de fondo que encuadra y sitúa a la multitud protagonista.

Y esa multitud festiva, fugitiva de su vida cotidiana, prisionera de sus minúsculas preocupaciones, atenta a la satisfacción inmediata de elementales apetitos, pierde de vista lo que es ya tan sólo pretexto y excusa.

También para este costumbrismo llegará la hora de la decadencia. Ni

el isidro forastero ni el indígena podrán alimentar la caricatura y el apunte que habrán agotado sus recursos después de una carrera laboriosa.

Y no hay más. Se han renovado los estudios históricos. Se pone al día la vida religiosa. El arte es un fénix convulso. San Isidro puede ser un buen tema para todos.



# EL AÑO SANTO EN MADRID

(AUTO SACRAMENTAL DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA)

Por Federico Carlos Sainz de Robles

1650. El Clasicismo—más o menos conceptuoso ya—había terminado en las costumbres, en el arte, en la literatura de la Europa Occidental. Y el Barroco, que se insinuó años antes, explotó avasallador en la mitad del siglo XVII, trastornándolo, trastocándolo todo: literatura, arte, costumbres, inclusive política y diplomacia. En Italia, Bernini, el arquitecto delirante, sustituye al sereno Donato d'Angelo Bramante. En España, los últimos discípulos del grave y escueto Herrera, empiezan a ser barridos por la exuberancia calenturienta de los primeros Churriguera. Y el teatro diamantino y seductor de Lope ha de dar paso al teatro barroco—de idea, de técnica y de táctica—de Calderón en sus Autos Sacramentales. La lucha retórica prepara la más fastuosa de sus escenificaciones en los países de las áreas latina y anglosajona.

1650. Año Santo de Roma. Para conmemorarlo en Madrid, Calderón, gran mágico de la teología alegórica, escribió dos Autos Sacramentales: *La piel de Gedeón* y *El Año Santo de Roma*, ambos representados en fechas inmediatas al Corpus de dicho año de 1650. Pero contra cuanto se ha supuesto hasta hace bien pocos años, no fue *El Año Santo en Madrid*, sino *El Año Santo de Roma* el primeramente escrito y representado, pues que determinadas refe-

rencias, a las que luego aludiré más en concreto, contenidas en el «de Madrid», señalan muy a las claras su posterioridad respecto «del de Roma». Pero ambos presentan indudables relaciones; hasta el punto de que el propio Calderón, en la lista de sus Autos Sacramentales enviada, cuando ya era anciano, al señor duque de Veragua, denomina así: *El Año Santo en Roma, 1.ª y 2.ª parte*. Rara confusión, pues que «el de Madrid» presenta una ambientación netamente madrileña y de la época más efervescente del reinado de don Felipe IV. Además, este auto fue representado a continuación del titulado *El cubo de la Almudena*—con el que se relaciona—; mientras que *El Año Santo de Roma* se relaciona con *La piel de Gedeón*, pieza que le precedió en la representación pública.

Los beneficios del Año Santo de 1650 le fueron otorgados a España, en 1651, por Inocencio X, el Pontífice cuya máxima inmortalidad la debe al genio de nuestro Velázquez, pintor de una limpieza, de una serenidad, de una claridad por completo refractaria al más insignificante de los barroquismos. La noticia la confirma un testigo de excepción: el cronista Antonio de León Pinelo, en sus *Anales o Historia de Madrid hasta el año 1658*: «1651. Jubileo del Año Santo en Madrid. El domingo

18 de febrero se publicó en Madrid el jubileo del Año Santo en Roma concedido para el arzobispado de Toledo, a instancias del eminentísimo cardenal don Baltasar de Moscoso y Sandoval, su prelado. Señalaron estaciones distintas, cuatro para los hombres: las Descalzas Reales, San Martín, San Ginés y San Felipe; cuatro para las mujeres: San Sebastián, la Trinidad, la Merced y el Colegio Imperial de la Compañía. El tiempo fue el de dos meses, que se había de visitar las cuatro estaciones, quince días, o continuos o interpolados, pero yendo en comunidad bastaba andarles tres días; con que no quedó en la Corte comunidad que no saliese a las cuatro estaciones tres días... El rey nuestro señor, sin usar del privilegio particular, salió el sábado por la tarde, a dos de marzo, y anduvo a pie las cuatro iglesias señaladas para los hombres empezando por San Martín... Por rogativa salió en procesión la Santa Imagen de Nuestra Señora de la Almudena...»

Y aún puede señalarse algo más sorprendente: el propio Inocencio X, a petición del mentado cardenal y arzobispo de Toledo, concedió que durante 1652 ganasen todas las gracias, indulgencias y remisiones del Año Santo cuantas personas visitasen cuatro templos de la archidiócesis, durante quince días, en el plazo de dos meses. Pues bien: duran-





Representación de «todo Madrid es pecado», en la Plaza Mayor. Dirigida por Víctor Andrés Catena, fue interpretada en sus principales papeles por María Seoane y Jovita Yarza

te las fiestas del Corpus en Madrid, en dicho año 1652, fueron representados, a continuación el uno del otro, *El Año Santo de Roma* y *El Año Santo en Madrid*.

Estos dos Autos son de los más bellos y perfectos nacidos de la mente, del saber teológico y alegórico, de don Pedro Calderón, maestro insuperable de este género escénico. Pues no en balde hallábase el gran dramaturgo madrileño en el cénit de su inmensa fama. Según el gran historiador contemporáneo de nuestra literatura, y máxima autoridad en los estudios calderonianos, Angel Valbuena Prat: «*El Año Santo en Madrid* transporta el mismo problema (el tocado para «el de Roma») a un ambiente adecuadamente diverso. El Madrid de la lujosa corte de Felipe IV muestra su perfil de rojos de Velázquez y fondos del paisaje de Mazo. En la desnuda trama del Auto

asoma el decorado de la comedia de capa y espada: el Prado y la calle Mayor, los *mirones* que atienden a cuantos pasan, carrozas, caballeros, sátiras a las genealogías de «rizos postizos»... El Pecado entra en escena con un sencillo «¡Buenas tardes!», y la Lascivia canta en seguidillas bromas sobre linajes y cabellos... El hombre no es el rosinón de pieles ni el romero de túnica, sino que va a vestirse como un galán del siglo XVII. La Soberbia le ofrece el sombrero de plumas, la Avaricia le adorna con metálicas joyas, la Lascivia le hace reflejarse en un espejo, la Ira le ciñe la espada, la Gula le ofrece un azafate de frutas, la Envidia le cubre con la típica capa donjuanesca, y la Pereza le sugiere un bastón. El Albedrío. lacayo, juega y salta como un bufón que sabe de Epicuro...».

Naturalmente, al final del Auto,

cada Virtud triaca de cada Pecado Capital, se apoderan y salvan al hombre. Humildad, Largueza, Castidad, Paciencia, Templanza, Caridad y Diligencia, al despojar al hombre de los atributos pecaminosos, le invisten de los atributos eternos salvadores de su alma.

¿Semejanzas—aparte escenarios y ambientación—entre *El Año Santo de Roma* y *El Año Santo en Madrid*? Muchas y fácilmente perceptibles. Acaso la más significativa entre ellas la apoteosis que cierra el «de Roma» y que se intercala en la mita! «del de Madrid»: «ábrese el primer carro y se ve a la Castidad y al Honor arrastrando a la Lascivia; ábrese el segundo carro, y se ven el Desprecio y la Seguridad, con el Mundo a sus pies; ábrese el tercer carro, y se ven la Obediencia y la Verdad triunfando del Demonio, que estará a sus pies; ábrese el cuarto carro, y se ven el Culto, el Perdón y la Fe en medio que traerá en una mano el Sacramento y en otra una cruz...» Tales apoteosis tienen no poco de pinturas exacerbadamente barrocas, de colorido casi crudo. Y en *El Año Santo en Madrid* hay otra apoteosis final en la que juegan motivos netamente matritenses: religiosos de las diversas Ordenes religiosas en Madrid establecidas; los caballeros de las Ordenes Militares; armas y símbolos del Santo Oficio de la Inquisición; tapices y banderas de los Estados hispanos; y en

lo más alto, la Custodia que guarda el Santísimo Sacramento entre guirnaldas y estandartes.

También es interesante señalar que, representado «el de Madrid» a continuación de *El cubo de la Almudena*, Calderón no desaprovechó la ocasión para dar en apoteosis final de aquel un «nuevo toquecito», en cálidos versos, al portentoso milagro de Nuestra Señora, aparecida en el muro de la Almudena:

*Allí es la casa del Pan  
que es Almudén de los Cielos:  
de María la pureza  
a Lascivia ofrece luego  
por la castidad, que es quien  
siempre anagó sus incendios...;  
a quien sigue la Soberbia  
por la Humildad ofreciendo  
de la Real Familia el noble  
estandarte, en argumento  
de que la Humildad real  
se corona hoy en el templo  
del Almudén, y pues dije  
Almudén, siga el intento  
del Trigo en que Jesús nace  
al verse allí el Sacramento...*

Versos cálidos, por el fervor que Calderón puso en ellos; pero versos netamente duros, de poesía acartonada. Y basta leer las crónicas de la época—Pinelo, Núñez de Castro—para comprender que los motivos costumbristas aparecidos en *El Año Santo en Madrid* coinciden con los

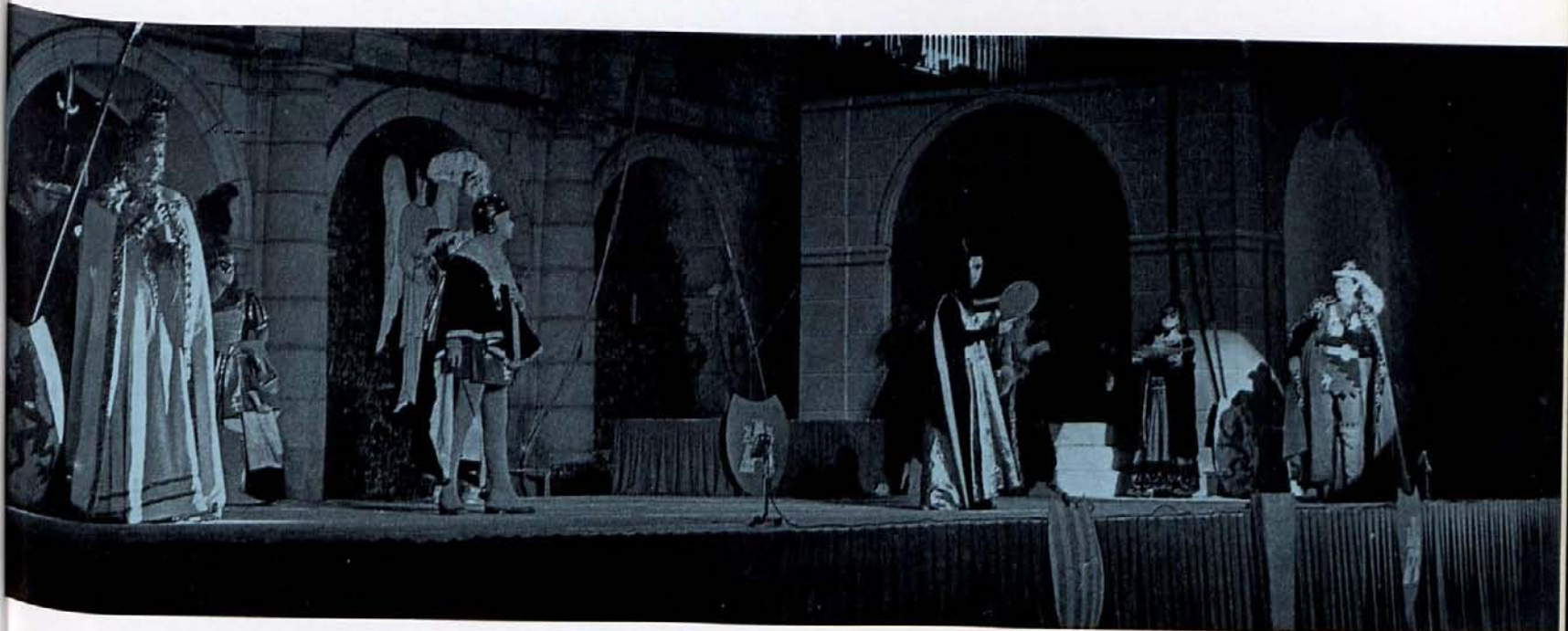
descritos puntualmente por las plumas coloristas de aquellos cronistas.

Según Valbuena Prat: «Calderón llega a la madurez del género sacramental con los dos Autos relativos al Año Santo. Y es notable observar que así como Lope de Vega, el magnífico genio de la vida casi periodística, del fluir huidizo del comentario de cada día, cuando traza una gran obra de romero, se dirige, pintoresco de todas las tierras de España, al Montserrat de la anécdota peñascosa, los más hondos y universalmente conocidos de nuestros escritores se vuelven a la Roma doctrinal y ecuménica. En Cervantes, *Periplus* halla la paz y la salvación ante Roma, que saluda con rodillas de angustia postrimera, como hijo pródigo ante la casa del padre:

*Oh grande, oh poderosa, oh sacro-  
[santa, alma ciudad de Roma;  
a ti me inclino devoto...*

«Calderón ordena su sabia lección de lucha y arrepentimiento, de localismo madrileño y panorama de universalidad entre jardines y rocas, antorchas y estrellas, de la cima de su doctrina católica y florido estilo barroco. Así los dos miran a Roma, el genio español, quijotesco de toda la vida humana, y el creador de Segismundo y Pedro Crespo reflejado en el espejo de su aguda y retorcida inteligencia.»

F. C. S. de Robles



# LOS ESCRITORES EN EL RECUERDO

APUNTES PARA UN CATALOGO DE LAPIDAS



# MADRILEÑAS

Por

JUAN SAMPELAYO



SON ciento treinta y cinco, una más o acaso menos, las lápidas que hoy por hoy sobre muros de viejos edificios o de modernas casas, de Conventos o de Palacios, incluida alguna que otra que duerme el sueño de los justos en un almacén municipal en razón de haber actuado la piqueta allí donde sobre se alzaba, las que existen en el ámbito geográfico de Madrid. 135 lápidas, que son grande o pequeña historia de hombres con fama o de hechos heroicos. De ellas habrá en su día que hacer un gran Catálogo que contribuya a ese gran Diccionario de la Villa que ya va siendo necesario hacer.

Ahora al margen de esas 135 lápidas que igual recuerdan, donde los españoles se alzaron en heroico grito por la libertad española un 2 de mayo de 1808, a un calígrafo que nos trae los recuerdos infantiles de los cuadernos infantiles de las planas de Valliciego, queremos anotar como son treinta y cinco—salvo error u omisión—las lápidas que con antigüedad notoria o rezumando aun cal, hay en esta

Villa de Madrid dedicadas a la memoria de los más variados escritores.

Treinta y cinco en donde lo mismo están los poetas que los comediógrafos, los novelistas que los pensadores y en donde también gentes de otras tierras tienen su recuerdo de piedra o de mármol por los caminos de esta Villa de Madrid, que por ser de todos a todos recuerda sin menoscabo de que ya va siendo hora de hacerlo de algunos que no lo fueron.

Cervantes en su grandeza tiene no lápida en singular, sino lápidas en plural, desde la propia de la casa donde vivió y murió a donde yace en el Convento de las Trinitarias, a la «conjunta» de Calderón Lope y Quevedo y la de Atocha, en la casa donde se «tirara» su libro el Don Quijote y en la que ahora se prepara un Museo.

Un tema este de los Museos de escritores que Madrid tiene por encima de eso tan triste que se llama los presupuestos que preocuparse.

Cuando ese Catálogo de las lápidas madrileñas tome vigencia en el caso

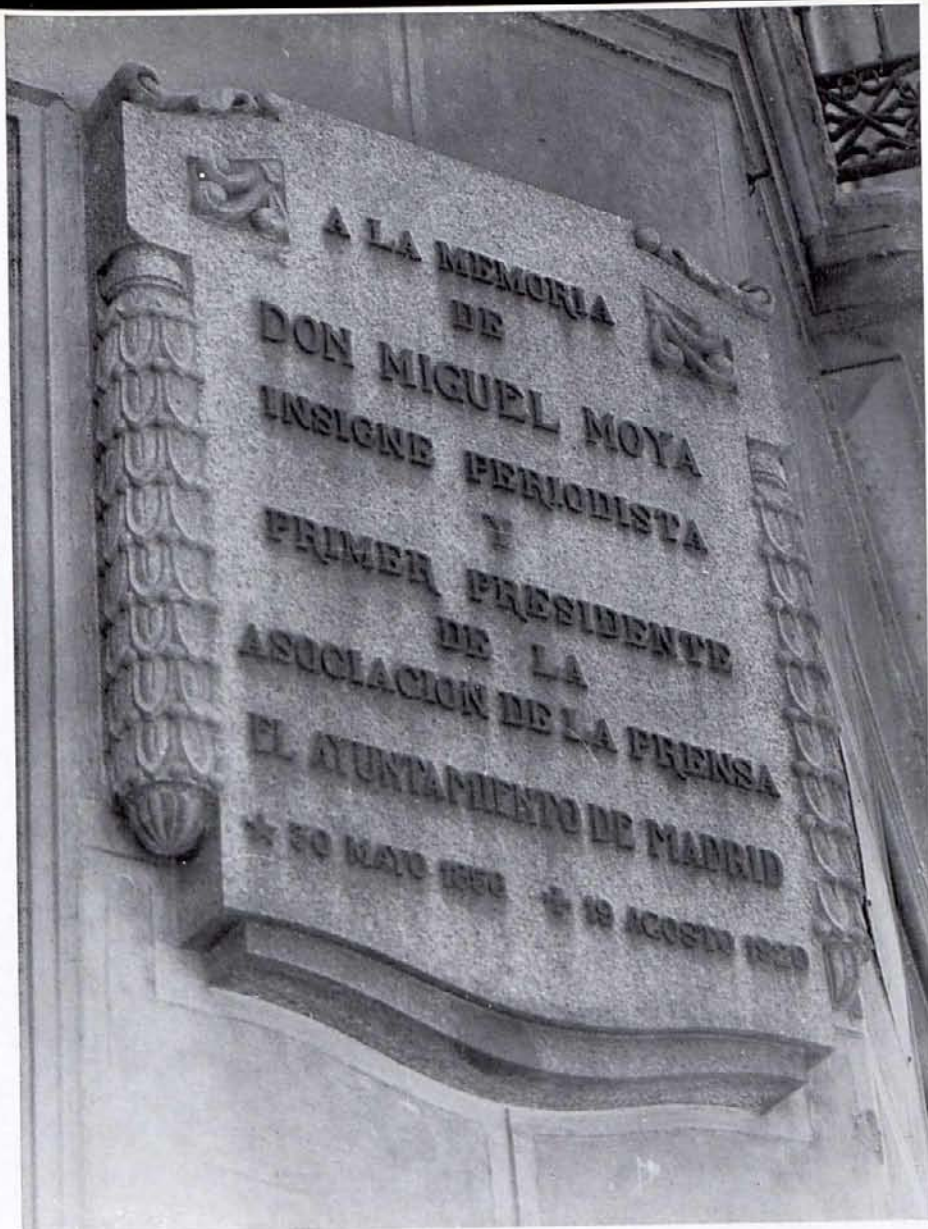
de que lo haga alguna vez, habrá que anotar desde la leyenda de las mismas, y a ser posible su autor a el sentido arquitectural de aquélla, habrá que apuntar de dónde nació la idea de ésta a la hora sencilla o solemne que el Alcalde, la Villa de Madrid o un «inmortal» o cualesquiera fuese, la inauguró, tiro del cordón que cubría la bandera que la ocultaba en sus últimas horas al público.

Ahora al hilo de este Catálogo que un día nos gustaría redactar y para el cual tenemos muchas fichas, queremos apuntar unas pocas como testimonio del interés que el mismo puede guardar como contribución, repetimos a la gran y pequeña historia madrileña tan por escribir en algunos de sus aspectos.

Así la de Larra, en la calle de Santa Clara, 3, en un barrio tranquilo, lápida de mármol italiano con muchos requilorios, como son las palmas y las cintas hasta un arco de bronce. Allí está la lápida en esta casa de remozado portal, no el que vio salir a Dolores Armijo cuando dejó a Larra ya en el trance de desesperación de «pegarse» un tiro







un lunes de Carnaval, un 13 de febrero de 1837.

Los que andan por este barrio viejo de Vergara y Amnistía, de la Plaza de Santiago, ven allí la lápida de Larra con leyenda sencilla: «En esta casa vivió y murió don Mariano José de Larra (Figaro). Nació el 24 de marzo de 1807. Murió el 13 de febrero de 1837».

Un siglo después del nacer del autor de los mejores artículos fijadores de un tiempo y de unas costumbres, artículos que por otra parte mañana podrían publicarse como actuales en un diario de esta Villa, se inaugura aquélla.

Un 24 de marzo de 1909, para ser exactos en un acto en donde estuvo presente el Ayuntamiento de Madrid, que tenía por Alcalde accidental al señor de Blas, a quien acompañaban con sus medallas y fajines los Concejales, señores Lequerica, Cao, Madrid, Fischer, Garma, Blanco, Garmendi, Morayta, Barranco, Santillón y Cortinas.

Como es natural estaba la Asociación de la Prensa con Francos Rodríguez y la Española con Cotarelo y la Sociedad de Autores con Casero.

Y, como es natural, hubo discursos a la sombra de los maceros y de las gentes del barrio, de las cuartillas de los chicos de la prensa apuntada que te apuntarás las elogiosas palabras de recuerdo a Figaro, dichas por Francos Rodríguez y Morote, este diputado por Madrid, en cuya calidad estaba también don Benito Pérez Galdós y López Muñoz y nuestro Alcalde de ese día, el señor de Blas.

Lápidas de clásicos, como las de Cervantes o Calderón, la cual ha suscitado infinitas polémicas de eruditos, ya que son muchos los que niegan que éste viviera y muriera en el 61 de la Calle de Mayor, donde la lápida se lo recuerda al transeunte, lápidas de los que casi lo son como la de Larra, cuya noticia más puntual hemos apuntado y como lo de otro, éste en el verso con versos, que aún corren de oído en oído como testimonio de una inmortalidad que sin ser académica de verdad lo es popular.

Una casa decimonónica en el barrio del Marqués de Salamanca y en la calle de Claudio Coello—el 25—es aquella en que vivió y murió

Gustavo Adolfo Becquer. Allí en azuleros sevillanos está la bacqueriana lápida a la cual en amor de la Sociedad de los que son sus amigos por encima del tiempo que vuela, le nacen coronas de flores en cada aniversario de la muerte del autor de las Rimas.

Pedro Marroquín, hombre de Letras y los Quinteros son, bien puede decirse, los padres de esta que ejecutaron los artistas sevillanos González y en donde no fue mano de Alcalde, sino de mujer, la que descubrió un día de los finales de enero la lápida que hoy en día al caminar por dicha calle, no ya dormida como en su tiempo, sino bien despierta, levantar la vista hacia arriba para recordar al poeta el percanche.

Fue la sobrina de Gustavo Adolfo, hija de Valeriano, Julia Becquer de Sinabre, la que descubrió esta de referencia y ante la que hablaron Marroquín, Serafín Álvarez Quintero, el cronista madrileño y poeta don Pedro de Repide y el Alcalde de la ciudad el señor de Aristizábal.

Muchas mujeres aquella mañana, en la calle de Claudio Coello, ante la lápida que dice: «En esta casa murió el día 22 de diciembre de 1870 Gustavo Adolfo Becquer, el poeta del amor y del dolor».

Y entre las lápidas poéticas vale traer aquí el recuerdo de la de Amado Nervo, en la calle de Bailén, muy cercana a la de Monasterio, el músico y la del Dos de Mayo, en un alzamiento popular por la libertad.

De esas 135 más o menos lápidas madrileñas podemos casi asegurar que sólo a una de ellas habrá asistido el hombre a quien se la dedicaba. Que sólo uno aguantó allí a pie firme o sentado en un rojo sillón llevado en camionetas por los servicios del protocolo del Ayuntamiento los elogios.

Este hombre impar y madrileño fue Ramón Gómez de la Serna. Ramón estuvo en un viaje de ida y vuelta a Buenos Aires unos días en Madrid. Aquí le trajo el entonces Presidente del Ateneo de Madrid, Pedro de Rocamora, de quien en unión de un fino cronista de la Villa, de un inolvidable escritor, Mariano Rodríguez de Rivas, nació la idea de esta lápida en la fachada de su natalicia casa de la Calle de las Rejas de Guillermo Rolland en estos días.

Palabras de Ramón son las que habría que traer aquí como testimonio de un bello hecho en el lapidismo madrileño. El espacio casi de lápida lo impide, quédesen pues con otras tantas de fama y de gloria en honor de famosos para otro cualesquiera día en que ese Catálogo que apuntamos pase a ser de deseo realidad.

# ISIDROS

Cuando más atractivos fueron los festejos celebrados en honor de Isidro, santo Patrono de Madrid, fue en aquellos tiempos, todavía no lejanos, en que los disfrutaban no los madrileños nativos—muy festejados y festejadores durante todo el año y sin motivos de santoral—, sino los auténticos «isidros», los paletos, catetos y palurdos llegados de la periferia al punto de la capital para divertirse a «lo grande y a lo gordo», o para montar sus negocijos callejeros de circunstancias. Sí, los del arroppe y la miel, los de los primeros botijos, los de las rosquillas de la Tía Javiera; los



Familias pelmazas que pagaban con dos ris-  
tras de chorizos y una bota de tintorro «de  
la tierra» el largo hospedaje en casa de unos  
parientes urbanos. ¡Aquellas «isidradas» sí que  
tenían sabor, humor y pintoresquismo. con  
letra de Luis Taboada y música de Federico  
Chueca!

(Dibujos de Esplandiu.)





# LA CALLE DE HORTALEZA

UN feliz hallazgo documental ha convertido el sencillo intento de redactar la ficha escueta de una calle madrileña en la elaboración del modesto trabajo presente acerca de la calle misma. Sin doblez alguna, modesto a secas; deliberadamente se ha preparado incompleto, falto de algunos aspectos ineludibles en el estudio apurado de una vía pública urbana. No se atiende, por ejemplo, a la evolución de la estructura demográfica y social, porque ello nos hubiera impuesto la necesidad de consultar diversos empadronamientos y guías, y realizar su cotejo, a fin de establecer el censo administrativo, la distribución socio-profesional, la pirámide de la población en cada época, etc. (1); demasiadas cosas para los límites impuestos a este artículo, dado el carácter de nuestra revista. Por otra parte, un examen atento de la planta de Pedro de Rivera, unido a la indagación de todas las implicaciones que tal estudio arrastraría, es propio de un entendido, de un especialista en arte barroco, y yo no lo soy, bien que sienta su atrac-

POR AGUSTIN GOMEZ IGLESIAS

Ayuntamiento de Madrid

tivo. Sin embargo, tal y como está, espero que mi breve estudio agrade al gran público lector de esta revista y, al propio tiempo, sea útil tanto a los doctos en arte barroco como a los dedicados al tema madrileño.

I

La calle de Hortaleza tiene su principio en la Avda. de José Antonio, más concretamente en la plazuela denominada Red de San Luis, enclavada dentro de ella; finaliza en la Plaza de Santa Bárbara. La numeración actual de sus inmuebles totaliza 120 números pares y 85 impares. Advértase la inexistencia del número 1, ya que el inmueble de hoy —descendiente muy reducido de la antigua casa de Astrearena— tiene su entrada única por la Red de San Luis, donde ostenta el

número 26, que corresponde a la numeración de la avenida mentada. La acusada diferencia numérica entre pares e impares obedece, sobre todo, a la existencia de los dos grandes inmuebles, enclavados dentro de la acera impar, cuales son los números 65 correspondiente a San Antón y 85 al palacio de la Condesa de Villagonzalo.

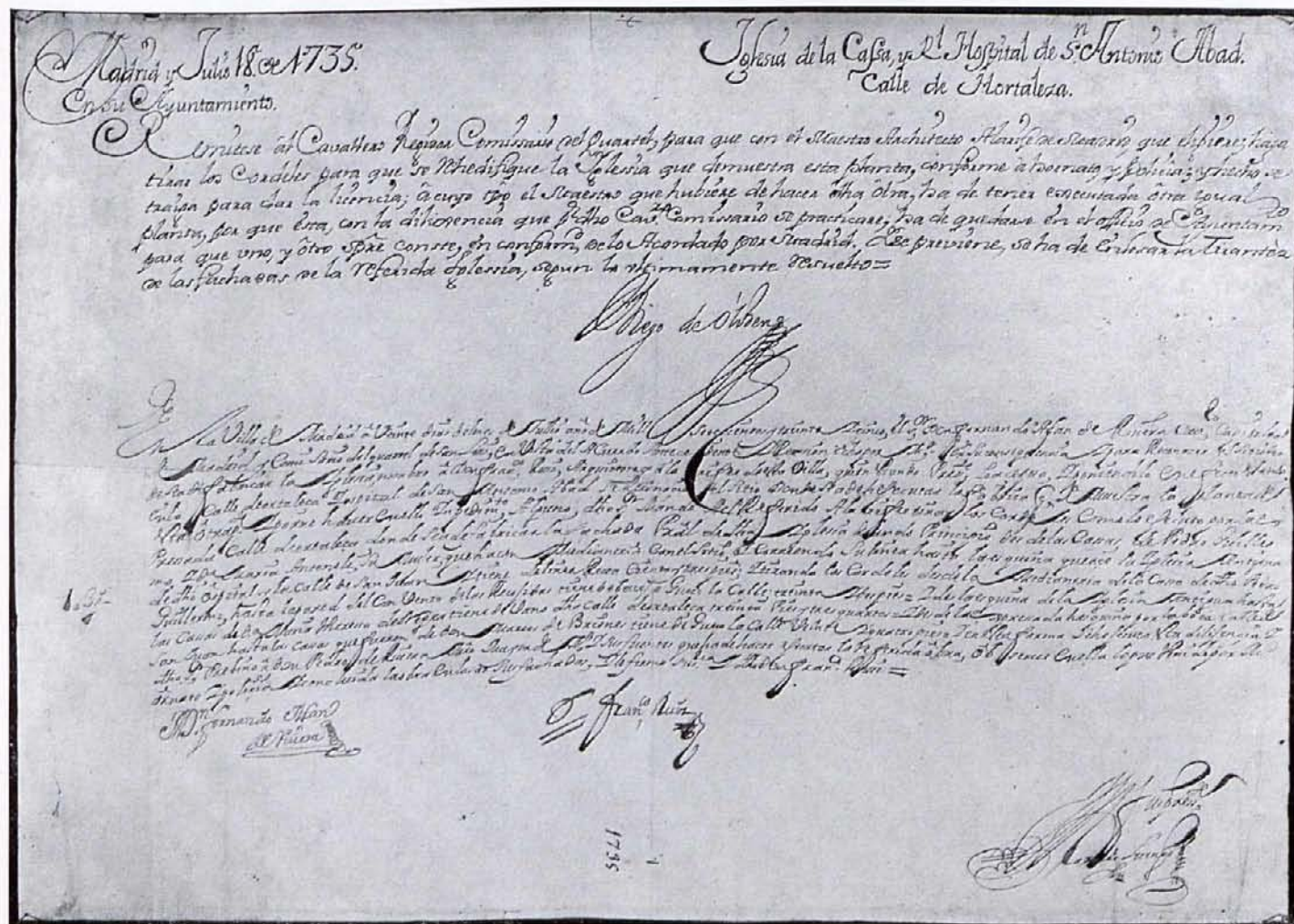
**NOMBRE Y PASADO HISTÓRICO.**—Pertenece al grupo, no muy nutrido (2), de calles que deben su denominación al lugar terminal de su rumbo. La calle de Hortaleza era pues la prolongación urbana del camino, que a este pueblo se dirigía. Poco antes de la noticia —la recogeremos más adelante— sobre la peste de 1597 y la utilización del edificio de San Antón a tal objeto, el cercano Hortaleza era un pueblo de realengo bien modesto, de 96 ve-

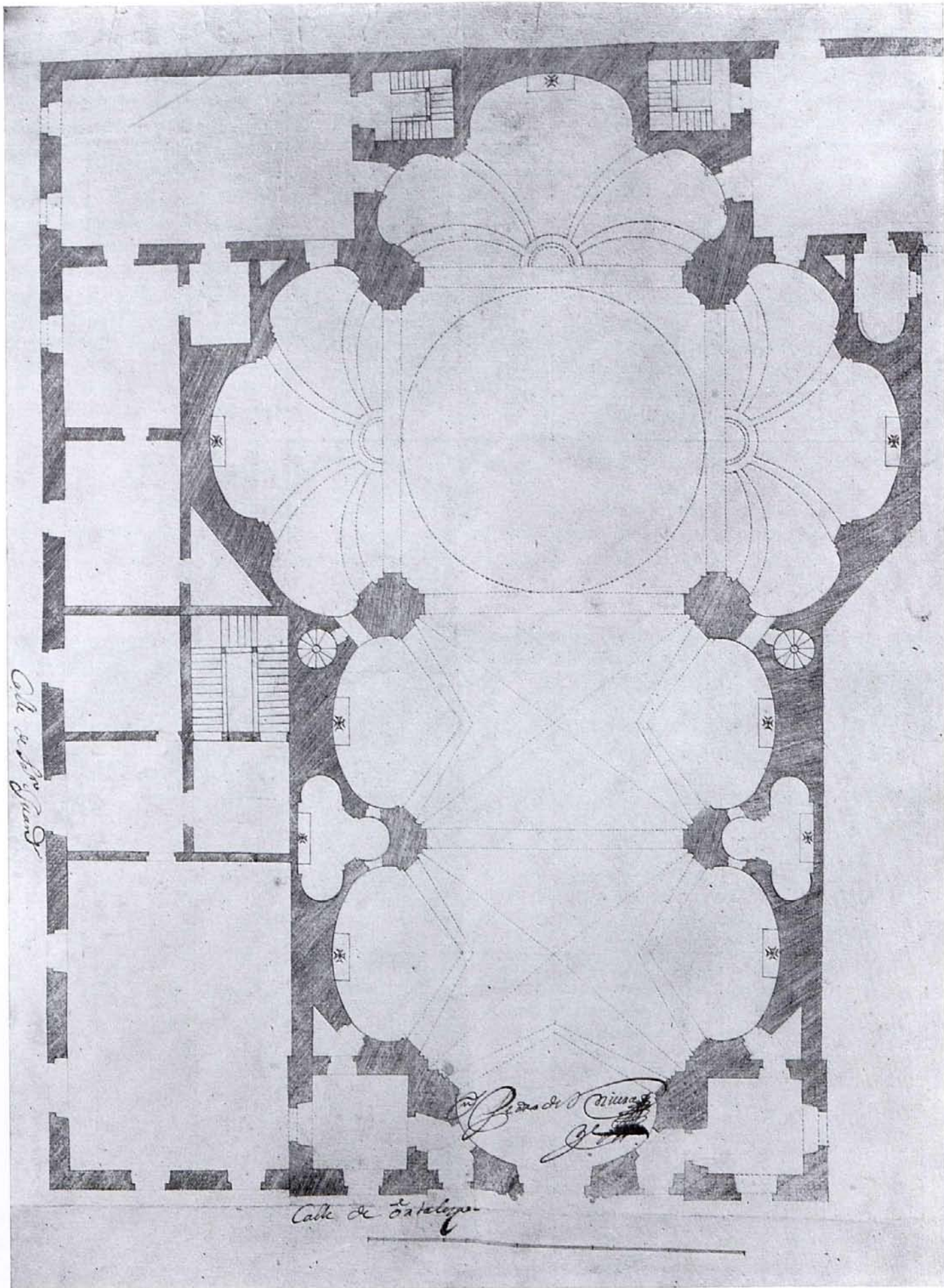
cinos (1579), según nos informan las *Relaciones de los pueblos de España, ordenadas por Felipe II* (Madrid 1949, páginas 316-321); a lo que parece, «las primeras casas se levantaron hacia 1454 por familias madrileñas, que iban a pasar allí los rigores del estío, y el nombre se debe a las ricas hortalizas cultivadas en su suelo». Debo la noticia y etimología a la *Historia de Madrid y pueblos de su provincia*, de Ortega y Rubio, t. II, pág. 302; la etimología es muy razonable y en todo caso no existe otra alguna.

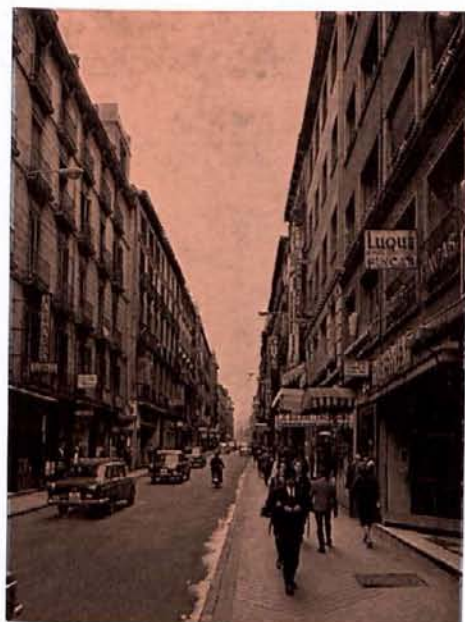
La calle aparece recogida y mencionada en todos los planos, ma-

(1) Un trabajo ejemplar sobre este tipo de estudios se debe a Terán, Manuel, «Dos calles madrileñas, las de Alcalá y Toledo», en *Estudios Geográficos*, números 84-85 (1961), págs. 375-476.

(2) Alcalá, Amaniel, Arganzuela, Carreteras de San Francisco y San Gerónimo, Fuencarral, Toledo y alguna otra.







nuscritos, callejeros y obras, históricas y actuales, según cabe, fácilmente, comprobar, consultando el trabajo de Molina Campuzano, *Planos*, números 202, 717 y 943, así como las fuentes documentales y bibliográficas aducidas por mí en el curso de este trabajo al tratar de los monumentos ubicados dentro de su área.

Sin embargo, los testimonios son bien tardíos y apenas existe alguno que baje del s. XVII, a causa de la situación topográfica de la calle, enclavada en los arrabales, es decir, fuera del recinto de la ciudad. Así, la descripción topográfica de Madrid en el s. XVI, reflejada en el acuerdo municipal de 25 de junio de 1565 sobre la división urbana en cuarteles, al efecto de la limpieza de las calles (3), no pasa al Norte de la calle de San Luis—hoy Montero—sin que exista la menor asignación al caserío ubicado más al Norte. El cuartel, asignado al contador Peralta, empieza, en efecto, en la Puerta de Valnadú (Plaza de Isabel II), sigue «calle Arenal adelante... a dar a la Puerta del Sol, por la calle de San Luis, todo lo que queda hasta la Parroquia de San Martín y Puerta de Santo Domingo».

Confirmación más importante aún y explícita de que Hortaleza estaba

fuera de poblado en tal siglo nos la ofrece el cuaderno acerca de los *Limites y Ordenanzas de 1567* (4), donde se asientan las licencias de construcciones, expedidas o denegadas, en virtud de la provisión del Consejo de Felipe II sobre los límites de la Villa y normas a propósito de la ubicación y construcción de inmuebles; pues bien, mientras aquí se recogen abundantes licencias para construir en las eras y barrio de San Luis, sólo ocurren cuatro referentes a los dos caminos de Hortaleza y Fuencarral: «Pedro de Brasa, para cercar de tapias una tierra camino de Hortaleza, junto a otras de Luis de Barreda (noviembre de 1567); María Delgado para acabar sus casas en el camino de Fuencarral y Benito Rodríguez junto al anterior para lo mismo». Ello prueba que el cerramiento llegaba hasta la Red de San Luis y de allí calle del Postigo de San Martín adelante—luego Jacometrezo—hasta la Puerta de Santo Domingo. Añádase a éstos el testimonio de Alvarez Baena sobre el Hospital de San Antonio Abad, recogido en su lugar, y ello es todo lo que tenemos a propósito de nuestra calle dentro del siglo XVI.

Las ordenanzas citadas de 1567 y muy principalmente las más amplias de 1591, promulgadas por la recién creada *Junta de Policía, Limpieza, Ornato y Obras Públicas* (5) preocupáronse de reglamentar la construcción de inmuebles, que hasta entonces se había realizado arbitrariamente, con arreglo al capricho personal de cada uno, sin que la administración municipal interviniera para nada. Surge así la necesidad de obtener licencia expresa del Concejo, observar ornato y policía, sacar tierras y desmontes al campo...; prescripciones que se rematan, tiempo después, con alguna nueva norma, cual la contenida en los acuerdos concejiles de concesión: «y que levantada la fábrica una vara de la superficie, no la con-

tinúe sin previo aviso a su señoría (Comisario del Cuartel) para su nuevo reconocimiento». De cuya tramitación administrativa ofrecemos, más adelante, un cabal ejemplo concreto.

De las mentadas ordenanzas y dado el aspecto colmado de casas, que cabe contemplar en el plano de Teixeira (1656), cabría esperar un aporte más temprano de licencias de construcción en los ficheros del Archivo de Villa; mas, sea cual fuere el motivo, lo evidente y seguro es que las construcciones más antiguas referentes a la calle de Hortaleza, registradas en este Archivo, son tan sólo tres y muy dentro del siglo XVII. Una, la más antigua (1683), trae un plano de fachada, a cuyo reverso dice «casas de don Alonso Ramires de Arellano en la calle de Hortaleza»; se autoriza y remite al caballero capitular y comisario del cuartel de San Luis, «para que con el maestro de obras que eligiere haga tirar los cordales», o sea, lo que hoy denominamos «tira de cuerdas»; La fachada es de dos pisos, como las otras dos, correspondientes ambas a 1692.

Posteriormente, y ya a mediados del siglo XVIII, ocurren algunos expedientes, que incluyen plano de fachada y planos de hasta tres plantas (1756), otros de fachada y plantas baja y alta, más buhardilla (1759), etc.; sin embargo, dentro de esta época, merece destacarse la casa de Astrearena, debido a su situación, proporciones desmesuradas de su fachada y la popularidad que su tamaño le acarreó: «la casa de Astrearena, mucha fachada y poca vivienda», infórmanos Mesonero

(3) Publicado por R. García Pérez en RBAM del Ayuntamiento de Madrid, J 1972, págs. 85-88.

(4) El manuscrito ha sido comentado, prolija y esmeradamente, por don Francisco Iñiguez Almech en RBA y Museo del Ayuntamiento de Madrid, t. XXIV (1955) págs. 1-37.

(5) G. de Amezúa, Agustín, *El Bando de Policía de 1591 y el Pregón General de 1613 para la Villa de Madrid*, Madrid, 1933; véase sobre todo la pág. 18.



Romanos (6). Don Pedro de Astrearena, caballero calatravo, contador del Príncipe, etc., dirigió, en efecto, memorial (3, 12, 1745), diciendo que era propietario de unas casas en la Red de San Luis, «que hacen fachada a ella y sus costados a las

calles de Hortaleza y Fuencarral, las que se hallan casi arruinadas y teniendo determinado ejecutarlo del todo y fabricar nuevamente una ca-

(6) M. Romanos, Ramón de, *El Antiguo Madrid*, t. II, pág. 133.



sa en dicho territorio, arreglado a una planta», cuya fotografía incluimos aquí, debido a la novedad que representa el número y distribución de sus comercios, cocheras, etc. (7). Después y ya en curso de levantar la casa, el señor Astrearena eleva otro memorial al Municipio madrileño (Febrero de 1746), pidiendo alineación nueva; estaba en trance de adquirir una casa vieja contigua a la suya y deseaba tirar sus líneas rectas respecto del inmueble grande situado detrás; o sea que se trataba de tres sitios o solares: el de Astrearena, el contiguo que administraba Lucas de Elvira y la casa grande lindante con

esta última y que llegaba hasta Infantas. La diligencia de tira de cordeles, ordenada por el Regidor-Comisario del Cuartel de San Luis, empieza «en la línea recta de su fachada principal, que hace frente a la Plazuela y Fuente de la Red de San Luis y esquina por un lado a la entrada de la calle de Hortaleza, y por el otro a la Alta de Fuencarral; tiene dicha línea y fachada sesenta y un pies justos...» (7)

La *Planimetría* (mediados siglo XVIII) describe la manza 302, que tiene 12 sitios y empieza a numerarse por Fuencarral, baja por Infantas, mano derecha y sigue por Hortaleza a la Red de San Luis. El

sitio número 1 pertenecía al Marqués de Morillo, era el más amplio y se componía de 4 sitios, sumando el todo 19.927 pies; ahora bien: la manzana entera totalizaba unos 32.000 pies.

**JURISDICCIONES.**—Administrativamente la calle de Hortaleza pertenece al distrito I o del Centro; en una fecha anterior, por ejemplo la relativa a la *Lista de las calles y plazas de Madrid y divisiones administrativas*, formada por el regidor, don Antonio González Navarrete en 1840, importantísima por supuesto, la calle de Hortaleza pertenecía, con arreglo a su numeración:

	Barrio	Parroquia	Distrito	Juzgado	Cuartel
1 al 15 / 2 al 26 \	Reina	San Luis	Aduana	Barquillo	Norte
17 al 47 / 28 al 80 \	Libertad	San José	Aduana	Barquillo	Norte
45 al 91 / 82 al 150 \	Hernán Cortés	Salvador	Hospicio	Barquillo	Norte

En lo que a la feligresía atañe, se divide actualmente entre las parroquias de Nuestra Señora del Carmen y San Luis, San Ildefonso, San José y Santa Bárbara; antiguamente perteneció a la extensa parroquia de San Ginés, y más tarde se dividía entre las de San Luis y San José.

**ALUMBRADO.**—En el año 1908 se sustituyen los 30 faroles ordinarios cuadrados de alumbrado público, 30 candeleros consola y 26 palomillas por 59 faroles especiales para el sistema de incandescencia de gas de un solo mechero, más candelabros y palomillas igualmente de un solo mechero. En la actualidad la calle de Hortaleza, muy bien iluminada, cuenta para ello con 39 focos con linterna hermética «General Electric» y lámpara de vapor mercurio color corregido de 400 W., colocadas todas ellas sobre fachadas, menos la última que va instalada sobre un poste metálico.

Como se ve, hemos empezado con

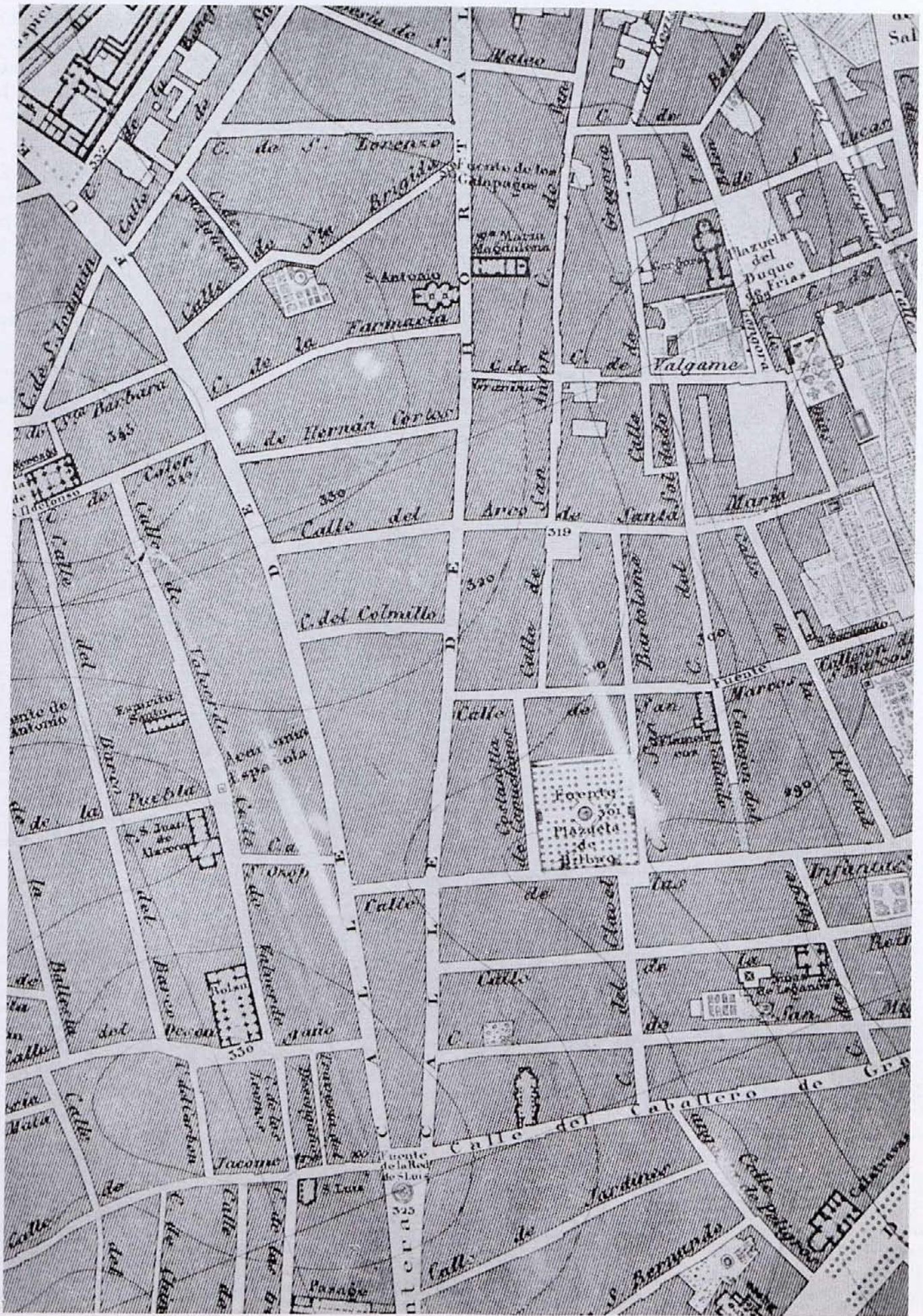
el alumbrado de gas de reverbero y en época tardía, ya que no existe dato más antiguo en el Archivo de la Villa referente a esta calle y en lo que a tal aspecto atañe; sin embargo damos en nota varios antecedentes curiosos sobre el alumbrado madrileño de aceite, hasta su empalme y sustitución por el alumbrado de gas (8).

**ALINEACION.**—Si cotejáramos el trazado, la anchura y las calles afluentes a la calle de Hortaleza reflejada en los planos de Teixeira (1656) y Coello (7) con la calle actual, apenas notaríamos diferencia alguna, fuera del cambio nominal

(7) ASA 1-84-79. La fuente de que se habla en el expediente, situada en la Red de San Luis, es la trazada por Pedro de Ribera, cuya obra de cantería ejecutó el maestro Jacinto de la Piedra (1717). Fue sustituida en 1832, por la actual, denominada de los Galápagos, hoy en el Parque del Retiro; se erigió para conmemorar el nacimiento de la Princesa, luego Isabel II. Esta última es la que figura en el plano parcial que ad

juntamos, correspondiente a la zona urbana objeto de nuestro estudio. La excelente fotografía de Oronoz está sacada del plano de Madrid, incluido en el Diccionario Geográfico y Estadístico (1849) grabado por Juan Merlo, Fernando Rodríguez, y Juan Ribera; copia, a su vez, del publicado (1841—1846) por Coello y Madoz. Véase también Rincón Lazcano, *Monumentos de la Villa de Madrid*, págs. 499-503; y Ezquerro del Bayo, *Fuentes en Catálogo de la Exposición del Antiguo Madrid*, Madrid 1926, págs. 146 y 149.

(8) Un resumen excelente sobre la cuestión se incluye en el áureo librito *Madrid en la mano*, impreso en Madrid (1850) sin nombre de autor. Antiguamente el alumbrado de las calles y plazas estaba a cargo de los vecinos, quienes cuidaban de encender, limpiar y conservar los faroles, y de los propietarios, que costeaban y reponían faroles y palomillas, abonando además a los vecinos el coste de las luces. En 1765 se estableció una dirección oficial de este ramo de policía, disponiéndose la iluminación de calles y plazas durante los seis meses de invierno, o sea desde Octubre a Abril; en seguida se amplió la iluminación a los meses de verano. El 1798 se crearon los *serenos*, reuniendo este ramo con el del alumbrado y aumentando hasta 96 reales anuales el impuesto anual de 64 reales y más 20 mrs. por cada luz, que se venía pagando desde el 1 de Enero de 1766. Esta contribución, denominada de *farol* y *sereno* se aumentó (Enero de 1820) hasta 120 reales. En 1835 se esta-



de alguna calle (9) y aparte, claro está, de las modificaciones introducidas al comienzo de Hortaleza por la apertura de la Gran Vía. La alineación ha estado y está aún regulada por R. O. de 18 de Enero de 1854, que aprobó la alineación definitiva propuesta por la Junta consultiva de Policía Urbana para las calles de Alcalá, Montera, Fuencarral, Hortaleza, Esparteros, etc... La alineación aprobada se componía de cinco líneas rectas en la acera de los números pares; así, la línea primera iba «desde el ángulo que la casa número 2, actualmente (estamos en 1854) en reedificación, forma con la calle Caballero de Gracia (comienzo antaño de Hortaleza por la acera de los pares) hasta el centro de la calle de las Infantas, remitiendo 7 3/4 pies al ángulo, que con esta calle forma la casa núm. 26». Mas no vale la pena enumerar las otras cuatro líneas; bastará con decir que desde la Red de San Luis hasta el centro o eje de la calle Hernán Cortés el ancho constante fijado era de 34 pies; desde este punto se establecía una línea recta hasta desembocar en la Plaza de Santa Bárbara con 43 pies de latitud.

Tal alineación se varía después en pequeños detalles, sobre todo chaflanes, al reedificarse algún nuevo inmueble. Así, se mantiene sin modificar la línea de fachada entre las calles del Barquillo (llegaba entonces hasta Hortaleza) y Santa Teresa al edificarse de nueva planta la casa 150 ant., 120 moderno de Hortaleza con vuelta a Santa Teresa (año 1881, sig. ASA 8-16-50); a ella se somete, es decir a los 11,98 metros que son los 43 pies, el Duque de Bailén, cuando reedifica el inmueble número 85 ant., y 81 moderno de su propiedad (año 1871, sig. ASA 5-52-8); y más recientemente (1917) el edificio de las Terciarias Franciscanas hubo de remeterse 0,995 metros por su extremo izquierdo, y 1,13 metros por el de-

recho, al construir su nueva casa de la cual hablaremos más adelante.

El angosto acceso a las calles de Hortaleza y Fuencarral fue siempre motivo de agobiante pesadilla para la Administración Municipal; mas nadie sintió el problema con la honddura del Alcalde don José Abascal (12 de Febrero 1881 - 11 de Mayo 1883). En razonado oficio, dirigido al Presidente de la Comisión de Obras, decía: «La estrecha embocadura de las calles de Hortaleza y Fuencarral, donde la circulación de viandantes y carruajes ha sido siempre mucha, es en la actualidad y será en lo sucesivo mayor, y en vez de recibir ensanche todavía se ha limitado con el establecimiento de las vías de tranvías. Semejante situación no puede continuar, ni la Administración Municipal permanecer indiferente ante ella...» (ASA 13-104-17).

Retrocedamos, en efecto, a la época del alcalde mentado, a fin de echar una ojeada sobre aquel paraje urbano; ni siquiera hay que imaginárselo, sino que basta limitar el examen a dos planos, que nos ofrecen la topografía urbana de Madrid a comienzos del siglo XX: uno es el excelente de Cañada López, levantado a escala de 1/7.500 e impreso sin indicación alguna de lugar ni año; el otro, no menos notable bien que no tan detallado, se debe a Nuñez Granés (Madrid 1910) y su escala es de 1/10000. Cañada presenta el estadio o período inmediatamente anterior al trazado de la Gran Vía madrileña, mientras que Nuñez Granés delinea ya la traza o proyecto a punto de ejecución, ya que comenzó en el mismo año de 1910. Percibimos en el Cañada una calle de Hortaleza, que baja hasta Caballero de Gracia —idéntico exactamente, a lo que reflejan los planos anteriores desde Texeira al incluido aquí— hoy algo acortada y una calle de Fuencarral, prolongada hasta la de Jacometrezo, que antaño empezaba justo en-

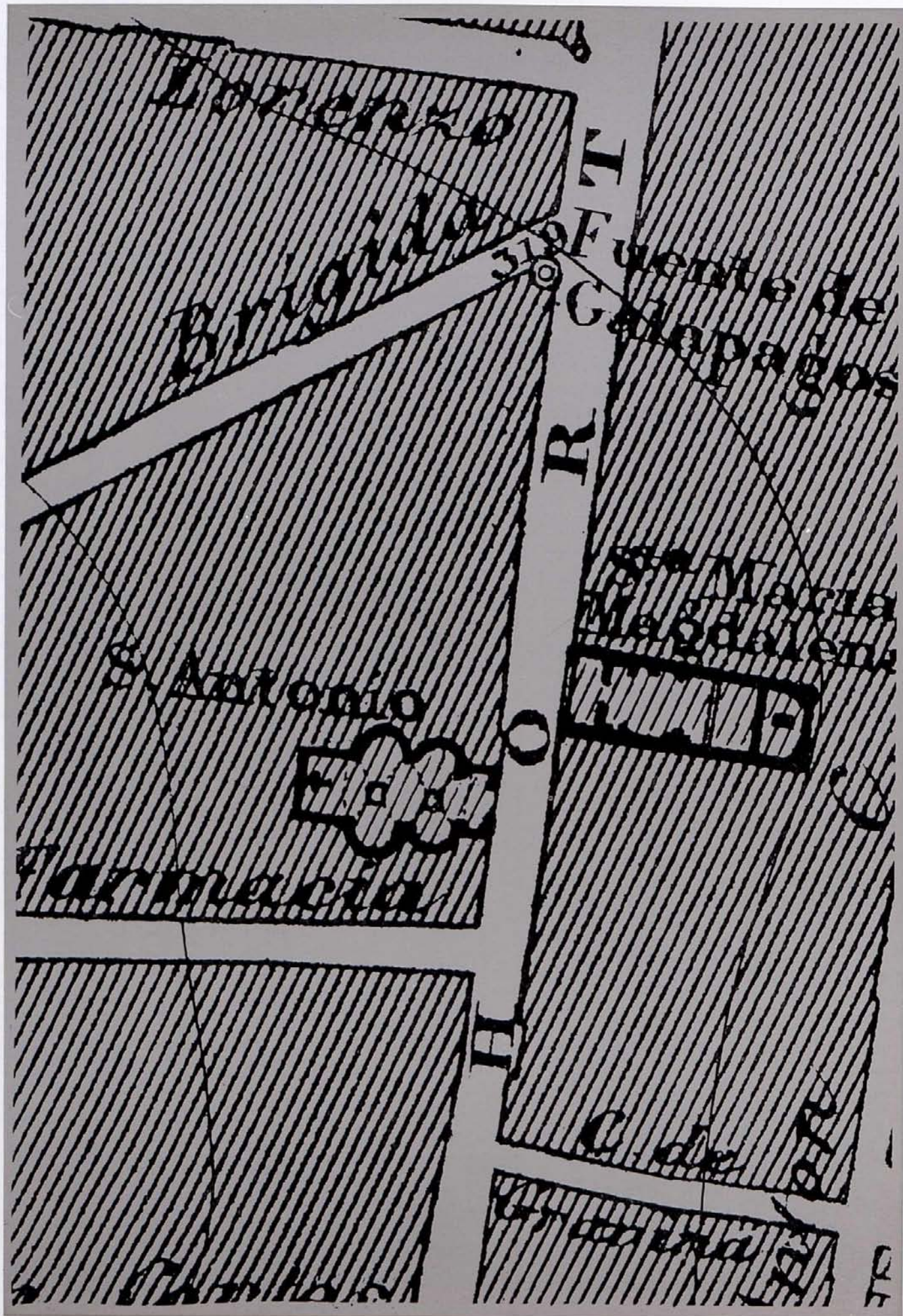
frente de Caballero de Gracia; y sobre todo, entre ambas calles gemelas, Hortaleza y Fuencarral, una enorme manzana trapezoidal, que avanzaba en punta desde la calle de las Infantas, donde el trapecio asentaba su base. Era la casa de Astrearena, aquella de «mucha fachada y poca vivienda», acerca de la cual hemos hablado ya.

A nuestro propósito importa añadir que subiendo la calle de Hortaleza arriba, hacia Santa Bárbara, por la acera de los pares y tras Caballero de Gracia, encontrábase las calles de San Miguel, encajada hoy íntegramente en la Gran Vía, Reina e Infantas; y en idéntica dirección aflúan a Fuencarral, después de Jacometrezo, las calles del Desengaño y San Onofre.

Pues bien, la comunicación del Alcalde, señor Abascal, promovió un bien estudiado proyecto (Julio de 1882), original del Arquitecto de la zona, don Pedro Domínguez, unánimemente elogiado, durante el decenio que estuvo vigente su estudio, por los organismos políticos y técnicos municipales; aún hoy la contemplación de sus abundantes planos causa verdadera satisfacción y asombro. La penuria del erario municipal y su relación con el proyecto paralelo de la Gran Vía dio como resultado único el acuerdo de la Comisión de Obras (1891) de tenerlo presente, para cuando se resolviera el de la Gran Vía.

blecieron los faroles de reverbero, que en todo Madrid eran 2.410, a cargo de 187 faroleros —los mismos serenos—, bajo la vigilancia de un inspector general y de 10 celadores de Distrito. Durante el septenio 1838-1844 los gastos ordinarios y coste del alumbrado público importaron la suma total de 4.329.641 reales. Finalmente, hacia 1847 el alumbrado de gas comienza a sustituir al de aceite paulatinamente, primero en las vías principales y después en las restantes.

(9) Consultando el plano parcial aquí incluido (1849), se echa de ver que las calles del Colmillo y Arco de Santa María y de Válgame Dios son las actuales de Pérez Galdós, Augusto Figueroa y Gravía; en cambio aquellas de la Farmacia y Hernán Cortés han sustituido ya a las antiguas de San Pedro y San Pablo y de San Juan.



El señor Domínguez no se limitaba a ensanchar las embocaduras de las calles de Fuencarral y Hortaleza, sino que contemplaba el proyecto con las variaciones, que a su juicio debían introducirse en las calles adyacentes, necesitadas de urgente reforma. Proponía: la supresión de la manzana formada por las calles de la Montera, Fuencarral, Infantas y Hortaleza; ello permitía la comunicación directa de las calles del Desengaño con la de San Miguel, y sobre todo, la formación de una plaza trapezoidal, que comprendía aproximadamente 11.500 metros cuadrados, donde vendrían a desembocar las calles de Jacometrezo, Desengaño, San Onofre, Fuencarral, Hortaleza, Infantas, Reina, San Miguel, Caballero de Gracia y Montera. Se introducían bien concebidas modificaciones en las desembocaduras de tales calles mediante chaflanes, a más de un acertado ensanche de las de San Onofre, Infantas, San Miguel y Puebla; en suma, el proyecto satisfacía plenamente las exigencias de la viabilidad, a juicio de la Junta de Obras. Únicamente ésta pidió un nuevo estudio económico referente a la nueva vía de unión entre las plazas del Rey y San Marcial (actual Plaza de España), que completaba el meritísimo proyecto del señor Domínguez, a fin de que las expropiaciones que hubiera de realizarse, resultasen lo menos gravosas posible para el erario municipal.

Anticipamos ya el final de este proyecto, alguna de cuyas enseñanzas se tuvieron presentes más tarde, si bien en muy limitada medida; su propia excelencia merecía el honor de este modesto recuerdo. Las modificaciones originadas por la ejecución del proyecto de la Gran Vía (10) e introducidas en Hortaleza, Red de San Luis, Fuencarral y calles adyacentes están a la vista; ellas han sido recientemente recordadas por don Federico Romero, en su preciosa conferencia

intitulada *Prehistoria de la Gran Vía* (11).

**MONUMENTOS CONSERVADOS.** Son escasos y en su mayoría fundaciones conventuales, una de las cuales, San Antón, ha dado durante siglos carácter a la calle.

**COLEGIO DE SAN ANTON, P. P. ESCOLAPIOS.**—Hortaleza, 63.

El 18 de Julio de 1735, Madrid, en su Ayuntamiento, tomó el acuerdo siguiente:

«Remítase al caballero regidor, Comisario del Cuartel, para que con el maestro arquitecto alarife de Madrid que eligiere, haga tirar los cordeles para que se reedifique la Iglesia que demuestra esta planta, conforme a ornato y policía; y hecho, se traiga para dar la licencia; a cuyo tiempo el maestro, que hubiere de hacer dicha obra, ha de tener ejecutada otra igual planta, porque ésta con la diligencia, que por dicho caballero Comisario se practicare, ha de quedarse en el oficio del Ayuntamiento, para que uno y otro siempre conste, en conformidad con lo acordado por Madrid. Y se previene se ha de enlosar la tirantez de las fachadas de la referida Iglesia, según lo últimamente resuelto.—Diego Oliden (*rubricado*).

La planta, presentada al Ayuntamiento, correspondía a la «Iglesia de la Casa y Real Hospital de San Antonio Abad. Calle de Hortaleza». Estaba trazada, firmada y rubricada por Pedro de Rivera, sobre papel moreno de tina, cuyas dimensiones eran y son  $0,516 \times 0,364$  metros y su caja de dibujo  $0,425 \times 0,33$  metros; trazos en tinta limpios y firme; con fachadas a las calles de Hortaleza, la principal, y a la de San Juan; la escala carece de indicación métrica alguna; de todos modos la longitud dada anteriormente corresponde a esta última y la latitud a Hortaleza. Al reverso de la traza está la sencilla tramitación administrativa, reducida al acuerdo transcrito en cabeza, más la diligencia de su cumplimiento,

efectuada por don Fernando Afán de Rivera, caballero capitular de Madrid y comisario del Cuartel de San Luis, a cuya jurisdicción correspondía al inmueble; más allá y por esta época entraba la jurisdicción del Cuartel de Santa Bárbara. El arquitecto y alarife elegido por Afán de Rivera fue Francisco Ruiz, «quien estando presente lo aceptó y poniéndolo en efecto, estando en la calle de Hortaleza, Hospital de San Antonio Abad, reconoció el sitio, donde se ha de ejecutar la fábrica, que demuestra la planta...; y por no haber en ello impedimento alguno, dicho señor (Afán de Rivera) mandó al referido alarife tirar los cordeles, como lo ejecutó por la expresada calle de Hortaleza, donde se ha de fabricar la fachada principal de dicha Iglesia, dando principio desde las casas de Pedro Guillermo y doña María Antoneli, su mujer, que hacen medianería con el sitio y corriendo su línea hasta la esquina, que hace la Iglesia antigua de dicho Hospital y la calle de San Juan: y tiene de línea recta ciento tres pies; y tirando los cordeles desde la medianería de la casa de dicho Pedro Guillermo hasta la pared del convento de las Recogidas tiene de hueco la calle: treinta y dos pies. Y desde la esquina de la Iglesia antigua hasta las casas de María Teresa de Negra tiene de vano dicha calle de Hortaleza: treinta pies y dos cuartos. Y desde la expresada esquina por la bocacalle de San Juan hasta las casas, que fueron de don Marcos de Briones, tiene de hueco la

(10) Cuando se habla de este proyecto y su ejecución, es justo recordar junto al nombre del arquitecto, don José Salaberry, el de don Manuel Cristóbal Mañas, inolvidable Interventor del Municipio madrileño, cuya extraordinaria capacidad financiera contribuyó decisivamente a su éxito.

(11) Aula de Cultura.—*Curso de Historia de Madrid*, organizado por la Delegación de Educación y el I. de Estudios Madrileños, número 14.



calle veinticuatro pies. Y en esta forma se ejecutó esta diligencia y dicho señor (Afán de Rivera) previno a don Pedro de Rivera, maestro mayor de Madrid y sus fuentes, que ha de ejecutar la referida obra, observe en ella lo prevenido por Madrid, ornato y policía y concluida la obra, enlosar sus fachadas. Y lo firmó S. S. y dicho don Francisco Ruiz.—Don Fernando Afán de Rivera (rubricado).—Francisco Ruiz (rubricado).—Fui presente, Carlos Luengo (rubricado).

El hallazgo de la traza de Pedro de Rivera (Archivo de Villa: ASA 1-83-126) permite: a) Sentar la fecha fundamental en la cronología del templo; b) Averiguar el hecho de que sucedía a una iglesia anterior levantada en el mismo solar; c) Obtener la prueba documental y definitiva de la paternidad de la obra, bien que nadie dudase considerarle como uno de los productos más originales y propios de la fantasía y destreza técnica del madrileño Pedro de Rivera; d) Finalmente, contar con una prueba más para fijar el primitivo destino de la Casa.

En efecto, cabe sumar este testimonio a aquellos que nos ofrecen los planos históricos de Madrid, así como el *Compendio* (1786) de Alvarez Baena, que nos brinda la más remota noticia (pág. 224) acerca del Hospital de San Antonio Abad o de San Antón, su nombre abreviado; pasaje y citas recogidas en Molina Campuzano, *Planos*, número 943. Así, Baena refiere: «Con motivo de la peste del año 1597, se destinó esta Casa para la curación de los contagiados en el sitio en que hoy está, y entonces era fuera de poblado, por solicitud de don Lope Gallo de Avellaneda, Comendador General de la Orden San Antonio Abad; después estuvo casi extinguida, hasta que por el año 1668, la volvió a restablecer el Padre Diego Serrano, su administrador; y últimamente el señor don Fernando

el VI la tomó bajo su Real Patronato. Cúranse en él males contagiosos, como cáncer, fuego sacro y otros». *La Colección de papeles curiosos de la Biblioteca Duque de Osuna* (BN, ms. 10.923) refiere la fundación del convento en términos idénticos a los consignados por A. Baena (12).

Casi todos los planos y manuscritos de los siglos XVII y XVIII, a excepción del plano (1656) de Fexeira, recogen el convento y el hospital; una guía ya impresa (1783), titulada el *Lazarillo*, registra aparte la Escuela Pía de San José de Calasanz; por sus datos exactos a todos aventaja, como siempre, la Planimetría de mediados del siglo XVIII al enumerar y detallar los sitios integrantes de la manzana 315, la más amplia dentro del barrio de San Antón. El enorme edificio, iglesia y hospital de San Antonio Abad, ocupaba el sitio número 7; la longitud de sus fachadas era de 149 pies por la calle de San Juan, y 194 por Santa Brígida y los 104 por la calle de Hortaleza, cifra coincidente con la medición incluida en la tira de cuerdas, ejecutada por Francisco Ruiz. Propiedad del Hospital eran, además, los números 1, 2, 4, 6 y 27 de la propia manzana, que totalizaban 14.643 pies; sumando a los 34.817 hacen un total de 49.460 pies. La propiedad de las casas intermedias, números 3 y 5 se adquirirían después, al edificar la nueva Casa destinada a otros menesteres.

Abolida, en efecto, la Orden de los Hospitalarios de San Antonio Abad (1787, Pío IV), el monarca, Carlos IV, donó a los Escolapios el vasto edificio, morada hasta entonces de los Antonianos, o sea de su convento, hospital e iglesia aneja. Mas el destino ulterior de la Casa se narra, con el laconismo peculiar de las inscripciones, en la lápida colocada sobre el dintel de la entrada principal a la iglesia; nada mejor que transcribir y comentar su contenido:

Regium hoc aeducandae nobilitatis necnon et orbae pueritias Seminarium Antonianum Carolus III inchoavit, Pius munificus Carolus IV provexit; Aemulus Ferdinandus VII neutris secundus absolvit.—Anno MDCCCXXXII.

«Carlos III comenzó este Colegio Real Antoniano, dedicado a la formación de la nobleza y, asimismo, de la niñez desvalida».—Bien que los hijos de San José de Calasanz hubieran tenido anteriormente escuelas modestas (13), gracias a la protección de Carlos III disfrutaron de algún desahogo: casas más amplias de Hortaleza (1755) esquina a Colmillo (9) y después el edificio, destinado hoy a Tribunal de Cuentas, en la calle de Fuencarral (1778).

«Carlos IV, devoto y generoso, lo impulsó».—Alude a la cesión mentada de Carlos IV, tras la cual y con su ayuda renuevan primero y construyen después de nueva planta el edificio conventual y el colegio; e igualmente, por desgracia, se modifica la fachada y el interior de la Iglesia, trazada y construida por P. de Ribera. Así, una vez concluidas las obras, se aposentaron definitivamente (1794) en su actual residencia.

«Fernando VII, no inferior a ambos lo acabó. Año 1832.» Continúa la protección real, rematándose las obras un año antes de la muerte de Fernando VII. Ayuda muy necesaria, pues, al parecer, la situación económica del Colegio Calasancio

(12) Véase Herrero García, *Guía del Madrid de los Austrias* en RBAM del Ayuntamiento de Madrid, tomo XXIV (1955), págs. 143 y 144.

(13) El establecimiento matriz de la calle Mesón de Paredes (1737) y el posterior de la calle de San Mateo (1753). Sobre las escuelas Pías de San Fernando, orígenes y protección de la Villa de Madrid, véase Madoz, tomo X, págs. 800 y 801. Un buen resumen acerca de los establecimientos sucesivos ofrece Baztán Vergara, Francisco, *Monumentos de Madrid*, Madrid 1959, pág. 146.

era agobiante (14), como resultado de las obras ejecutadas en 1802: construcción del presbiterio, altar mayor y pintura de la bóveda de la iglesia.

Mas el fin primordial del presente artículo, su única y singular novedad, estriba en ofrecer a los estudiosos del arte barroco madrileño la planta de Pedro de Ribera, cuyas peculiaridades documentales y, asimismo, tramitación administrativa he señalado antes. La excelente fotografía de Oronoz permite cotejarla con la planta de la iglesia actual; realmente, la semejanza es escasa, casi nula, bien que parezca indefendible la presunción de que tal planta, una vez aprobada por la Administración municipal, no se construyese así, ya que el propio Ribera dirigió la construcción del templo. Hasta el momento presente, habíase pensado que las modificaciones y renovaciones de 1794 y 1802 habían tan sólo alterado la fachada, modificándola al estilo neoclásico (15), respetando en cambio el interior de la iglesia.

A la vista de la planta de Pedro de Ribera se diría templos distintos: el actual resulta anodino ante la inventiva prodigiosa y teatral movimiento de la planta propia del arquitecto madrileño, sólo comparable, dentro de Madrid a aquella correspondiente a la preciosa iglesia de San Marcos (c. de San Lorenzo, 10), terminada casi una veintena de años después (1753) y original de don Ventura Rodríguez. Mientras que la elegante planta de San Marcos logra su movido efecto espectacular mediante las tres elipses que la componen, unido al buen gusto y proporciones de sus pilastras de orden compuesto y florones en las arcadas; el arquitecto madrileño consigue el suyo, acudiendo a la profusión de combas, dentro de cuyas convexidades se alojan los altares, a sus pilastras adelantadas, es decir, a los elementos del más característico barroco madrileño,

anticipándose al importado por Bonavía y otros artistas extranjeros, según informa Tamayo. Del templo antiguo quedan en el actual las imágenes de San Antón, tallada por Pablo Cerdá, que con las de San Camilo y San José de Calasanz se veneran en el buen retablo neoclásico de la cabecera, debido al arquitecto restaurador de la Casa Francisco Rivas; la excelente escultura de la Magdalena o de Santa María Egipciaca, del estilo de Pedro de Mena; y ante y sobre todo, el cuadro de Goya, *La última comunión de San José de Calasanz*, pintado en 1820, tenido, con razón, como el más interesante cuadro nacional de asuntos religiosos.

La tradicional fiesta de San Antón (17 de Enero) muy decaída actualmente, arranca del primitivo Instituto Antoniano. El Hospital «obtenía sus ingresos de los cerdos que, andaban libremente por las calles, cebados por el vecindario a costa de la limpieza e higiene de la Villa, así como de las limosnas que la víspera y fiesta de San Antón se recogían públicamente». Herrero García recoge los textos literarios que hablan acerca de la fiesta: *El Tao de San Antón*, de Guillén de Castro; los pasajes de Góngora y de *La Pícaro Justina*, que testimonian la costumbre del paso y repaso de las caballerías por delante de la ermita del santo; y asimismo la cita de Calderón, que nos informa de la limitación de las caballerías, dado el gran número de las que acudían dentro del siglo XVII (12).

#### MARIA MAGDALENA DE LA PENITENCIA (V. Recogidas) HORTALEZA, 88

No siempre ha sido ésta su advocación ni tampoco su hogar. Bajo la nominación de Nuestra Señora de Gracia (16) fundó (hacia 1555) doña Ana Rodríguez el denominado Hospital de los Peregrinos en casas de su propiedad, a fin de que sirviese de refugio a los tales durante la noche; este hospital se ha-

llaba situado en la antigua calle de Peregrinos —actual Tetuán— denominada anteriormente calle del Hospital de los Peregrinos (17); obsérvese en el plano de Teixeira (1656) que esta calle arrancaba de la parte occidental de la Puerta del Sol, formaba codo consigo misma y tras atravesar la c. de la Zarza (18) desembocaba en la plazuela de Celenque, como su actual sucesora. Acaecida la reducción de hospitales (hacia 1580), la cofradía de Nuestra Señora de Gracia se agregó a aquella de la Vera Cruz, continuándose la recogida de peregrinos, ahora por cuenta de esta última, hasta 1.601, en cuyo año se cambia el destino de la Casa, dedicada en adelante a recogimiento de mujeres públicas y arrepentidas. Posteriormente, el hospital de Peregrinos siguió su vi-

(14) Peñasco y Cambronero, *Las calles de Madrid*, págs. 256 y 257. Esta noticia, unida a la simple mención de la Casa de Misericordia de Santa Isabel (Hortaleza, 83 antiguo, 77 moderno), no citada por nadie que yo sepa, es todo lo aprovechable del libro de Peñasco acerca de la casa y su templo, así como a propósito de la calle de Hortaleza en general; sin embargo, lo mismo que Madoz, se extiende en amplios antecedentes relativos al profesorado del Colegio y la nómina de sus alumnos más distinguidos; Mesonero, tan conciso como un telegrama, nada dice del templo.

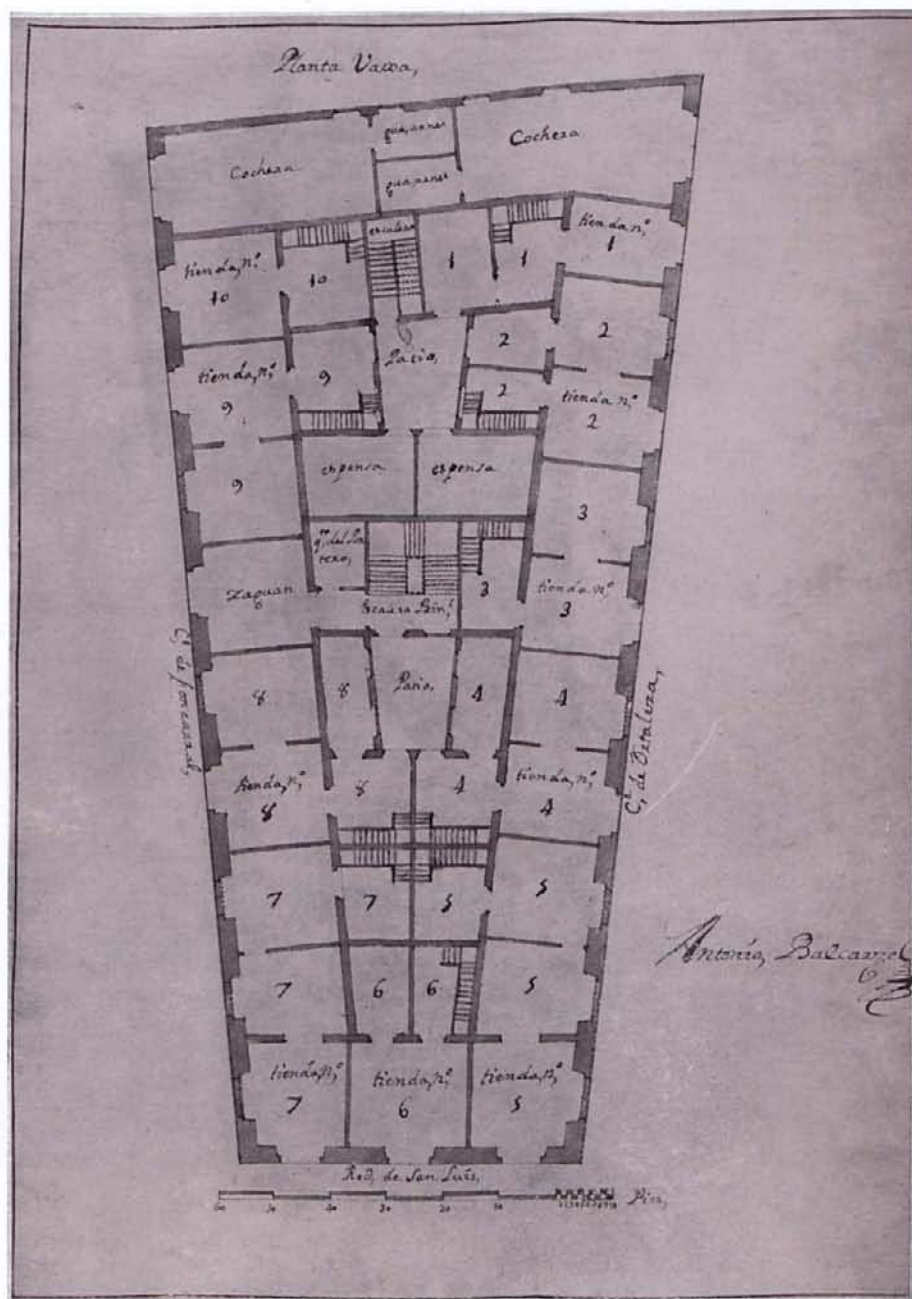
(15) Véase Tormo, Elías, *Las Iglesias del Antiguo Madrid*, t. 2.º, págs. 301-311 y, también, Tamayo, Alberto, *Las Iglesias Barrocas Madrileñas*, págs. 171-173; ambos autores citan la bibliografía adecuada.

(16) Una imagen bellísima —nos informa Quintana— de Ntra. Sra. de Gracia se veneraba en el Humilladero de San Francisco, situado al salir de Puerta de Moros, Camino del Convento, y erigido (hacia 1500) por la cofradía de la Vera Cruz. Véase Quintana, *Historia*, págs. 1.018 y 1.019; también Molina Campuzano, *Planos de Madrid* número 966, que recoge la ermita de Ntra. Sra. de Gracia con fachada a la plazuela de la Cebada y situada por Planimetría en la manzana 103.

(17) Sin embargo induce a error o, al menos, inspira perplejidad, el hecho de que el albergue u hospital de San Lorenzo, fundación de Pedro de Cuenca, se denomine en ciertos planos históricos Hospital de los Peregrinos. Véase M. Campuzano, *Ob. cit.* número 922; sin embargo dirime la cuestión la nota 5.

(18) Arenal-Preciados; hoy inexistente, fuera del trozo contenido dentro de la calle Tetuán.





da propia e independiente (19) cuando en mayo de 1623 las *Recogidas* trasladaron su morada a un solar de la calle de Hortaleza (20), parece que cercano al posterior y definitivo de la manzana 316, por más que bien pudiera ser dentro de esa misma manzana, ya que a finales del siglo XVIII la Planimetría registra como propios de la Casa los sitios 42 a la calle de Hortaleza y 7 y 9 a la de San Antón.

A la vista de la documentación posterior, creo más bien que el definitivo solar de Hortaleza sería el

adquirido a doña María Manzano y don Gabriel Arias, en virtud de licencia de Felipe IV (1637), concedida a la villa de Madrid y auto posterior del Consejo, a fin de tomar a *daño* la cantidad necesaria de la sisa impuesta para la obra de la Cárcel de Corte; cuyo documento, mencionado por Fernández de los Ríos (*Guía...* pág. 610) como existente en el Archivo, yo no he logrado ver. En todo caso, el Archivo de Villa conserva dos expedientes de construcción relativos a la Casa de las Recogidas. El pri-

mero, cuya signatura es ASA 1-44-93, contiene simplemente, un plazo de fachada sin indicación de fecha, pero que por su traza cabe referirio a la primera mitad del s. XVIII; firmado y rubricado por un tal Agustín López, presenta la «fachada y elevación de la Casa para las Recogidas por la calle de Hortaleza y accesorias por la calle de San Antón»: dos plantas, baja y principal, más buhardilla en el techo y seis huecos, incluida la puerta, todos con pilastras y remates de frontones y molduras; y una sola planta sencilla con techo, también abuhardillado, por la calle de San Antón. Esta es la Casa, que la Planimetría general de mediados del siglo XVIII, describe.

El establecimiento fue agregado por el monarca, Felipe III, al Real Patrimonio (1618), la Real Cámara fue encargada de su dirección y don Francisco Contreras, presidente de Castilla, nombrado primer protector. Los estatutos y misión originarios fuéronse adaptando a la evolución y mudanza de los tiempos; de reclusión decorosa para mujeres públicas —que una vez internadas, no podían salir sino para religiosas o casadas— a corrigendas recluidas por decisión de maridos, padres, o autoridades judiciales y,

(19) Según el *Informe sobre la Beneficencia*, redactado por Olózaga, se clausuró en 1835 por falta de acogidas e irregularidades en la administración. Tomo el dato de Fdez. de los Ríos, *Guía*, págs. 610.

(20) 1623, Mayo, 10.— «Este día por la tarde hubo una procesión por la traslación de las mujeres convertidas de la Casa donde estaban, en la calle de los Peregrinos a la calle de Hortaleza. Fueron cincuenta y dos mujeres con los sacos de sayal pardos, descalzas, cubiertos los rostros con velos blancos, y velas encendidas. Acompañadas del Vicario de Madrid con toda la Clerecia, que serían trescientos clérigos, con sobrepellices, cruces y pendones, y el Corregidor y los Regidores en forma de Villa, lo cual vio su Majestad y sus Altezas en las Descalzas Reales. El Príncipe de Gales estuvo en un balcón de la Puerta del Sol detrás de celosía». *Noticias de Madrid*, 1621-1627, publicadas por González Palencia, Madrid 1942, págs. 57 y 58.

cada vez más, a voluntarias, inocentes o no, acogidas a la protección de las hermanas terciarias franciscanas de Santa María Magdalena de la Penitencia. Esta advocación data sólo de 1692; con anterioridad, titulábanse Hermanas Penitentes de la Purísima Concepción, Buenos Temporales y del Glorioso Patriarca San José.

El edificio actual data de Julio de 1917, fecha de la concesión de la licencia correspondiente a la construcción de un edificio destinado a Convento de las Religiosas de María Magdalena, según reza la memoria descriptiva (ASA 23-279-30) del arquitecto don Jesús Carrasco. La fábrica se levantó, sobre parte del solar de su propiedad, situado en la calle de Hortaleza número 114 con accesoria a la calle de Pelayo (desde 1856; antes San Antón); consta de planta baja, principal y azotea; la superficie construida de nuevo, incluyendo el patio central es de 884 m<sup>2</sup>, con una línea de fachada de la calle de Hortaleza de 26,50 metros y a la de Pelayo de 9,00 metros. La fachada actual, de aspecto agradable, a pesar de hallarse encajada entre las casas vecinas, debido al hecho de que fue remetida, cumpliendo la R. O. de 1854 relativa a la alineación de la calle, es de ladrillo al descubierto sobre un zócalo de cantería. La primitiva iglesia no se tocó, ni en su fachada ni en su interior.

Es, por tanto, equivocada la noticia facilitada por don Elías Tormo sobre la reconstrucción de la casa y fachada del templo hacia 1900 *Iglesias del A. de Madrid*, pág. 306. Y en ausencia de datos documentales sobre la iglesia hemos de atenernos a la información transmitida

por Madoz-Eguren (*Diccionario*, tomo X, pág. 902) y Ponz sobre las pinturas. Es un templo sencillo de una sola nave, con retablos neoclásicos del siglo XVIII; en el mejor de ellos, correspondiente al altar mayor una buena imagen de Santa María Magdalena. Las pinturas antiguas enumeradas por Ponz—*San Onofre* de Francisco Palacios y un *San Francisco* del Greco—ya no están allí; la Magdalena Penitente, ejecutado por Juan Carreño, se encuentra ahora en la Academia de San Fernando.

#### CASA DE MISERICORDIA DE SANTA ISABEL.—Hortaleza, 77.

Fue este centro el primero de la Compañía de las Hijas de la Caridad en España, traídas por S. M. la Reina Isabel II, que deseaba ya desde tiempo confiarles el cuidado de los más pobres de su Reino para que los atendieran en todas sus necesidades, como lo había visto hacer en Francia, y empieza fundando en Madrid la «Casa de Misericordia Santa Isabel», el 29 de Noviembre de 1856, en el número 77 de la calle de Hortaleza.

Ella misma preside la Junta de su Corte que la sostenía económicamente. Esta ayuda y la protección real se mantuvieron a través de los tiempos hasta el Movimiento Nacional. Más tarde fue declarada Beneficencia Particular por ser patrocinada por el señor Duque de Arión, don Gonzalo Fernández de Córdoba.

#### FUENTE DE SAN ANTON.—Hortaleza esquina a Santa Brígida.

Denominada así, a causa de hallarse situada en la fachada del colegio de su nombre. Su traza formada por dos delfines de bastante tamaño, cabeza abajo, está fechada en 1772.

En tal año sucedió a otra fuente, más artística y decorativa, trazada por don Ventura Rodríguez a mediados del siglo XVIII y labrada en piedra de Colmenar; llamábase popularmente de los Galápagos, porque «consiste en una urna, que sirve de pedestal a un jarrón, adornado de conchas y galápagos», según la describe Ponz (21). Su existencia actual es desconocida. Con anterioridad a esta fuente y localizada en el mismo sitio, los planos históricos madrileños (Texeira, 1656; Chalmandier, 1761, y Tomás López, 1785) registran la *Fuente de las Recogidas*, que era más bien un piloncillo público, cuya dotación de un real de agua procedía del Arca sexta Cambija, enclavada en la misma esquina; tal arqueta-cambija suministraba el agua al convento de las Recogidas y a la casa de Juan del Río, inmuebles situados al otro lado de la calle. El viaje de la Castellana, nacido en los altos de Maudes, y cuya arca primera se hallaba en el Valle de la Castellana, surtía de arcas y cambijas a la calle de Hortaleza, y continuaba después por la Red de San Luis, San Miguel, Caballero de Gracia, etc; y tras varias ramificaciones daba fin en la plazuela de Santa Cruz.

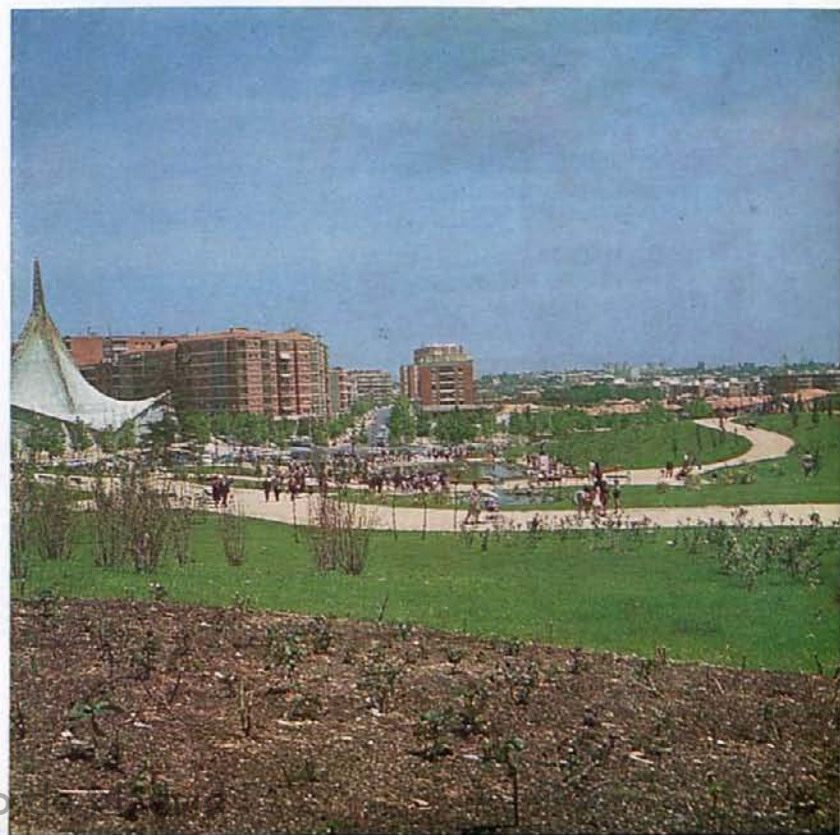
Agustín Gómez Iglesias

(21) *Viaje de España*, pág. 502 edición Rivero. Molina Campuzano, *ob. cit.*, número 713 recoge la cita, así como los planos, que traen la denominación anterior de la propia fuente; para el resto de la información, aquí incluida, véase Aznar de Polanco, *Arithmetica inferior...*, nacimiento de las aguas dulces págs. 226 y 229, Madoz, t. X págs. 700-702, Herrero García (12) y Ezquerro del Bayo, *Catálogo...*, págs. 147 y 149.



## DOS NUEVOS PARQUES PARA MADRID

Al poco tiempo de hacerse cargo de la Alcaldía, el señor Arias Navarro hizo público el propósito de la Corporación de entregar cada año un nuevo parque de Madrid. Con la publicidad del ambicioso propósito se pretendía únicamente elevarlo a la categoría de inexcusable compromiso, que el Ayuntamiento está cumpliendo con creces. El pasado año Vallecas pudo contar ya con el suyo, el de Palomeras, inaugurado con ocasión de la festividad de San Isidro. El glorioso Patrono de la Villa y de los campos de España ha bendecido este año dos nuevos parques: el de Santamarca y el resultante de la ampliación del del Oeste.





El parque de Santamarca, en el Barrio Hispanoamericano, está limitado por las calles de General Mola (prolongación), Ramón y Cajal, Marcenado y San Ernesto. Ocupa una extensión de 54.000 metros cuadrados y responde al estilo paisajista: se ha respetado y modelado la topografía natural y se han trazado los caminos y colocado las plantaciones en forma irregular. Está estructurado en cuatro zonas: juegos infantiles, con abundancia de aparatos; zona de adultos, asentada en una plaza de pinos y dotada de bancos y paseos; otra decorativa, con dos estanques, y una cuarta zona, todavía no construida, ya que está sujeta a previas expropiaciones, en la que se instalarán campos de juegos para niños mayores.





Las obras del parque de Santamarca se han llevado a cabo en un tiempo verdaderamente corto: comenzaron el día 9 de febrero y se terminaron en la mañana del 15 de mayo, poco antes de su inauguración. Esto quiere decir que en sólo tres meses se realizaron las operaciones de movimiento de tierras, construcción del estanque, plantaciones e instalación de juegos infantiles.



#### SE EXTIENDE EL PARQUE DEL OESTE

El parque del Oeste ha sido ampliado en 45.000 metros cuadrados, habiéndose acondicionado un pequeño espacio para el servicio de la totalidad del parque. En la ampliación se ha respetado el estilo —también paisajista— del parque del Oeste. Como novedad puede anotarse que ha sido instalado el riego por aspersión, con lo que se ahorra gran parte de la mano de obra. También ha sido modificada la vieja zona de juegos infantiles.

# MARIA GUERRERO, EN LA TRINIDAD ESCENICA

Por LOPE MATEO

Tres eran tres... Pero no las hijas de Elena, sino de Melpómene, la musa de la tragedia: Sara, Eleonora y María, como tres cimas del arte escénico universal: Sara Bernhardt, Eleonora Duse, María Guerrero, con sus tres respectivas patrias: Francia, Italia y España. La latinidad dio su do de pecho con esos tres nombres deslumbradores. Ellos son los definidores de una época teatral que se extiende desde Sedán hasta el Tratado de Versalles, con ese fin de siglo incitante y espléndido, cuando acababan de nacer los automóviles, el gramófono y el cine.

Sara Bernhardt es la más antigua de las tres, «la divina Sara», según sus admiradores del ancho mundo. Como una emperatriz bizantina, ella fue el árbitro tiránico de muchas cosas en Francia. A su belleza marmórea, infatigablemente compuesta en todo momento, había que añadir en ella un como empaque olímpico —de tipo juniano más que venusino— que la rodeaba de majestad. Talleyrand decía que un ministro de Asuntos Exteriores debe serlo durante las veinticuatro horas del día, dando a entender que la vigilancia diplomática no admite excusa ni descanso. Pues bien: la divina Sara era actriz también durante las veinticuatro horas del día. La realeza no lo pareciera tanto si no estuviera siempre rodeada de sus cortejos y farautes; ante ella se hinca la rodilla, con lo que se la ve más grande aún. Así la Bernhardt, en el coro de sus poetas, au-





## sara bernhardt

58

tores, cómicos, aristócratas, amadores. Siempre ante tantos ojos, ante tantas sonrisas y besamanos, se ofreció inmarcesible. Decía que en una persona bien cuidada los sesenta años son sólo el pórtico de la edad madura. Setenta años tenía cuando en 1914 le fue amputada una pierna y al año siguiente hacía una gira por América. Dos años antes de morir en 1923, visitaba Italia y representaba en sus teatros.

Fue entonces, ya casi octogenaria, cuando a modo de saludo gentil, recibió de Eleonora Duse un ramillete de rosas de Francia. La gran trágica italiana respondía así al viejo rencor de la francesa. Esta en su vanidad genial no había podido perdonar ni olvidar nunca el clamoroso triunfo de Eleonora en París, y en su propio teatro de la Renaissance, bastantes años antes; en París, capital omnímodo de su feudo. La Duse era quince años más joven y admiró siempre a Sara, sin envidiarla, sin hacer el juego a ninguna intriga en esa rivalidad, que era un fenómeno completamente unilateral. Si para Sara, según propaló ella misma, Eleonora era una gran actriz, pero no una artista, ¿a qué venían tantos celos de ella? ¿Por qué le mostró tan larga malquerencia? Lo que ocurre es que entre la veneciana y la parisiense, el triunfo por puntos era para la veneciana, según hubo de reconocer Bernard Shaw en un artículo de paralelos contrastes que escribió. Todo lo que había de «teatro» en Sara, había de autenticidad en Eleonora, en la cual no sólo el arte fue trágico, sino su propia vida de sublime voluntad, de holocausto ardiente, de pasión en llamas como una zarza inextinguible, luchando a brazo partido con un destino de fuego y luz. «II fuoco» fue la novela de D Annunzio, tan poco piadoso, al airear la intimidad del amor pasional de su intérprete y musa. Pirandello (cuyo centenario se conmemora también ahora) habló alguna vez de ese elemento trágico de la Duse, precisamente por haberse tropezado con el gran poeta. Su vida fue un lento camino de purificación. Murió en Norteamérica, en Pittsburgh, al frente de su compañía, al año siguiente que Sara. Su cuerpo fue recibido después con honores nacionales en su amada Italia.

Era el año 1924 entonces, cuando



irradiaba su máxima vislumbre otro nombre genial: María Guerrero, cuyos dominios artísticos se extendían por todos los anchos países de la Hispanidad, en cuya capital más populosa, Buenos Aires, había fundado y adquirido el teatro Cervantes, donde gastó sus más grandes ilusiones y desazones. María, la madrileña, tenía veinticuatro años menos que Sara y nueve menos que Eleonora. De las tres fue la de menor curso vital, apenas sesenta años. Aquel 23 de enero de 1928 fue un día de gran luto nacional. Don Jacinto Benavente proclamó paladino: «María Guerrero ha sido la primera actriz del mundo, superior en algo a la Duse y a Sara Bernhart, porque esta última, insuperable en su modalidad escénica, se atuvo siempre a un repertorio limitado, cuidadosamente escogido»... Según Benavente, no pasaba de treinta o cuarenta obras, y algo semejante ocurría con la Duse, mientras el repertorio de la Guerrero ascendía a ciento cincuenta. Interpretó a tres poderosos ingenios: Echegaray, Galdós y Benavente, dos de ellos Premios Nobel. Otros también insignes, como los Quintero, Guimerá, Eduardo Marquina y Ardevín, más el teatro clásico de Lope y Calderón, y el romántico, particularmente Zorrilla, sin olvidar los grandes dramaturgos europeos coetáneos, forman el arco escénico bajo el cual la voz, el gesto, la figura y la pasión de aquella mujer se transfiguraban en sus incomparables creaciones. Digamos otra vez con don Jacinto, que fue, además de trágica, actriz dramática, lírica, sentimental, cómica, alegre, ingenua... La encantadora frivolidad de la francesa, el profundo patetismo de la italiana, fueron en la española serenidad realista de un prócer estilo de vivir, al lado de su marido Fernando Díaz de Mendoza, actor también y grande de España.

Las tres geniales trágicas coincidieron en una cosa: el cine. Las tres hicieron sus pinitos en el nuevo arte de la pantalla, posterior a ellas mismas. A comienzos de 1960 la prensa notificaba cómo una productora francesa se disponía a «rodar» una cinta basada en la vida de Sara Bernhardt y recordaba que allá en la primera década del siglo había encarnado a la reina Isabel de Inglaterra, donde su admirable



*María Guerrero en el papel de Doña Inés por F. Madrazo*



**eleonora duse, hacia 1895**

voz y sus ademanes, exagerados adrede ante la cámara, produjeron en el público más hilaridad que emoción.

No mayor suerte le cupo a Eleonora Duse, quien con melancolía solía decir que «l'artista passa e non lascia traccia», cuando aceptó en 1914 una oferta para el cine. La gran escritora Grazia Deledda, Premio Nobel, elaboró para ella un argumento con el título de «Ceniza». Eleonora, tan perspicaz e inteligente siempre, se dio pronto cuenta de que aquello era muy distinto del arte teatral, otra la expresión mímica, aunque todavía el cine, como arte, no estaba definido. Comprendió que había hecho teatro en la pantalla. El séptimo arte no era eso.

Algo semejante ocurrió a la pareja Guerrero-Mendoza, intérprete de una única película titulada «Un solo corazón (Los muertos viven)». Adolecía, como es natural, de muchos defectos de dirección. El argumento era del poeta Marquina, con un regosto danunziano en los personajes y en el desarrollo del argumento. María Guerrero se daba la muerte envenenándose ante un imposible amor. Pasó también sin pena ni gloria.

Aunque estas tres tentativas cinematográficas constituyen el único documento que nos permitiera ahora ver vivas a las tres insignes hijas de Melpómene, trinidad del arte escénico, lo mejor, lo intransferible, se lo llevaron ellas para siempre. Contentémonos con su nombre inmortal.

Por lo que hace a nuestra excelsa artista, cuyo centenario de nacimiento se celebra hogaño, nos place dedicarle estas líneas de homenaje encuadrando su enorme personalidad con las otras egregias figuras femeninas que fueron sus coetáneas en los escenarios de Europa y América. María Ana de Jesús Guerrero y Torija había nacido en Madrid el Miércoles Santo, 17 de abril de 1867, en la casa, ya inexistente, número 23 duplicado de la calle del Caballero de Gracia, detrás de la calle de Alcalá, zona de apretado caserío que había de desaparecer radicalmente con la apertura de la Gran Vía. Sus padres, pequeños industriales con comercio abierto, debieron de ir adivinando las relevantes dotes de la hija y fomentaron

su afición al teatro, hasta el punto de hacerla seguir unos cursos de declamación con la célebre comedianta Teodora Lamadrid.

A los dieciséis años, exactamente en octubre de 1883, inició su carrera artística en el teatro de la Princesa, precisamente el coliseo que más habría de representar en su vida, que había de llegar a ser de su propiedad y en cuyas dependencias anejas, ella instaló más adelante su hogar y fue su casa última en este mundo. Dirigida por Emilio Mario, intervino en el estreno con gran éxito de «Sin familia», de Miguel Echegaray. De la Princesa pasó a la Comedia, teatro inaugurado en 1874, cuya dirección se encargó a Emilio Mario, habilísimo empresario y singular director de escena. Después llegó al Español, con Ricardo Calvo, donde estrenó entre otras piezas de José Echegaray, la celeberrima «Mancha que limpia».

La estrella y la estela de la joven actriz van levantándose sobre el horizonte teatral. Tras una breve estancia en París, donde conoció y representó con Sara Bernhardt, regresó a Madrid, para ingresar en la compañía de Mario y Vico en la Comedia; separados ambos primeros actores, Mario se queda con María Guerrero, ya como primera actriz. Esta es ya la primera cumbre de su carrera triunfal. La segunda, que iniciará una etapa nueva en el arte escénico español, será su boda en 1896 con Fernando Díaz de Mendoza, aristócrata, viudo en primeras nupcias de doña Ventura Serrano, hija de los duques de la Torre. Fernando Díaz de Mendoza, conde de Balazote, actor profesional por vocación y por imperativos de la

vida, formó con su nueva esposa la más deslumbrante y alta pareja artística de la época.

Y a partir de aquí ya son inseparables los dos nombres. Junto a ellos y con su magisterio se irán formando cuantos actores y actrices van tomando fama y vuelos para el tiempo futuro. La compañía Guerrero-Mendoza es a la vez una escuela y una gran familia. Todos sus miembros corresponden a un nuevo estilo en el vivir de la gente de teatro. Los viajes por América se suceden casi cada año, sobre todo a Buenos Aires, que visitaron por primera vez en 1897. La gran pareja artística amadrina ilusiones, realiza deseos, supera dificultades, crece en prestigio y también en fortuna, realza el arte escénico y dignifica al hombre que vive del teatro.

Con el tiempo, si el teatro Cervantes en la capital argentina es uno de los polos del arte de la gran trágica, el otro polo será en Madrid el teatro de la Princesa, selecto y suntuoso, que acabará llamándose de María Guerrero hasta hoy. La vida para la insigne pareja será toda ella una larga, fastuosa, radiante aventura de belleza y orden en un halo de gloria y distinción.

Pero no del teatro, sino para el teatro, vivió siempre la sin igual pareja artística. Lo que quiere decir que ambos sufrieron también los inevitables reveses de los negocios teatrales. La abnegación fue entonces tan grande como antes había sido el optimismo. Con el mismo tesón trabajó María Guerrero hasta el fin. Y conservó aquella belleza relevante de sus ojos negros, aquella elegancia sin postizos, aquella

sonrisa llena de distinción con que realizaba la gracia de su voz cálida y armoniosa.


Un retrato de Sorolla la representa en plena juventud ataviada con arrogantes ropajes dieciochescos y con su rostro iluminado de inteligencia, belleza y bondad. Su muerte constituyó para España y para América un inmenso duelo. No tardó en seguir su camino de sombras el fiel esposo, elegante siempre al lado de la insigne esposa. El apellido y la prole continuaron hasta nuestros días la siembra de su nombre y de su obra florecidos en los campos del teatro nacional. Inimitable en sus prodigiosas condiciones artísticas, María fue siempre un nobilísimo orgullo para cuantos viven del teatro. Ella sigue triunfando en esa trinidad del arte escénico universal de su época.

Al conmemorar ahora el Centenario de su nacimiento —en una etapa ya tan distinta del concepto del teatro— el nombre de María Guerrero en su excelsitud soberana se viene a nuestros labios para recordarla en homenaje de gratitud. Porque, si bien es cierto, como melancólicamente confesó Eleonora Duse, que el artista pasa y no deja rastro, también sucede que ante figuras así, geniales y sublimes sacerdotisas de los más nobles anhelos del espíritu, el mundo parece ensancharse un poco; y las futuras generaciones siempre podrán hallar en su ejemplo un motivo de dignidad y de arte en medio de lo chabacano, pedantesco y absurdo del teatro de cada día.

L. M.

# ESTADÍSTICAS

## Y REALIDADES DE NUESTRO MADRID

An aerial, high-angle photograph of a large parking lot filled with numerous cars, mostly sedans and hatchbacks, parked in neat rows. The cars are in various shades of grey, black, and white. The perspective is from directly above, looking down at the vehicles. The background shows some trees and the edge of the parking area.

EL español, tan dado a la improvisación, no es muy amigo de las estadísticas, las que, a más de no gustarle, cuando las ve las acepta con serias reservas en su fuero interno. Cada pueblo tiene sus virtudes y defectos, y el nuestro, que posee un corazón repleto de energías y un cerebro penetrante e incisivo cuando se pone a pensar, es, sin embargo, enemigo nato de la planificación y de la investigación estadística.


En un trabajo inédito sobre la situación social de España, que la Fundación F. O. E. S. S. A. ha patrocinado y que un equipo de técnicos dirigido por Amando de Miguel, ha logrado finalizar, estudiando los sorprendentes resultados de una serie de encuestas estratificadas por todo el territorio nacional (1), pueden leerse las siguientes palabras:

«En una época en que la planificación económica deja ya de ser un aspecto polémico y se convierte en necesidad ineludible más o menos propugnada por todas las corrientes de opinión, llama la atención la facilidad con que los planes se llevan a cabo sin contar con las estadísticas adecuadas. La información estadística previa no es ya un lujo o una cuestión especulativa, por mucho que cueste obtenerla; es casi siempre condición necesaria para que la planificación económica sea eficaz. Querer planificar con deficientes estadísticas significa querer transformar la sociedad sin conocerla, y eso ya no es posible. Una «consecuencia no esperada» es que el desarrollo real pueda hacerse relativamente insensible a las previsiones de los planes.

.....

Quando se habla de «escasez de estadísticas» habría que añadir «exceso de números». La misma estadística se repite y se transcribe una y otra vez de la misma manera en una publicación tras otra sin que siempre se dé a conocer la fuente. De este modo la sensación que al público profano producen muchos de los informes, planes, estudios, etc., que se elaboran continuamente, es la de una pro-

(1) Fomento de Estudios Sociológicos y de Sociología Aplicada (F. O. E. S. S. A.). Amando de Miguel: «Informe sociológico sobre la situación social de España». Cuesta de Santo Domingo, 5. (Redacción provisional. Edición en preparación.)



fundidad y un rigor del que de hecho carecen, no pudiendo, por ello, llegar a ser instrumentos adecuados para su uso científico.

Esta repetición mecánica de datos lleva, como es lógico, a la repetición, igualmente mecánica, de las conclusiones y, lo que es más peligroso, de los planes de acción. Se sigue repitiendo, por citar un ejemplo muy conocido, que «España gasta muy poco en educación» y que, por tanto, «España debe invertir más en educación», sin especificar *quién* es el que gasta menos (posiblemente el Ministerio de Educación, pero no otros ministerios, y, por supuesto, tampoco los particulares) y cuánto se gasta en total en *qué tipo* de enseñanzas (posiblemente se gasta poco en la primaria y profesional y lo suficiente o acaso demasiado en la media y universitaria clásica), en *qué clase* de gastos (posiblemente demasiado en edificios, poco en profesores, etc.) y con *qué resultado* (la inversión alta en el Bachillerato no es proporcional a la baja rentabilidad de los puestos de trabajo que crea, etc.).

De igual manera podríamos seguir con otros ejemplos significativos desde el punto de vista sociológico. En el fondo de todos ellos encontraríamos siempre una especie de temor reverencial a los números y a las estadísticas, muy característico de la cultura española.»

Quizá no hemos llegado al momento de la estadística española, y si, como dice Amando de Miguel en la obra citada, de la misma manera que el pueblo francés, a partir del año 1946, se puso en marcha organizando su reestructuración económica y elaborando su Gobierno sucesivos planes de desarrollo económico y social, y a nuestro pueblo le aconteció semejante fenómeno en el transcurso del año 1960, circunstancias que no tuvieron una etiología convincente, pero el hecho sí fue cierto, esperamos confiadamente en que los programas estadísticos y de investigación socio-económica se preparen técnicamente para el futuro; esto será señal, y quizá en ello podamos ver un síntoma de haber superado la impronta que sobre nuestro país dejaron los visigodos, que, como decía

Ortega, mientras se debatían en luchas fratricidas y en un ambiente histórico de clara indisciplina, otros pueblos igualmente bárbaros (los francos, por ejemplo), en la misma época y en el país vecino, gozaban de un complejo social organizado, que las crónicas de aquel tiempo ponen de relieve de una manera evidente. Los pueblos, como los hombres, ni desarrollan ni crecen todos a la vez. (1).

Confiemos, pues, en que la estadística española se acrisole, pues no le faltan excelentes técnicos para ello, y quiera Dios que los que en el campo del derecho y de la actividad municipal actuamos colaboremos acertadamente en el equipo que con el tiempo ha de ofrecernos unas fuentes de investigación para sociólogos, economistas, juristas y hombres, en fin, de gobierno que hayan de regir los destinos de nuestra comunidad.

Sin duda el lector avisado pensará que los cuadros estadísticos que a continuación pueden verse, después de todo cuanto queda dicho, no son de fiar y que lo que se pretende es justificar la posible ausencia de una realidad técnica y científica en los índices que se exponen.

Sin embargo, podemos adelantar que quien así piense está bajo un influjo erróneo.

El rigor científico en la toma de los datos que a continuación se transcriben ha sido cierto. La Sección de Estadística del Ayuntamiento de Madrid sabe trabajar, y la prueba es que el Instituto Nacional de Estadística, que controla rigurosamente los censos generales que le afectan, aprueba casi siempre los datos que le ofrece a su consideración, sin necesidad de proponer rectificaciones o solicitar aclaraciones de todo o parte de los censos generales.

Lo que queremos decir es que los datos hay que interpretarlos cuando, tomando en consideración fuentes originariamente idénticas, se aprecian resultados diferentes en un resumen general, y es entonces cuando la interpretación sirve para justificar la discrepancia analítica y la tesis que como resultado se intenta mantener.

He aquí unos cuadros que justificarán cumplidamente lo que decimos:

A Ñ O	Población de hecho referida al 31-XII	Crecimiento vegetativo	Saldo migratorio	Diferencia
1940 ... ..	1.088.647	40.273	No constan datos oficiales.	—
1945 ... ..	1.237.621	57.367	Idem	—
1950 ... ..	1.618.435 (1)	85.842	Idem	—
1955 ... ..	1.843.705	158.168	78.154	179.904
1960 ... ..	2.259.931	213.396	148.428	171.755
1965 ... ..	2.793.510			

(1) Incremento extraordinario debido a las anexiones de Municipios limítrofes.

Analicemos sucintamente las fuentes de que se nutre el cuadro estadístico resultante.

La columna referente al crecimiento vegetativo es rigurosamente exacta. Coincide aquí la realidad con la estadística, ya que las fuentes del dato son los propios Registros Civiles de los Juzgados Municipales respectivos. Por tanto, el dato es cierto y no existe variación alguna con la realidad demográfica de la capital.

Ahora bien: en la columna del crecimiento migratorio queda reflejada la diferencia entre los españoles que vienen a Madrid y los que emigran. Pero las fuentes de conocimiento de esta estadística son las altas y bajas que se reflejan en las rectificaciones anuales del empadronamiento, y sabido es que sólo cuando lo necesita va el ciudadano a empadronarse: cuando tiene que percibir alguna ayuda económica por razones de seguridad social.

Por tanto, el saldo migratorio que se refleja en el cuadro estadístico anterior hay que tomarlo con ciertas reservas. Por esto el Instituto Nacional de Estadística recomendó a los Ayuntamientos incluyeran un recuadro en el padrón familiar correspondiente al 31 de diciembre de 1965 en el que se preguntaba dónde se había empadronado el inscrito en 1960; este dato, debidamente perforado y tabulado, podrá ofrecer un

más exacto conocimiento del movimiento interior de la población, pues las fuentes de conocimiento de los datos disponibles (altas y bajas en el padrón) no son suficientes.

A la fiabilidad de la fuente se opone la llamada Ley de Asentamientos Clandestinos (Decreto de 23 de agosto de 1957), que intentó prohibir la inmigración a los Ayuntamientos de Madrid y Barcelona sin que se acompañara la debida justificación de poseer el inmigrante un alojamiento en la capital, ley inoperante que todavía rige y que no sirve más que para cumplir un inútil trámite y abonar unos derechos ante los Gobiernos Civiles. Como puede suponerse, quien no puede cubrir sus necesidades familiares mínimas en Jaén, Toledo o Badajoz, por ejemplo, viene a Madrid a probar suerte con o sin permiso de toda autoridad. Lo único que hace es no empadronarse ni producir baja en su Municipio de origen; pero sí se inscribe en los empadronamientos generales de los años terminados en cero o en cinco, en los que no se pide antecedente alguno, salvo el hecho de estar residiendo en Madrid o tener intención de residir en adelante.

Esto produce una realidad estadística evidente: el constante aumento de la población coincidiendo con las fechas de sus empadronamientos generales.

Es decir, si se conoce exactamente el crecimiento vegetativo de Madrid (nacimientos menos defunciones), este acrecer más el aumento registrado por el movi-

(1) V. Ortega y Gasset: «España invertebrada» (parte segundo, capítulo VI).

miento migratorio (altas menos bajas por traslado a otros Municipios) debiera coincidir con la cifra que arrojan los empadronamientos generales. Y, sin embargo, no es así, pues ésta es muy superior a la suma de aquéllas.

¿Cómo interpretar este dato? Pues, sencillamente, aumentando al saldo migratorio la diferencia. Si el crecimiento vegetativo es exacto por la fiabilidad de las fuentes del dato y los resúmenes generales del empadronamiento son igualmente ciertos, la diferencia entre ambos sumandos evidentes hay que arrojarla al tercer sumando (crecimiento migratorio), que no ofrece posibilidad de comprobación.

El fenómeno de la concentración urbana, ya conocido en todos los países, sigue su proceso en España a un ritmo difícil de detener, lo que nos permite prever que para el año 1972 Madrid habrá superado los cuatro millones de habitantes.

Y decimos difícil de contención porque, aun en el supuesto de que el próximo plan de desarrollo dedique su preferente atención a la agricultura y las estructuras agrarias cambiasen de fondo, transformándose en empresas agrícolas, la variación no hará regresar los hombres al campo, pues al mecanizarse éste menos brazos serán precisos. Y, en todo caso, nunca podrá compararse la formidable cifra de absorción de elementos personales en la industria con la que precise el campo por más que se reestructure. pues la

concentración industrial resultará siempre mucho más condensada que la agrícola, y en igual medida de superficie podrán trabajar muchos más obreros en la industria que en el campo.

Ahora bien: con el tiempo, si la reestructura de nuestro agro llega a encauzarse, sin duda alguna la «renta *per cápita*» del trabajador agrícola se elevará considerablemente, y con ello su poder de adquisición y la estructura socio-económica de las comunidades rurales. Y entonces será cuando muy posiblemente decrezca el éxodo de las inmigraciones a Madrid.

Mientras tanto, ¿qué va a suceder con nuestra capital? ¿Qué planes serios pueden hacerse para adecuarla, programarla y embellecerla bajo el influjo agobiante de una demografía explosiva?


Grave trastorno es este que transforma bellas ciudades en auténticas prisiones del codazo entre peatones, saturación de vehículos en las vías públicas, sudor en los transportes y escasez o irregularidad de todo suministro. Los árboles no dejan ver el bosque y la angustia del problema diario dificulta la serenidad de una planificación coordinada.

Empecemos, pues, por cuidar las estadísticas, que lo demás se encauzará por etapas, máxime si, como en el caso de nuestro Madrid, la energía en el mando comunitario no nos falta, y la visión de los problemas la tenemos ya remirada desde muy diversos ángulos y posiciones.



# RADIOGRAFIA DE PARIS

- ★ *Lo que fue, es y será la ciudad luz*
- ★ *Desde Lutecia a los nuevos mercados centrales pasando por la reforma de Haussmann*
- ★ *Exposición sobre su evolución y porvenir*

 ENTRO de los actos programados en honor de nuestro Santo Patrono, Isidro Labrador, el día 27 de mayo fue inaugurada en el Salón de Exposiciones de la Biblioteca Nacional, con asistencia del prefecto del Sena, M. Doublet, y el alcalde de Madrid, señor Arias Navarro, la exposición «París..., su evolución y su porvenir».

Presentada por el Consejo Municipal de la capital francesa bajo los auspicios del Ayuntamiento madrileño y la Embajada de Francia, constituye una excepcional muestra que comprende veinte siglos de la historia de París, que se inicia con la fundación de Lutecia por la tribu gala de los Parisii o primeros pobladores que dan nombre a la ciudad creada en la isla de la «Cité», habitada por humildes pescadores.

La exposición termina con los últimos proyectos urbanísticos, en ejecución o a punto de ser ejecutados, de los que son ejemplo la Red Rápida Regional, las importantes reformas de las orillas del Sena y la desaparición del famoso Mercado de Abastos —Halles centrales— para construir los de La Villette y Rugis.

## LUTECIA BAJO EL ALTO IMPERIO

Viejos mapas, planos, grandes fotografías y maquetas ofrecen al visitante una completa panorámica del París que fue y que será, siguiendo un orden convencional unas veces, y cronológico en la mayor parte de las secciones que comprende la exposición.

Figura en primer lugar Lutecia bajo el Alto Imperio. Las Termas, las Arenas de Lutecia, el dios galo Essus... son otras tantas manifestaciones de la ciudad que ya en el año 53, antes de Cristo, recibió a los delegados galos, convocados por César.

Junto a Lutecia vecinean los barrios históricos, celosamente protegidos por París: Le Marais, conjunto urbano de los siglos XVI al XVIII, con el Charnier de Saint Gervais, la iglesia dedicada a este mismo santo, los hoteles de Sens, D'Albret y de Sully y el famosísimo Carnavalet; Montmartre.

POR  
MARIA LUZ  
NACHON RIAÑO





*M. Doublet muestra al concejal Presidente de la Junta Municipal de Tetuán, señor Laviña y al Delegado de Educación, señor Aparisi, la maqueta del barrio histórico de Montmartre, y explica las reformas urbanísticas que en él van a realizarse.*

con su pintoresca y florida plaza de Tertre, la Basílica del Sacre Coeur y las viñas que allí existen, cultivadas en bancales, la iglesia de Saint Pierre y una vieja fotografía del famoso «Lapin Agile» que, junto con el «Moulin de la Galette», fue tema casi obligado en las obras de Utrillo, Renoir y otros tantos artistas habituales vecinos del histórico barrio, que, junto a Le Marais, será objeto de grandes reformas urbanísticas.

Completa esta sección una serie de fotografías de los principales monumentos de París: La Bolsa, iglesia de Saint Laurent, Le Madeleine, la Casa de la Moneda, el Ayuntamiento, la fachada de la calle Mirbel..., antes y después de haber sido sometidos, recientemente a una limpieza total decretada por el Municipio.

#### FIN DE LA EDAD MEDIA

Continúa la muestra con París a finales de la Edad Media. La Ciudad-Luz tiene ya quince siglos de existencia y ha sufrido las invasiones de los normandos que, en más de una ocasión, obligan a los pescadores a buscar de nuevo refugio en la Cité. Son exponente de esta época, y aun anterior a ella, la catedral de Notre Dame,

Saint Germain L'Auxerrois, La Sainte Chapelle, el hotel Clison y Saint Germain des Prés.

El período clásico, durante el cual «París rompe su corsé medieval de defensa y se desparrama en la campiña que lo envuelve», está representado por la plaza de la Concordia, la iglesia de Val de Grace, el palacio de Luxemburgo, el Panteón, el Pont Neuf y el Palais Royal.

París registra en el año 1685 una población de 412.000 habitantes. Existe aún el recinto llamado «des Fermiers Generaux» o financieros que en la antigua monarquía recaudaban los impuestos, pero ha perdido su carácter defensivo y aquellos darán origen a los bulevares exteriores o de circunvalación. París continúa creciendo por zonas concéntricas alrededor de su núcleo central, la Cité.

#### EL BARON HAUSSMANN

A mediados del siglo XIX el prefecto de París, barón Haussmann, se revela como un auténtico revolucionario de la urbanística. Será objeto de toda clase de críticas y motivo de acres polémicas; pero nada le arredra y lleva a cabo la gran transformación de la capital de Francia, ejecutando un sinnúmero de trabajos de refor-

ma y de mejora, a la vez que hace demoler los barrios calificados de insanos.

Hausmann traza el primer plan serio de red viaria, crea las grandes plazas que habrán de constituir, y constituyen, el orgullo de París, abre anchas calles y ordena zonas libres. Construye, asimismo, la red de alcantarillado y la de abastecimiento de aguas y, bajo su impulso, surgen los más bellos e importantes edificios públicos. La exposición ofrece, junto a un antiguo plano que lleva como título «La Ville Haussmannienne (1852-1914)», fotografías de la Opera, el Arco de L'Etoile, el puente de Alejandro III, la Fuente de Saint Michel, Versalles con el Patio de Mármol y la Galería de los Espejos...

Los habitantes de París son en 1911 casi tres millones. Y su superficie se ha triplicado: de 3.400 hectáreas ha pasado a 10.500.

#### LA AGLOMERACION DE PARIS

París, que hasta el siglo XVIII se ha desarrollado y extendido con relativa regularidad, en contra de las previsiones de Hausmann al realizar sus ambiciosos proyectos, es incapaz de contener la expansión urbana, como consecuencia de la concentración de oficinas públicas, industrias y transportes.

Por estas razones, actualmente París se extiende sobre amplio territorio que engloba numerosas localidades periféricas, existiendo muchos Municipios, como el de Saint Denis, creados hace varios siglos. Estos Municipios conservan su carácter y también auténticas joyas representativas de la arquitectura de la Isla de Francia.

Parte de estas joyas pueden contemplarse en la Exposición: Iglesia de Boisy, Saint Leger, Arpajón, Chateau d'Ecouen, Basílica de Saint Denis, Chateau de Sceaux, Chevreuse y la Tour des Gardes.

La aglomeración parisiense au-



*El Prefecto del Sena M. Doublet, durante la Conferencia de Prensa, muestra a los informadores madrileños, los planes urbanísticos para el futuro de París.*

menta a un ritmo de cien mil habitantes por año. Su población es de siete millones, siendo doscientos veinte los Municipios del exterior de París.

#### POLITICA, NEGOCIOS, ENSEÑANZA

Grandes cuadros estadísticos exponen lo que es París en el terreno de los negocios, la enseñanza, la política, el comercio, la industria, la energía... Y también su calidad de sede internacional de la U. N. E. S. C. O. y de trescientos treinta y cinco organismos internacionales, de los que sesenta y tres son europeos.



*El Prefecto del Sena, M. Maurice Doublet en el momento de presentar la exposición a las autoridades madrileñas.*

París, como capital de la República, alberga 450.000 funcionarios; el sesenta y cuatro por ciento de las casas centrales de empresas y sociedades francesas y el treinta y tres por ciento del estudiantado francés. Tiene 1.715.000 asalariados de la industria y 500.000 empleados de comercio.

Consume el 12 por 100 de la energía eléctrica y el 35 por 100 de gas. A sus cines—668—acuden al año 77 millones de espectadores, y París, sede de la O. R. T. F. (Radio y Televisión Francesas) registra el 54 por 100 de la tirada de los diarios y periódicos franceses.

Figuran también cifras relativas a los Planes de Síntesis, las migraciones alternantes (París tiene 2.800.000 residentes, pero diariamente pasan la jornada de trabajo en la ciudad 800.000 vecinos de las afueras), el gran nudo de transporte y el gran puerto fluvial, tercero en importancia de los de Francia.

La población crece actualmente a un promedio superior al 46,3 por 100, estimándose que para el año 1985 será del 60 por 100, y para el año 2000, un 75 por 100.

Se viene realizando desde 1964 una reorganización administrativa, estacionaria desde 1790. Seis Departamentos reemplazarán a los actuales de La Seine y Seine-et-Oise, tres de los cuales cuentan ya con más de un millón de habitantes.

#### ORDENACION Y URBANISMO

A la gran expansión urbana prevista para los próximos años corresponderá la de ocho metrópolis, llamadas «de equilibrio», cuya población podrá ser en el año 2000 de quince a dieciocho millones de habitantes.

El centro de ellas estará constituido por una o varias grandes ciudades: Toulouse, Marsella y Aix, Nantes y Saint Nazaire...

La cuenca o valle parisiense será objeto de una gran reforma, prevista en los planes generales de ordenación. Fundamentalmente se canalizará a lo largo de dos ejes preferentes, sensiblemente paralelos al curso del Sena y hacia el Canal de la Mancha. La región de París será respetada en su expansión radio-concéntrica, especialmente en el corazón de la ciudad e inmediaciones. Alrededor de la capital se crearán ocho centros urbanos, dotados con toda clase de servicios, con capacidad para trescientos mil a un millón de habitantes.

La ciudad conservará lugar preferente en el ensanche, manteniendo sus funciones tradicionales y la protección de los sectores históricos. Se adoptará el tipo de «gran malla» en la realización de la red viaria, salvo dos excepciones, exteriores al centro de París, con objeto de proteger la ciudad del tráfico de tránsito.

Se han previsto parques de estacionamiento en las puertas o accesos más importantes de la ciudad, para incitar a los automovilistas a dejar en ellos sus vehículos, utilizando los servicios públicos para llegar al centro.

#### VIA RAPIDA DE LA RIVE DROITE

Tras contemplar fotografías y cifras relacionadas con los aeropuertos de Orly—que va a ser ampliado grandemente—y Le Bourget—que desaparecerá en 1975—, la circulación y los transportes, se pasa a las secciones

finales de la muestra. Comprenden el Boulevard Periférico, la Red Rápida Regional y la también rápida Vía de la Orilla derecha del Sena y otras futuras grandes realizaciones.

El Boulevard Periférico, o arteria de circulación continua, tendrá una longitud de treinta y seis kilómetros, con cuatro pistas en cada una de las dos direcciones. Se encuentra en vías de ejecución.

La Vía Rápida de la Rive Droite asegurará a lo largo del Sena la conexión Oeste-Este y la comunicación con el centro de París, que se encontrará a diez minutos de los dos extremos del recorrido, que tiene unos trece kilómetros.

Una bien realizada maqueta presenta este proyecto, en el que quedan comprendidos los puentes de Sully, Marie, Louis Philippe, D'Ercole y Notre Dame.

Figuran asimismo maquetas de la Red Rápida Regional y los proyectos de los sectores de Beaugrenelle y Bercy, el nuevo centro de negocios «Maine-Montparnasse», y fotografías, cifras y maquetas de las obras sociales, Centros de Jóvenes, de Estudios Nucleares, Investigaciones Científicas, etc.

## EL MERCADO DE INTERES NACIONAL

La Exposición termina con planos y maquetas de los nuevos mercados de La Villette y de Rungis, para la carne el primero y para frutas, hortalizas, productos lácteos y pescados el segundo, situados, respectivamente, al noroeste y sur de París, colosales realizaciones que sustituirían a los viejos Halles, situados en el corazón de la ciudad, anticuados e insuficientes para las necesidades actuales de la población.

Dos importantes maquetas se añaden a los proyectos de los Mercados: la de la Ciudad Nueva de Sarcelles, que ocupará doscientas hectáreas, a doce kilómetros de Notre Dame, y cuya terminación está prevista para 1975, y la del Centro Urbano de La Defensa, o prolongación hasta el bosque de Saint Germain, del gran eje urbano que partiendo del Louvre y jalonado por las Tullerías, la Concordia, Campos Elíseos, etc., llegará hasta Neully. Los terrenos alcanzan la cifra de 800 hectáreas. Se construirán 5.000 viviendas y se dedicarán a oficinas 800.000 metros cuadrados, y a jardines y zonas verdes, 50.000 metros.

Con ambos proyectos se cierra «París... Su evolución y su porvenir», auténtica radiografía de la capital de Francia. Lo que ha sido, lo que es y lo que será en un futuro próximo.

*Un aspecto de la exposición «París... Su evolución y su porvenir».*





# LIBROS

## EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

### Artículo de "L'OSSERVATORE ROMANO"

El diario del Vaticano, *L'Osservatore Romano*, ha publicado en su número 32.516, correspondiente al 17 de junio pasado, en su página 3, un artículo, firmado por el catedrático de la Universidad de Nápoles doctor Giuseppe Carlo Rossi, que traducido al castellano dice lo siguiente:

### NOTAS SOBRE LA ACTIVIDAD CULTURAL ESPAÑOLA

*Recientes modificaciones en su estructura y en sus órganos directivos, han impreso un ritmo excepcionalmente rápido a las iniciativas, tradicionales y nuevas, del Instituto de Estudios Madrileños, que, como los análogos de otras grandes ciudades—comenzando por el Instituto di Studi Romani—, se ocupa y se preocupa de ilustrar, con las oportunas actividades y manifestaciones de carácter cultural, el pasado y el presente de Madrid. Corresponde el mérito de este nuevo impulso a un estudioso cuyo nombre, familiarísimo a todo el mundo de la cultura madrileña y española, no lo es menos para los hispanistas extranjeros a causa de una iniciativa que fa tremar le vene e i polsi: la compilación de la más vasta Bibliografía de la literatura hispánica, en curso de publicación por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de aquella capital (se han publicado ya seis enormes volúmenes, varios en más de una edición). Se trata de José Simón Díaz, profesor de la Universidad de Madrid, que, como nuevo presidente del citado Instituto de Estudios Madrileños ha sucedido hace poco en tal cargo a otros ilustres profesores de aquella Universidad, como Joaquín de Entrambasaguas y Rafael de Balbín, y en los poquísimos meses de su nuevo puesto ha formalizado ya, entre otras varias iniciativas, dos, cuyos resultados rebasan los beneficiosos efectos locales, porque se reflejan en documentos escritos que oportunamente reclaman la atención no sólo de los españoles en general y de los madrileños en particular.*

sino también de los extranjeros que se interesan por la vida cultural de aquel país.

Las dos iniciativas consisten en la publicación del tomo II de los Anales del Instituto de Estudios Madrileños y de los fascículos en que se recogen las conferencias pronunciadas en aquella ciudad en los pasados meses invernales y que forman parte de un Curso sobre la Historia de Madrid, conferencias que se han distinguido por su regularidad y por el interés que han sabido despertar en un público que, como ocurre en todas las grandes ciudades, se encuentra no poco desorientado por la acumulación de invitaciones y reclamos para actos culturales colectivos de esta clase. Y el tomo II de los citados Anales, al recoger en seiscientas densas páginas de estudios (aunque se presenta, casi como para disimular el contenido y llamar la atención de un público más vasto de lectores, con una cubierta en que aparece una verde vista aérea de la Puerta de Alcalá y del famoso parque público del Retiro), mientras prosigue la tradición de ofrecer a los estudiosos secciones tanto de información como de investigación: sobre los diversos géneros de actividad que abarca la historia de una metrópoli y su provincia, ofrece al mismo tiempo una novedad destacada: publica los primeros trabajos de un Seminario de Toponimia Urbana, de reciente creación, también dirigido por Simón Díaz. Es un Seminario cuyas iniciativas reclaman la atención también de los estudiosos de las otras grandes ciudades, porque se propone llegar a una modalidad del todo nueva y rigurosamente sistemática para una toponimia moderna de Madrid, que al parecer no existe (según la encuesta que está realizando) en Europa ni en América, sino sólo en el Japón. Y la colección de fascículos de las conferencias sobre la historia de Madrid supone ya en los títulos de que consta (han aparecido hasta ahora dieciséis) una gran satisfacción tanto para los que desean orientarse sobre los hechos más o menos notables que constituyen las memorias de una ciudad históricamente ilustre—además de artísticamente interesante—como para los que tienen vínculos comunes con la capital española.

GIUSEPPE CARLO ROSSI.



Anales del Instituto de Estudios Madrileños. Tomo II. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 1967. 594 págs. Tela. 500 ptas.

El Instituto de Estudios Madrileños ha publicado el tomo II de sus

Anales, suma de estudios, ensayos y notas de la mayor importancia y de un subido interés. El sumario comprende cuatro secciones: «Estudios» matritenses relativos a la historia, a las costumbres, a las tradiciones, a los personajes ilustres, a las instituciones; «Memorias y recuerdos» de madrileños de excepción, nativos o adoptivos (en este segundo volumen, Francisco Serrano Anguita, maestro de periodistas, refiere la entrada en Madrid de un futuro cronista de villa: él); «Seminario de Toponimia Urbana» y «Materiales de trabajo». A estas cuatro secciones precede la historia de un año en el Instituto y su correspondiente bibliografía. Cierra el volumen una relación de sus colaboradores.

Todos los estudios me parecen excelentes y de calidades erudita y literaria admirables. Pero encuentro singulares méritos en los titulados «Origen de San Sebastián de los Reyes y Torrejón de la Calzada», que firma Emilio Meneses García; «Orígenes de la Archicofradía Sacramental de San Isidro», que firma Baltasar Cuartero Huerta; «El Colegio de Doña María de Aragón y un retablo del Greco en Madrid», que firma Florentino Zamora Lucas; las «Noticias de impresores y libreros de los siglos XVI y VII», que firma Mercedes Agulló, y «El Sotillo de Madrid, allende el río», que firma Federico Romero.

Ya mencionado el único trabajo aparecido en la sección de «Memorias y recuerdos», quiero referirme con especial elogio a la nueva sección «Seminario de Toponimia Urbana», en la que se recogen los primeros intentos serios para llevar a feliz término una de las labores más peliagudas que conozco, y que sin exageración alguna podría añadirse como el trece trabajo de Hércules: ¡poner orden y concierto, lógica y buen gusto y justicia en el disparatado callejero matritense!, eliminando titulaciones repetidas o de personajes insignificantes y aun con valor puramente circunstancial; completar las titulaciones de modo que no quepa duda alguna acerca de quién es el personaje o el suceso titular; cambiar el nombre de millares de calles, callejas, plazuelas, plazas, rondas, cavas, pasadizos, paseos, travesías con denominaciones increíbles por su absurdo, dedicándolas a personajes o hechos con autenticidad notable. ¿Difícil empresa, verdad? ¡Titánica empresa, añado! Pero que seguramente llevarán a cabo felizmente los miembros de este flamante Seminario de Toponimia Urbana en un plazo que no exceda de los cuatro años. En esta sección estimo importantísimo el trabajo—siendo importantes los restantes—que firma María del Carmen Pescador del Hoyo: «Juan Álvarez Gato y su calle», exhaustivo estudio acerca de la historia de una calle madrileña.

En la sección «Materiales de trabajo», otro estudio me parece excepcional, el de Francisco Aguilar Piñal, que presenta los fragmentos relativos a Madrid contenidos en los curiosísimos «Diálogos de Chindulza», manuscrito de principios de la segunda mitad del siglo XVIII.

Quiero insistir en los extraordinarios interés, importancia y categoría histórica y literaria de estos *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, cuya variedad temática abarca todos los posibles puntos de observación del pasado y del presente de nuestro Madrid. Sería injusto no recordar que esta magnífica *obra viva y fecunda* del Instituto de Estudios Madrileños ha sido y sigue siendo posible gracias al apoyo incondicional del actual Ayuntamiento de la capital de España, a cuyo frente está la figura excepcional — como hombre y como político— de su alcalde: don Carlos Arias Navarro. Este Ayuntamiento no sólo presta generosísimo auxilio económico al Instituto, sino que le anima incansable, con noble firmeza a emprender cuantas empresas juzgue de interés o de honor para Madrid.

¡Ah! Y sigue sin gustarme—ya lo escribí al comentar el año pasado los textos del tomo I de los *Anales*—que cuando se hace la historia interna del Instituto se omite el muy ilustre nombre de Tomás Borrás, que fue su director, y director esforzado y alegre en época de «vacas flacas», y que es madrileño de lujo y literato y periodista de clase especial. ¿Por qué esta tozuda omisión en un libro en que precisamente se cuida con tal fervor de la *verdad histórica*?—S. de R.

OLIVA ESCRIBANO (José Luis): *Bibliografía de Madrid y su provincia*. Tomo I. Manuscritos e impresos. Madrid. Instituto de Estudios Madrileños. C. S. I. C. 1967. 476 páginas. Rúst. S. p. m.

Desde hace muchos años Oliva Escribano vive entregado a su gozosa vocación de madrileñista ilustre:

reunir la más copiosa bibliografía acerca de Madrid y de su provincia. (Y debo advertir que la biblioteca y el archivo de Oliva Escribano son de los más ricos y cuidados que existen en dicha especialidad.) Al frente de este tomo I escribe el bibliógrafo: «Hasta la fecha no había sido recopilada con amplitud y minuciosidad ninguna bibliografía relativa a Madrid y su provincia, y si bien es verdad que en esta clase de trabajos no puede agotarse un tema, tampoco en éste pretende hacerse, y sí únicamente recoger la mayoría de las publicaciones dispersas para servir de aprovechamiento a los estudiosos. En esta labor de investigación, trabajo individual, he conseguido reunir unas quince mil fichas aproximadamente, consignándose en la mayoría de ellas las ediciones existentes, notas y comentarios, y la signatura de la biblioteca en donde el libro se encuentra.» La interesante, la imprescindible obra de Oliva Escribano se completará con un segundo volumen dedicado a los artículos de revista, y un tercero dedicado a las ilustraciones de Madrid a través de sus libros y revistas.

Parece obvio afirmar la importancia fundamental que tiene esta bibliografía para los incontables madrileñistas y no menor para los historiadores todos, ya que a partir de 1561 la historia y hasta las historietas de Madrid son alma y motor de la historia del resto de España. Y sería injusto poner pega de nota al asombroso repertorio bibliográfico, que, como confiesa con modestia elogiable el autor, ni puede ser, ni él lo ha pretendido, exhaustivo. Exhaustión bibliográfica que tratándose de Madrid entra en el mundo de lo quimérico. Ahora bien: los reparos que yo voy a poner a este libro sí tienen posible enmienda y en nada afectan

a su valor intrínseco, pues que sólo se apegan a los matices. Para marcarlos voy sólo a referirme a dos extraordinarios escritores: uno «de los grandes de Madrid», no nacido en la capital, Galdós, y otro «de los grandes de Madrid», sí nacido en Madrid, Ramón Gómez de la Serna.

No comprendo bien cómo al señalar las obras de Galdós con temas o escenarios madrileños se ha limitado Oliva Escribano a la tercera o cuarta parte de aquéllas. ¿Nada más que tres son los Episodios Nacionales con derecho a entrar en una bibliografía de Madrid? Entre las novelas, ¿por qué sólo menciona *Fortunata y Jacinta*, *Nazarín* y *Misericordia*? ¿Cómo pueden faltar *La de Bringas*, *Tormento*, *Torquemada*, *El doctor Centeno*, *Lo prohibido*, *Miau*, *El amigo Manso* y tantas otras? Y, sí, no me olvido de que Oliva Escribano incluye en su índice unas *Obras Completas* de Galdós. Pero si esta referencia tiene su total validez, sobran las tres novelas y los tres Episodios mencionados con ficha particular.

Algo semejante ocurre con Ramón Gómez de la Serna. ¿Cómo fichar *La Nardo* y no *Piso bajo*, dos ediciones de *El Rastro*, y no *La malicia de las acacias*? También reconozco que Oliva Escribano señala una edición de *Obras Completas* (¡incompletas!) de Ramón; mas esta determinación no cura mi reparo. Hay centenares de autores en los que no tienen importancia ciertas omisiones de algunas de sus obras, y otro, como el genial Lope, de quien resulta casi imposible hacer lista completa de obras con temas, episodios, escenarios o cuentos madrileños. Pero no es éste el caso de Galdós y de Ramón; quienes, siendo escritores geniales, cada uno a su escala, tienen una obra fácilmente determinable.—S. de R.





